

Antonio Ramos Revillas

Playa Bagdad

Narrativa Hispánica

Antonio Ramos Revillas

Playa Bagdad



Para O, con todas las memorias.

Primera parte

Marcelo me habló la tarde del domingo para contarme que había perdido a nuestros padres en Matamoros. Su voz tensa, con fuertes aspiraciones que hendían sus palabras, me sorprendió y hundió en el desánimo. La piel se me erizó, trabé la quijada y una sensación caliente se acomodó en mi nuca como algo que se rompe y escurre por el cuello.

Intranquilo, lo escuché con las ideas acelerándose dentro de mí para encontrar la forma de calmarlo, de no darle más cuerda a la desesperación que ya lo atenazaba. Pasados unos minutos de su explicación caótica y ansiosa guardó silencio y ciertos sonidos de fondo se apropiaron de mi oído, agua al golpear con serenidad una escollera, la brisa a intervalos más fuerte que envolvía el espacio entre el celular y la boca de mi hermano junto con su respiración intermitente en la que se mantenía aquella gravedad que lo ensuciaba todo, que me aferraba la oreja para corromperme. «Los dejé en la plaza principal, nos veríamos en el café París…».

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—En un infierno. Perdí a los jefes. Ven, ayúdame. Es lo único que te pido.

La señal se cortó.

Por lo que había alcanzado a contarme, se habían ido un par de días atrás en su coche a la capital del algodón, como alguna vez se le llamó a Matamoros cuando grandes campos de este producto rodeaban la ciudad.

La idea era recorrerla, ver el Fuerte Casamata y pasar unas horas en la Playa Bagdad. Se hospedarían en un hotel céntrico donde él se había quedado en sus viajes anteriores y, cuando terminara unas citas de trabajo, llevaría a mis padres a tomar un café, comprar las artesanías o los dulces de la región, paladear un cabrito al estilo Matamoros y al atardecer del domingo, cuando el fin de semana estuviera muriéndose, harían el viaje de regreso a Monterrey con las primeras horas de la tarde y el tráfico de tantos que como él volvían de fin de semana en McAllen o Brownsville, tráfico que les serviría de protección ante algún retén de los delincuentes que suelen aparecer como espinas en el camino.

La idea me pareció atípica. ¿Quién planifica un viaje a esa ciudad con la situación en la frontera Texas-Nuevo León-Tamaulipas; con las historias de asaltos y desaparecidos de quienes se animan a cruzar por Matamoros o el puente Donna? Los relatos de balaceras y persecuciones, de secuestros express en esa región eran tema de

conversación en las redes sociales y en los periódicos de la ciudad. Cada cierto tiempo salía el video de algún trailero siendo atracado en la carretera sin importar si era la libre o la de cuota. Ir a Matamoros de fin de semana no se encontraba entre las mejores opciones de recreo.

Lo cierto es que, desde su regreso de la Ciudad de México en donde vivió sus últimos doce años, Marcelo se hallaba en un proceso de compensación por el tiempo que había abandonado a nuestros padres tras vivir lejos y perderse las fiestas de cumpleaños, los días de enfermedad, las festividades dejadas atrás, el ocio bobalicón o aburrido de los fines de semana; sentía que debía reponer esos momentos que hacen de lo cotidiano un arcón de recuerdos, esa argamasa de cariño y rutina que nos dan historias en común. Ya los había llevado a Torreón, a un viaje para revisar unos terrenos para la empresa en la que trabaja. Subieron al Cristo de las Noas, comieron unas gorditas de chicharrón prensado, se pasearon por la plaza principal, se tomaron fotos en la sinagoga más grande de la ciudad y cruzaron el Lerma para visitar una de las construcciones atípicas de La Laguna: la imitación de la Torre Eiffel en Gómez Palacio.

Cuando no tomaban carretera, Marcelo los visitaba los fines de semana e iba con ellos al cine, a jugar lotería en el mercado, a cenar; incluso una vez los llevó al estadio Universitario cuando vino a jugar el Cruz Azul en la liguilla pasada, porque les comentó, le recordaba sus visitas al Estadio Olímpico o al Azteca para pasar sus domingos con amigos que solían caerle de sorpresa. Una breve temporada le dio por llevar a papá a los partidos de beisbol amateur en las canchas atrás de Cemex. Solían levantarse temprano para desayunar en el restaurante García y ya con el estómago lleno de machacado con huevo o frijoles con chorizo, se internaban en las viejas canchas de softbol detrás de lo que había sido una de las tomas de grava más viejas de la ciudad. Ahí observaban los juegos de pelota, sentados sobre el cofre del coche de mi hermano, bajo la sombra de algún huizache, se bebían algunas cervezas y al mediodía emprendían el camino a casa. ¿Me molestaba que pasara tanto tiempo con ellos? Hasta cierto punto sí, pero aquello también resultaba un alivio. Además, a él le servía. Al fin y al cabo, Marcelo era hombre libre. Samantha, su ex mujer, se había quedado en la Ciudad de México y él hacía con su tiempo lo mejor para salir del hoyo económico y social de su divorcio.

Con los días y semanas posteriores a ese fin de semana infernal reconstruí las peripecias, los momentos que Marcelo vivió en el caos y la tortura mental por la que pasó antes de que me hablara para comunicarme la noticia. Para que me indicara que debía ir tras él. Ayudarlo. Sacarlo de donde estaba para encontrarlo. Así, esta

reconstrucción de hechos si no es del todo fidedigna no es tampoco falsa. En el pasado se encuentra la mejor ficción de cada uno. Con los hermanos nos unen no solo la historia en común sino el primer deseo por comprender al otro. Los hermanos son los primeros modelos en los que rompemos el patrón pero, conseguir esto, se da solo después de muchas renuncias. Nunca seremos hermanos de nuestros hermanos aunque en la primer época de nuestras vidas lo intentemos, y saber eso es el primer paso para abandonar el nido, el primer paso para comprender la soledad de nuestras vidas adultas.

No fue fácil reconstruir este relato, menos en una ciudad como Matamoros donde el recelo ante los extraños es parte de su sistema de protección. Cuando eres de una comunidad tan golpeada por la violencia, hundida en el mundo del narcotráfico, aprendes a creer más en los propios, aunque sean parte del crimen organizado, que en los extraños que un día intentan poner de cabeza a la ciudad buscando a su hermano.

El primer día, el viaje de Marcelo y mis padres salió de acuerdo a su guion. Tomaron la carretera muy temprano, casi con el alba. Los viernes muchos regiomontanos cruzan por Reynosa hacia McAllen, porque casi nadie intenta el paso hasta Matamoros. Además, con su libramiento por Anzaldúas, resulta más atractiva pues los deja en Hidalgo, Texas, y quién desea aguardar en las calles apretadas del Centro de la ciudad, en esas filas eternas, rodeado de vendedores y calor. Lo último que vieron de la ciudad fueron las lejanas montañas recortadas hacia el sur y las chimeneas de la refinería de Cadereyta que lanzaban flamas en la parte superior. Después se encontraron con el extenso valle muerto y solo del norte del estado, kilómetros de una nada reseca por la ausencia de lluvias.

Salieron a buena hora y aunque les tocó un poco de tráfico en el retén en los límites entre Nuevo León y Tamaulipas lograron llegar a tiempo para desayunar en su hotel. Se registraron en una habitación doble. Mamá y papá le pidieron descansar en lo que él salía a la primera de una serie de citas con agricultores de la zona a quienes les vendía no solo forrajes sino fertilizantes. Por la tarde fueron a comer a La Cancillería, uno de los mejores sitios de la ciudad y en donde solía cerrar los tratos con sus clientes. Más tarde caminaron para bajar la comida, entraron al Teatro de la Reforma, se tomaron fotos frente a la catedral, una construcción de las más bonitas del Centro, con sus tres arcos, columnas toscanas y que dicen los matamoronenses se parece a una iglesia famosa en Luisiana. Dicen también, es lo único que queda de la ciudad que fue hace más de 150 años.

Tal vez ese fue el inconveniente del primer día. Marcelo se habituó, recorrió la ciudad con la ligereza torpe de los turistas, tomó fotografías que me dieron una ruta para seguirlo y que me entregó a

su tiempo. Con cierta minuciosidad registró sus pasos, como quien abandona tras de sí migajas en la superficie del desierto. Al segundo día el guion cambió. Mi hermano quedó de verse con un cliente con el que revisaría un acuerdo de aparcerías y me contó, entre el balbuceo torpe de la llamada, que dejó a nuestros padres en la plaza principal. La idea era que caminaran por ahí, buscaran algunas tiendas de fayuca, las revisterías que tanto le gustan a papá, que entraran a algún museo y terminaran en un café, el París, uno de los establecimientos más concurridos de la ciudad.

Marcelo cerró su trato y se quedó más tiempo con el comprador, quien insistió que brindaran con un sotol por el acuerdo. El rancho se encontraba en el municipio de Bravo, a las afueras de Matamoros. La casa grande es hermosa, pude verla después. Tiene además un largo páramo bien podado en donde el cliente, un tal señor Arriaga, cuenta con un criadero de caballos. Las caballerizas, grandes, tienen el estilo de construcción norteamericano, como muchas cosas viejas en la frontera chica, en un tiempo cuando ambos lados del río eran más similares, antes de que la violencia y el rumbo económico de los dos países se diferenciara.

En el resumen de los actos, con la mente que devora los detalles hasta construirles un guion esperpéntico, esa media hora gastada de más, sumado al tiempo para volver a la ciudad, creó en mi hermano el escenario para el desastre. En la entrada, por la avenida Rigo Tovar, cerca de una Soriana, levantaban el asfalto en un carril y esto hacía que el tránsito fuera menos fluido. Venía feliz, o eso creía.

Yo lo notaba con el paso de los meses más encanchado a Monterrey, a su vida antes de mudarse. De niños no habíamos sido los mejores hermanos. Aunque era el mayor yo tenía el cariño imperturbable de papá, gracias a una operación de urgencia de la vesícula a causa de un mal golpe mientras él me cuidaba en la casa. Esa culpabilidad más otras lo hizo más cercano a mí. Me consentía un poco más. A Marcelo esa cercanía siempre le molestó y con los años se hizo más fuerte en tanto él erraba de una profesión a otra. Además, papá y yo teníamos más temas en común: ambos nos licenciamos en Sistemas; él en una época en la que nadie imaginaba cómo la tecnología habría de solucionarnos y echarnos a perder la vida al mismo tiempo, además compartíamos ciertas formas de mirar el mundo. Ambos éramos padres. Ambos nos llamábamos igual. Mis hijas, sus únicas nietas, eran su adoración.

Cuando uno dice adiós nunca sabe qué significa. El sábado, de camino al café París, Marcelo notó que la ciudad iniciaba su ambiente festivo. Por aquí y por allá se veía en los negocios que la gente empezaba a tomarse una pausa, a demorar los encargos y charlar con sus vecinos o los empleados para prepararse para el cierre del fin de

semana. Más grupos de personas andaban por las calles, hacían fila para entrar a los centros comerciales; afuera de las carnicerías inmensos quemadores daban cuenta de los primeros pedidos para asar de los que salía el olor de la grasa quemándose y la carne frita.

Cuando llegó al café París no encontró a mis papás entre los parroquianos que charlaban animadamente o esperaban la llegada de sus platillos. La mujer que me atendió el lunes mientras armaba la pesquisa me comentó que no tenía reserva de ningún Marcelo o algún hombre con las características de mi hermano o de mis padres, pero las cámaras de seguridad nos mostraron las veces que entró y salió del sitio ese día, una conversación que tuvo con una empleada del fin de semana, que en el café París contrataban los días de más carga laboral.

La reconstrucción de hechos es un ejercicio que se nos da bien a los ingenieros en Sistemas. Nada se mueve de forma aislada y si lo hace, es un error. Los sistemas son congregaciones de datos, de causas y efectos, cuyo éxito reside en la correlación entre sus partes y no tanto en la cantidad de información que se puede condensar o explorar. En esta reconstrucción soy quien observa, quien tiende los puentes entre un elemento y el otro, infiero e imagino, me preocupo, intento darle sentido al ocaso, relleno un plan que me funcione.

Al no verlos, mi hermano pensó que habían salido para entretenerse en algún negocio cercano. A mamá le gustan las chucherías, no se cansa de ver objetos de variada invención hechos con madera, plástico o metal. No es una acumuladora profesional porque papá y yo siempre la contenemos. Formar la imagen mental de una persona es un ejercicio centrado en los detalles. A menudo pienso en el proceso con el que uno reimagina quién es su padre y su madre y cómo cree anticiparse a sus movimientos, ya sean sonrisas o arrebatos. Cómo cree que una vida compartida nos da derecho a imaginarlos.

Cuando los padres mueren o desaparecen, ese proceso del padre se eterniza, su acervo de palabras y gestos queda establecido y nos sirve para, en cierto punto, hablar con ellos, con él o ella y saber con más certeza cuál podría ser su respuesta ante un hecho. Todos guardamos un imaginario de nuestros padres, donde pesan tanto su lado más amable como el terrible, acaso, también los detalles sin importancia que los hacen más reales en la memoria. En este caso, cuando mamá se pone a mirar chucherías papá siempre la aguarda con impaciencia mientras ella recorre los puestos de banderitas, collares, juguetes de madera o dijes. O al revés, si papá se detiene a mirar revistas y se está una hora o más hojeándolas sin decidir cuál llevarse a casa, mamá espera afuera y cada quince minutos va con él y le dice: «ándale, Toño, ya vámonos», pero él solo responde: «sí, sí, ya termino», sin terminar.

Consciente de que volverían, Marcelo pidió un café, tomó *El*

Mañana y empezó a hojearlo sin prisa, deteniéndose en las notas que anunciaban lo que se sabía de la ciudad; que se encontraba topada por la guerra contra el narcotráfico, con retenes cambiantes de sicarios en las vías libres de la ciudad con el municipio de Bravo, el resto de la frontera chica y la que comunicaba a Monterrey, pero también otras noticias menos conocidas, más de la rutina: ofertas de colchones, anuncios de odontólogos, festividades, el cumpleaños de alguna muchacha de las clases acomodadas, los resultados de la liga local de futbol, las opiniones de políticos de tercera sobre asuntos de importancia nacional.

Si algo enorgullece a un matamorense es cuando le hablas de la otra ciudad que también es: la que vive con el trabajo diario, la que organiza festivales de otoño, la que tiene equipos de futbol amatéur que pelean por los campeonatos locales. Su pujante industria agrícola. Su único equipo de beisbol en la liga de ascenso. Pero lo otro también era cierto. Es cierto. Los Otros solían aparecer de la nada en las autopistas y cobrar cuota. No en vano Marcelo había registrado, como yo también lo hice, las brechas que surgían entre los sembradíos, las rejas de alambres de púas cortadas que permitían que un coche o varios se internaran en la carretera de cuota saliendo raudos desde los maizales.

A la media hora de espera decidió llamarle a mamá. Después lo intentó con el celular de papá. Ninguno contestó. Lo sé porque el celular que encontré de mi hermano lo tiene en su historial. Una sensación de vértigo le recorrió el pecho y anidó en su paladar con asco. ¿Qué podría quitarles tanto tiempo? Solo iban a caminar por el Centro, ir al Museo de Arte Contemporáneo, tal vez merodear por las calles, comprar algo de ropa, tomarse un café en otro sitio y situarse en el café París, para de ahí pasar la tarde en Playa Bagdad.

Bagdad no es una ribera particularmente bonita, pero el mar vuelve bellas hasta las costas más ruinosas. Volvió a insistir en el celular, sin éxito. Marcó varias veces y en cada repiqueteo aguardaba ansioso que se estableciera la comunicación. Nada tan desesperante como una llamada que no se concreta. Con el avance de la tecnología adoptamos una neurosis ante la espera. Le daba cierto consuelo escuchar el timbre; si sonaba era que allá, en cualquier sitio en el que ellos se encontraban, se hallaban al alcance del celular.

A la undécima llamada el celular se ahogó. Lo mismo pasó con el teléfono de papá. «El número que usted marcó se encuentra fuera del área de servicio», no es necesario reportarlo a los teléfonos de atención al público. Las alarmas que ya consumían a mi hermano se desbocaron. Por el video de la cafetería sé que Marcelo pagó el café, y en la caja preguntó si habían visto a un par de personas mayores, de tal y tal complexión, vestidos así y asá; luego sacó su celular y buscó

con rapidez algunas fotografías de los viejos hasta dar con una. Por los gestos, la cajera no recordó haber visto a nadie con esa fisonomía. Papá llevaría una gorra de los Steelers y mamá una chambrita morada, ya que el clima había empezado a descender a esas alturas del año.

Tal vez habrían regresado al hotel. Subió al Corolla y enfiló con rapidez hasta el sitio donde se hospedaban: el Alameda Express: un edificio al estilo gringo, un pesado cubo de concreto de cuatro plantas alargadas, con un estacionamiento amplio al lado. Apenas llegó y subió corriendo a las habitaciones. No le preguntó a la encargada en la recepción si había visto llegar a mis padres. Cuando abrió la puerta el cuarto le pareció aún más pequeño y oscuro, las camas más viejas, las cortinas más percudidas, los muebles de madera más desgastados, pero encontró su maleta en donde habían puesto la ropa de los tres, pero al revolverla encontró solo su ropa: faltaban las toallas para la arena y la ropa que mamá pretendía usar para meterse al mar. Una biblia, abierta, se encontraba sobre un buró con una lámpara encendida. En la mesa estaba un ejemplar de *El Bravo* que había comprado y dejado abierto sobre la almohada al llegar al cuarto, según confirmé cuando el recepcionista del martes me permitió entrar a la habitación. El hotel contaba con un gimnasio y hacia allá se dirigió, pero el lugar estaba cerrado. Se encaminó al restaurante, pero nadie se encontraba en sus mesas, solo la decoración insulsa y gris, los floreros de plástico sobre la barra intentaban darle un sentido hospitalario al sitio pero producían lo contrario.

Marcelo salió y se quedó en el estacionamiento. Se mordió las uñas. La cámara de seguridad no lo enfoca, pero se le ve con las manos en los labios. Abordó el coche y se quedó ahí cerca de media hora. Quisiera saber lo que ocurrió en el interior, cómo se hundió en las miasmas de la desesperación cabalgante. Ante las escenas inesperadas hay dos tipos de reacciones: quien al ver una cortada profunda toma algo cercano para tapar el flujo de la sangre y quien mira con pavor e inutilizado los borbotones sin mover ni un dedo. Volvió al Centro. Recorrió las calles con el corazón apretado, tenso, acalambrado.

A lo largo de su vida, Marcelo había sido más como las segundas personas. De niños nos gustaba salir en patines y bajar por una calle que tenía pendiente. El día que voy a contar nos habíamos peleado por la mañana, no recuerdo el porqué, pero sí que hicimos el camino tirándonos de la camisa para hacernos caer, cosa que logré y logró en varias ocasiones hasta que al fin llegamos a nuestro destino. Nos acomodamos en la parte superior de la calle y emprendimos el descenso. El aire fresco me hizo cerrar los ojos y entonces vino el empujón que me lanzó contra un coche. Tal vez no traía bien amarrados los patines, solo oí cuando el hueso se rompió, como un durazno que se destroza desde adentro. Marcelo no se detuvo. Lo vi de

reojo festejar desde abajo que había ganado la carrera y después subir con mucho esfuerzo. Cuando me vio llorar entró en pánico. Se quedó delante de mí sin ayudarme a ponerme en pie, solo con la atención fija en mi tobillo que empezaba a hincharse.

—Papá me va a pegar —dijo sin inclinarse hacia mí, sin preguntarme cómo estaba, sin intentar nada.

Yo seguía llorando hasta que una señora pasó y le ordenó que fuera por mamá. Cuando regresaron ya me habían quitado el patín; el tobillo y el chamorro estaban hinchados como un globo.

Ese momento de parálisis debió de atarlo al coche. Ahora no había nadie que le dijera qué hacer, como aquella señora en nuestra infancia. ¿Cuál era el siguiente paso? ¿Qué debía realizar en ese momento? ¿Cómo pedir ayuda? Cuando al fin salió del estacionamiento lo hizo muy lentamente. Supongo que dio vueltas por las estrechas calles cercanas al consulado gringo, a la plaza principal, primero de forma desordenada, a la derecha e izquierda según lo permitiera la circulación. Descubrió que Matamoros era una ciudad enana y callada, con muchas construcciones recientes. No había un propósito más que utilitario en sus fachadas donde se daba cobijo a estéticas, refaccionarias, locales minúsculos de renta de fotocopiadoras o consultorios de dentistas. Algunas casonas viejas desentonaban por el descuido y la maleza en sus jardines y ocultaban la dignidad que algún urbanista entrenado habría dejado para embellecer la ciudad con el paso de los años. Lo que sí descubrió, como yo lo hice, era que la ciudad tenía mucha prisa: la poca gente andaba apurada para huir del calor, había demasiadas trocas, algunas personas ensimismadas en lo suyo se atropellaban en las banquetas minúsculas, hacían fila afuera de los bancos, en las tiendas de productos chinos, esperaban los camiones urbanos viejos y polvorientos que los llevarían a las orillas de la ciudad desde las paradas silvestres sin ninguna señalización.

Alguna vez alguien me contó la diferencia entre las grandes capitales y las que nunca lo serían. Su explicación estaba puesta en las banquetas. Las grandes ciudades siempre asimilan que un gran grupo de personas las andarán: viajeros de negocios, turistas, la misma población; así que construyen andadores, banquetas amplias, pasajes: en cambio las ciudades que nunca se consideraron grandes ni importantes ceban el destino de sus transeúntes a banquetas pequeñas, apenas para el paso de una persona y en donde es fácil perder el equilibrio y caer.

En la ansiedad yo también imagino. Imagino que Marcelo llegó hasta una dulcería con piñatas que pendían del techo con su bailoteo torpe de papel maché. Entonces recordó y recordé cuando mis pesquisas me llevaron al mismo sitio, al ver aquellos colores luminosos como el betún, que papá tiene diabetes y aquello le dio una pista, tal

vez había tenido un bajón de insulina, se habría desmayado en la calle; algún policía los vio en el trance y los llevó al hospital más cercano. Escribió rápido la frase «hospitales Matamoros» en el navegador de su celular y se encaminó a la clínica más próxima.

El Hospital Guadalupe tenía la fachada color ladrillo y no era tan grande. Con la prisa se estacionó en donde no debía y un guardia salió a regañarlo, pero no le hizo caso. He visto el video varias veces. Mi hermano baja ansioso del Corolla, no mira a nadie en particular, pero cuando el guardia se le acerca él reacciona con cierto miedo, da unos pasos atrás, luego toma valor y algo le dice al cuidador, manotea y entra por Urgencias. Ahí pregunta por mis padres en la sala de recepción, sin éxito. Nadie había llegado con tales características. Para entonces mi hermano ya era una fuerza descontrolada. Recorrió el pasillo de acceso y entró a la sala de urgencias, pero ese día no había ni un accidentado. El doctor y las enfermeras charlaban tranquilamente en la estación, una revisaba la cantidad de medicamentos y acomodaba el instrumental médico. El doctor le preguntó con miedo qué sucedía; no era la primera ni la última vez que alguien entraba por esas puertas armando tal alboroto: entre sicarios o familiares enfurecidos porque la medicina no iba a salvar a su papá o hermano o hija y la agarraban contra los médicos y enfermeras; aquellas trombas de impotencia que producía la gente no eran cosa extraída de la ficción, sino hechos reales, asumidos, pan de todos los días. Cuando la gente ve que alguien querido está por morir la ignorancia de su vida, la estupidez del tiempo perdido, su inutilidad, los transforma en seres violentos que solo quieren desquitarse por lo que la medicina no podrá curar. Tal vez por eso los enfermos que amamos duelen más, porque nos recuerdan lo fútil y poco práctico que es al final nuestro amor enfurecido por ellos.

Marcelo mostró su celular y las fotografías que le había enseñado a la dependienta del café París. Los doctores le contestaron que no había llegado nadie ahí, pero una enfermera agregó que tal vez estuvieran en otras clínicas y tras algunos minutos le pasó los nombres de las que se encontraban alrededor. Mi hermano arrebató la hoja y salió corriendo solo para volver a manotear con el guardia de la entrada.

Con esa lista abordó su coche que había dejado estacionado en batería y peregrinó de hospital a hospital de Matamoros, con una asfixia que llegaba de las esquinas de la ciudad, en los semáforos en rojo, en los involuntarios saltos que debía dar, en la cabina del auto, al pasar rápido sobre los bordos, en las vueltas en U prohibidas, en el laberinto de cuadras de Matamoros llenas de locales pequeños, negocios chicos y baldíos. La respuesta fue la misma en todos lados hasta que la cantaleta que le habían empezado a recitar terminó de horadar la urgencia que tenía, de convencerlo de que no hallaría a

nuestros papás con vida, de que tal vez los había perdido para siempre.

La muerte de los padres es piedra de toque en la vida de todos. Nos vuelve otros aunque no queramos. Con su partida la nuestra también se hace visible. Toca a nuestras puertas por primera vez. Algunas veces, de joven, mientras intentaba dormir en la cama, me preguntaba cuándo iban a morir mis papás. Asumía que la causa de su muerte sería por alguna enfermedad corta, en la medida de lo posible, nadie espera la agonía extensa en las camas de cualquier hospital del mundo. El solo imaginarlo me causaba una especie de sofoco. Intentaba distraerme, pero la idea regresaba. Una vez se lo conté a Marcelo, quien ya empezaba a fumar y soltó el humo lentamente. Compartíamos la habitación. Él del lado de la ventana. El aire terminaba por devolver el humo que inútilmente quería sacar.

—Madura —me respondió—, no siempre serás el consentido de papá.

Pero ni él ni yo maduramos. Un par de años después cayó en una depresión que lo hizo perder el último año de prepa. Nada lo sacaba del estado a donde había ido. Había roto con su primera novia y aquello desencadenó en él un olvido. Adelgazó mucho y cuando salió de la depresión, gracias a la terapia y las pastillas, nunca volvió a tener el mismo arrojo que había recuperado tras un episodio similar años atrás. Conozco a personas con depresión. Son nerviosas, no en el sentido de un temblor físico, sino en la manera como pisan el mundo que se les presenta. Sus detonadores de la caída son misteriosos, pero así como en los sistemas, una vez que se activa uno el resto hace su función y los encadena a otro tiempo, a una manera distinta de estar en el mundo, incómodos con él, avorazados en la propia destrucción que solo ellos observan. A veces logran sacar la cabeza a flote, pero sin ayuda terminan fundiéndose con el lodo del fondo.

Aquel sábado, tras visitar los hospitales, el propio sistema de alarma de mi hermano lo terminó llevando a la policía. El cuartel se encontraba cerca de la zona del consulado, una de las mejores de la ciudad, ahí se erigía también el Museo de Arte Moderno y uno de los parques más bonitos de Matamoros con una concha acústica donde suelen darse conciertos durante el Festival de Otoño. El cuartel, como en todas las zonas en guerra, amedrenta. Los policías lo hicieron esperar en una de las irritantes bancas que yo conocería muy bien los días siguientes. Aguardó a que lo atendieran hasta que una oficial le avisó que no podía hacer nada ya que solo se buscaba a personas tras 72 horas desaparecidas y no habían pasado ni cuatro desde la última vez que se les había visto a mis padres.

—Puta madre —les contestó—. ¡En 72 horas ya van a estar muertos!

Apenas dijo aquello el desequilibrio que ya afloraba en su interior lo

hundió. Sendas lágrimas recorrieron su rostro, pero ni eso inmutó a la oficial, por otro lado acostumbrada al trato con los desesperados como primer lección para ser policía.

—Si quiere pregunte en las patrullas si los han visto —le aconsejó, consciente de fastidiar a algunos compañeros con aquella sugerencia. Los policías suelen tener solo dos personalidades: una violenta, cuando ejercen el poder, y otra medrosa, tensa, dubitativa, cuando un ciudadano les habla para pedir consejo. Imagino que remató la oficial:

—¿Sabe cuánta gente cae en esas características que dio? ¿Ya fue a los hospitales y a las cruces roja y verde?

Vencido, salió y se detuvo afuera del cuartel. Hacía sol, pero un viento frío que llegaba de la costa lo tranquilizó. El otoño, su estación favorita del año, se encontraba en ciernes. En unas semanas aquel aire ralo se convertiría en sostenidas corrientes frescas que irían disminuyendo la temperatura de toda la región hasta volver quebradizos pastizales y cerros, ventanas de coches y pulmones de enfermos. La temporada de ciclones ya había quedado atrás y el sol y las temperaturas altas volvían a recobrar la tierra por un breve tiempo, antes de la llegada del invierno que solía ser duro en esa zona. Revisó su reloj y precisó: no habían pasado ni cuatro horas desde la desaparición de nuestros papás.

De niños nos perdimos una vez, cada quien solo, y después, juntos. Marcelo se extravió en el Centro. Había acompañado a mamá a comprar una vajilla. Entonces la ciudad no contaba con tantos centros comerciales, sino que estaba construida a la usanza antigua: calles de libreros, de vendedores de focos, de trajes y vestidos para bodas y para la venta de artículos hogareños.

Perderse es un ejercicio de la curiosidad. Algo te llama la atención y envuelto en la ligereza, tomas una desviación que pasado cierto tiempo conspira contra ti y te alerta. Algo ha cambiado. Algo ya no está donde debería. ¿Quién se pierde para quién? Alguien olvida y alguien descubre que ha sido olvidado, ¿en quién recae la mayor aflicción?

En la casa siempre han contado esa anécdota como el «extravío» de Marcelo. Mamá es la culpable. Salieron a comprar una vajilla a la calle donde estaban la mayoría de esos locales. Entraron y salieron de varios. Entre la gente, el ruido del tráfico y el calor, mamá perdió a Marcelo. La alerta se desató cuando buscaba una tapa para una olla de presión. Inclinó la mirada y no encontró a mi hermano por lo general a su lado. Pronunció su nombre en voz baja y después fue subiendo el volumen. Recorrió los pasillos de la tienda, apurada, se abrió paso entre la gente, miró en los anaqueles, debajo de las mesas. Sudaba demasiado por la ansiedad. Cuando salió a la calle hizo la ruta en sentido inverso. Al igual que Marcelo, mamá se apoyó en los guardias

de seguridad. Nadie había visto a mi hermano. Lo encontró en la segunda tienda que había visitado, tres calles atrás. Marcelo estaba paralizado por el miedo y, a diferencia de mamá, había decidido quedarse en el último sitio donde la había visto. No dijeron nada de los orines en los pantalones. Entonces no tendría más de seis años.

Decidió tranquilizarse y volvió al café París. Apenas llegó y le preguntó a la misma dependienta si habían aparecido por ahí un señor de tal y tal facciones, con una mujer así y asá. La chica negó con la cabeza. Desanimado, buscó un sitio cerca de la ventana. Se tomó un café, pero la bebida no lo tranquilizó. Con la mirada puesta hacia fuera le daba sorbos lentos a la taza. Pasado cierto tiempo en el que solo revisaba el ir y venir de la gente en la calle alzó la cabeza y observó al fondo del local una cruz de madera, encima de la puerta de acceso al patio. La cruz tenía unos ramilletes, bajo ella una vela eléctrica iluminaba los pies del nazareno.

No sé cuánto tenía sin hablar con Dios, pero en ese momento cerró los ojos y oró. Inclinó el rostro y con las manos en el filo de la mesa algo murmuró. He visto el video varias veces. En todas me sorprende ese momento de vacilación antes de emprender la oración. Si Dios está ahí debe escucharlo, pero ¿Dios está ahí? Una interrogación que abrasa. Mamá nos había enseñado a orar desde niños. Incluso papá nos acompañaba en algunas ocasiones. Nos imponía aquel silencio espectral como si él exigiera una pauta en el tiempo para poder ser nombrado. Ante la mesa se bendecían los alimentos, pero también las salidas en carretera no iniciaban hasta que mamá apuraba una oración breve y certera. Tal vez, apoyándose más en la fe de mamá que en la suya, dijo:

—Sé que no he sido el mejor hombre —le confesó a Dios—. Pero tráelos con bien, te lo suplico.

Cuando abrió los ojos la ansiedad había disminuido un poco. Desplomó la mirada sobre la mesa, en las vetas artificiales que semejaban nudos de madera. Quería salir y continuar con la búsqueda, pero se mantuvo en su lugar. Quieto. Quieto ante la ansiedad. Quieto. Inmóvil por fuera. Podía escuchar sus latidos en tensión, percibir un calambre que descendía por la espalda, como una extensión de la prisa que iba desde alguna de las primeras vértebras y se internaba en los meniscos, finas láminas de resequedad y ardor. Los pulmones empezaban a acelerar su ritmo y los bronquios se inflamaban. Un dolor secreto a la altura del páncreas lo hizo sudar. Apretó los dientes como si quisiera sacárselos a mordidas. Notó que el café se había terminado. Al fondo, el pocillo había formado la imagen de una península.

Fue al lavabo y se refrescó el rostro. A sus 42 años aún se mantenía con cierto aire juvenil a pesar de las canas, herencia familiar paterna,

que ya avanzaban incluso en su barbilla y habían empezado a la altura de las sienes. Una cicatriz horizontal cerca del ojo, de la vez cuando de niño se cayó en el patio y se rasgó parte de la sien, le procuraba cierta seriedad. En algunas fotografías exhibía aquella cicatriz con orgullo. Un alambre de púas había sido el causante. Le tuvieron que dar puntos para cerrar aquello. Casi cinco centímetros. Salvó el ojo de milagro. Yo era muy pequeño entonces, pero me dice mamá que cuando Marcelo se dormía y ella me dejaba cerca de él, de pequeño, me gustaba pasar el dedo sobre la cicatriz. Una vez me descubrió así, como si acariciara esa breve línea suave, dice que algo en ella me intrigaba, de esas cosas y actos que capturan nuestra atención durante la infancia, que le dicen a los otros qué somos o seremos, pero que nosotros ignoramos para siempre.

Cuando volvió a la mesa decidió ir al punto de partida: al sitio donde los había dejado. Lo imagino yendo detrás de esa imagen que es papá. Desde su jubilación, siempre viste de manera cómoda. Dejó para siempre los sacos completos, las corbatas y ahora solo usa sudaderas, playeras de algodón con estampados, gorras de equipos de beisbol gringo o futbol americano. Tanto mamá como él han adoptado una manera holgada de llevar sus años finales: mamá suele usar blusas ligeras, faldas con estampados de flores, unas zapatillas de tacón bajo. Hay una fotografía en el recibidor de la casa, donde se les ve a sus cuarenta años. Nosotros rondamos los diez y los siete. Vestimos como si fuéramos a solicitar un trabajo de oficina. Hay cierta gallardía en la forma como papá y mamá miran a la cámara, como orgullosos de capturar eso que los representa.

Sin duda, la generación de mis padres aún alcanzó a soñar con una estabilidad financiera que se sustentaba en trabajar todos los días, una vida que corría a la par de las responsabilidades: en cambio la mía ha alargado la juventud lo más que puede. Aún compramos juguetes, nos vestimos con cierto aire infantil. De niño viví ese delicado momento de conocer el Nintendo y ser parte de la generación de Mario Bros, pero a mi hermano le tocó descubrir el Atari. Parece una tontería, pero hay dos formas de mirar el mundo en ese hecho tan simple. Entre una generación que juega a la baraja con los vecinos y la que se conecta en su computadora para hacer lo mismo en el silencio de su habitación, existe una ruptura difícil de salvar.

De nuevo, el problema del sistema. Para que funcionen los componentes deben hablarse entre sí con igualdad de información. Si uno recibe menos o se le envían datos o energía de más existe una falla y el resultado no es continuo. La alteración produce otras realidades. Marcelo pertenecía a un sistema intermedio, uno en el que había sido instruido en la búsqueda de la estabilidad, la familia y los hijos, pero al mismo tiempo, en la inestabilidad del cambio, el

discontinuo de la pérdida de ciertos valores que, para alguien incluso tres años menor, ya no existían por culpa de Mario Bros. En qué mundo se construye una identidad cuando los referentes cambian en un lapso apenas como un suspiro. De niños nos encantaban los robots, pero mientras que para mi hermano eran algo casi mágico, para mí eran algo posible.

Marcelo salió de la cafetería y anduvo unos metros hasta el otro lado de la plaza, en donde circulaban más personas, algunas de camino a la catedral y otros al palacio de gobierno. Matamoros, como todas las ciudades de frontera, es una urbe horizontal, con pocos puntos de apoyo visual, ciudad de avenidas casi disparatadas, sucias, que bordean el desorden de negocios, casas y terrenos abandonados. Por aquí o por allá, con suerte, sobresale alguna construcción de hace cien años, porque la mayoría son ciudades que apenas se aferran a la historia; pueblos que devinieron en la región y se convirtieron en ciudades de paso, de resguardo, en ocasiones efímeras, como el andar de la gente que solo las utiliza de trampolín para cruzar a los Estados Unidos. Por eso, esas ciudades carecen de un plan, sus habitantes no planean imprimir su huella en la historia con edificios, sino escabullirse de ellas lo más pronto posible. Las pocas construcciones altas en la ciudad son recientes; y una de esas era el Teatro Reforma, otra, la catedral y una más, el lejano Fuerte Casamata, presidio novohispano con el que los españoles pretendían defender la región de las incursiones de apaches y de texanos después; fuerte que, en los tiempos actuales, de nada servía para evitar que la ciudad cayera en manos de los cárteles y que, rodeado de un pequeño jardín y un museo de paredes altas más parecía el adorno a un tiempo bélico perdido.

El sol empezaba a caer y la brisa a bajar un poco la temperatura. Decidió seguir su vigilia a pie. Recorrió en redonda, primero por la calle Morelos hasta llegar a la Catorce, de ahí regresó por Guerrero hasta dar de nuevo a la Cinco, en la Cinco dio vuelta a la derecha y alcanzó la calle Guadalupe Victoria, regresó por ella hasta la Doce, después por la Doce se encaminó hasta la línea, cruzó Morelos de nuevo, luego la calle Hidalgo; dejó atrás Abasolo, Matamoros, Bravo, la calle Herrera hasta que tomó por la barda de la terminal ferroviaria, sucia y abandonada como todas, la terminal solo apegada al movimiento de los trenes de carga. Una hilera de carros de mercancías esperaban a ser enganchados. El apagado tronar de las locomotoras lo estremeció; así que volvió por Hidalgo hasta la Sexta, bajó por ella, se detuvo frente al aparador del Super Colchones, a media cuadra de nuevo de la plaza Central y decidió subir por Hidalgo hasta la línea fronteriza, ansioso, con la mirada alerta ante cualquier pareja de ancianos que se le cruzaran en el camino, cualquiera que pudiera ser

mamá o papá. El impacto que sintió ante las estructuras de metal del paso en ambas aduanas fue como escarbar aún más en la ansiedad que lo dominaba. ¿Y si cruzaron la línea? ¿Papá y mamá tenían visa? ¿Y si habían realmente cruzado? ¿Qué tanto sabía realmente de nuestros papás tras tantos años fuera de casa? No sabía sus números de celular ni sus rutinas de pastillas que ambos toman, menos si contaban con visa.

Desanimado volvió a bajar por las Américas hasta que dio con la Casa Cross. Aquella era la construcción más bonita con la que se había topado, estilo norteamericano, de dos plantas de madera, con tejado de dos aguas, paredes color salmón, arcos blancos sobre las ventanas y un porche con rejas blancas, en donde suelen tomar fotografías quinceañeras y novias, se encontraba cerca de la célebre Cancillería que tenía su estacionamiento amplio a un costado. Una reja negra la protegía no solo de los transeúntes sino de la fealdad que la rodeaba: casas grises, de paredes descarapeladas, servicios dentales y estacionamientos. La casa, leyó en una placa, la había construido un hombre que había huido con una esclava y se había quedado a vivir en Matamoros, desheredado por su familia. Siguió adelante. Cuántas parejas de personas mayores se debió topar en el camino solo él lo sabe. A lo mejor pocas. Matamoros es ciudad de poca gente en sus calles, salvo en las plazas y en el Centro. Sin hallar descanso. Sin encontrar consuelo.

En ese tiempo no había dejado de mirar el celular, atento por si entraba alguna llamada, pero el aparato se hallaba en silencio. Desanimado, a paso lento, con la mirada baja, regresó al café París y se quedó afuera, ya sin entrar, no tenía caso. La tarde empezaba a hundirse en la noche. Decidió recorrer el resto de la zona centro de la ciudad, ahora en el auto.

De noche todos vuelven a sus casas. Los que no tienen deambulan, buscan el cobijo de los espacios abandonados como ellos. Tal vez ahí los podría encontrar, asustados como él, a la espera de ser encontrados, como él de niño, en aquella tienda de vajillas. Esa imagen de nuestros padres asustados a veces me estremece. Esa imagen de él con nuestros papás perdidos me despierta en ocasiones en la noche. Tengo que tomar un vaso de agua para calmar los nervios o la culpa porque no lo ayudé, pero también suelo recordar la historia de cuando Marcelo se perdió en aquella tienda. Intento recrear esa sensación de desamparo que tuvo como para orinarse. Aquella historia era un secreto, hasta que mamá me lo contó una tarde mientras las niñas jugaban con las barbies. Estaban enfocadas en su mundo cuando mamá las vio, se les acercó y le acarició a cada una la frente, les pasó la mano por el cabello bien peinado y me confió: «¿Sí sabes que una vez perdí a tu hermano?». Ahora él estaba de nuevo perdido en esa

ansiedad y desesperación. Marcelo revisó su celular y comprobó que aún tenía pila, aunque poca, tal vez para una hora si no lo estaba encendiendo cada cinco pasos.

Fue al estacionamiento del Teatro Reforma, pagó y salió. Un hombre cerraba su local de revistas. Sí… un negocio que le gusta a papá. Aún había coches en el Centro, en algunas pequeñas plazas con locales y sitios para estacionarse descubrió que la vida nocturna de Matamoros no era tan pálida como lo imaginaba a causa de la violencia. Volvió a dar vueltas en la zona, con las luces intermitentes encendidas, se estacionaba en alguna esquina por más tiempo para vigilar los cuatro puntos cardinales, lo más que se lo permitía el tráfico de la ciudad; pero no veía a nadie y cuando descubría parejas que pudieran parecerse a nuestros padres aceleraba, pero al emparejarse eran otras personas, siempre otras personas que lo observaban con algo de susto.

Faltando poco para la medianoche la zona centro se despobló; quedaban muy pocos coches, solo algunas escasas personas iban sobre las aceras angostas. No quería salir de esa área, no pensaba que nuestros papás se hubieran aventurado más allá de ese sitio. Mamá tiene asma y tanto ejercicio le provoca algunas crisis breves, que si no se tratan pueden devenir en episodios de sofocos más prolongados y no se le quitan hasta que le aplican inyecciones de adrenalina para que sus bronquios se dilaten; pero también era lógico pensar que no se hallaban en esa zona, que algo terrible les había sucedido.

Y cuando esa idea al fin se afianzó en su interior, cuando los volvió a imaginar muertos, solos, en algún sitio o caserón o bodega, sus cuerpos en alguna acequia o en el fondo de un terreno baldío o secuestrados por alguien, el peso del día al fin lo quebró. Apagó el coche y empezó a temblar y el temblor le llegaba de los recuerdos, tal vez uno de ellos apenas contemporáneo, desde hacía meses, antes de que mi hermano encontrara el trabajo como vendedor y que mamá me había contado recién la víspera, preocupada por él.

Marcelo había ido a cenar con ellos. Llegó sin avisar con unas charolas en las que se repartían, generosos, quesos, jamón serrano y un poco de pan. Mamá le abrió la puerta con felicidad y papá se puso en pie para abrazarlo. Luego se encaminaron a la cocina. Mamá le ordenó a papá que fuera por refrescos, pero que no trajera de los normales, sino los lights, porque ya había cenado un pan y no quería tener problemas con el azúcar. Papá se puso un suéter, porque hacía un poco de frío, salió a la tienda y cuando regresó el pan ya se encontraba tostado, los quesos partidos y el jamón separado sobre una bandeja. Cenaron animadamente, papá le dijo que mis hijas habían ido durante el día. «Ahora se pelearon por una plastilina. Hicieron un drama», le contó, divertido; y lo arengó cariñosamente para que ya no

les comprara esos juguetes porque siempre se peleaban por ellos.

Luego hablaron de política, de las órdenes sin ton ni son del presidente, del precio del dólar y los juegos de playoff de las Ligas Mayores que estaban por iniciar en una semana.

—Ojalá ganen los Astros —les vaticinó.

Se quedaron en silencio unos minutos, al principio sin incordio, pero luego una espesa ansiedad los abrazó.

—Mijo, me hablaron del banco —papá rompió la tensión con una frase que mordía y mamá apretó la quijada al agregar—: ¿cómo van las entrevistas de trabajo?

Marcelo se arrellanó en el sillón e inclinó la cabeza.

—Pronto les voy a pagar lo que les debo… volver a la ciudad después de tantos años no es fácil… además… el divorcio…

No era nuevo que mis papás nunca aceptaron a Samantha. Su estilo de vida, la forma como enfrentaba los problemas, tan de ella, tan poco ortodoxos, nunca los acercaron: en parte esa forma de ser acentuó la ruptura.

—¿Cuánto debes de la tarjeta? —insistió papá.

—Ya te dije que voy a pagarlo.

—¿Samantha te regresó algo del dinero de la casa? No me digas que sigues pagando parte de sus gastos.

Tras el divorcio ella se había quedado con el departamento de 64 metros cuadrados que habían comprado en la Ciudad de México y en donde me había quedado una vez, en un viaje relámpago a la capital. Era cómodo para dos personas sin hijos, con los espacios adecuados para ciertas necesidades, una cocina en la que apenas cabían la estufa, un refrigerador y una mesilla, una sala larga, la recámara… Marcelo compró cervezas para los dos y las bebimos en silencio mientras observábamos un documental sobre ciudades perdidas y abandonadas.

El documental pasó por Herculano y Pompeya, sobre la famosa Prípiat, pero se quedó un bloque completo en Belchite, un pueblo español cercano a Zaragoza y reducido a ruinas por el ejército republicano durante la Guerra Civil española. La batalla que se desarrolló en sus calles fue un punto sin retorno: combates casa por casa, obuses a diestra y siniestra, la aviación rusa en picada sobre solares, plazas, edificios del ayuntamiento y los mercados. La cámara tomó un plano amplio de la plaza principal en la que señoreaba una iglesia sin techo. Los arcos sostenían la bóveda del cielo. Los muros de caliza y barro, rotos por el tiempo y las balas, mostraban la barbarie. Al concluir la guerra, Franco, el dictador español, le prometió a los habitantes que reconstruirían el pueblo, bloque sobre bloque, pero semanas después ordenó que la destrucción quedara para siempre visible y prohibió toda pala, pico, argamasa y plafón. Había rociado, simbólicamente, un puñado de sal sobre el adoquinado frente al

antiguo ayuntamiento para dejar constancia del horror del gobierno republicano como destructor de las instituciones españolas. El conductor del programa andaba entre las calles roídas sobre las que ningún cantero volvió a trabajar so pena de muerte, se asomaba bajo los arcos de las fachadas en pie sin profundidad que cubrir. La imagen de la iglesia de San Martín resultaba tétrica y tenía una leyenda en la hoja de una puerta que el conductor leyó y memoricé.

Cada que la recuerdo es como un fantasma que recorre la habitación y dice lo mismo sobre mi vida, la de Marcelo, la de mis padres e hijas: «Ya no te rondan zagales, ya no se oirán las jotas que cantaban nuestros padres».

—De miedo, ¿no? —me dijo Marcelo en esa ocasión—. Igual y eso somos, ciudades sobre las que alguien prohibió reconstruir.

No le respondí, estuvimos en silencio y este fue separándonos. Yo me levanté por una cerveza, pero Marcelo ya no quiso tomar, se sumergió en un silencio de esos, tan suyos, en donde bloqueaba cualquier cercanía. Estuve un rato mirándome las rodillas y me empezó a dar taquicardia. Samantha pasó a nuestro lado, ya en pijama, con unos audífonos puestos y se metió a su recámara, pero como que habían peleado en la tarde y su cortesía era hiriente. Así que, cuando nos fuimos a dormir no había un ápice de camaradería entre los dos sino un desconcierto filial hacia los tipos en los que nos habíamos convertido y que no tenían nada que decirse: hermanos que el silencio empareda.

Eso mismo sucedió aquella noche. Marcelo se quedó callado, como una ciudad desbastada, de calles inciertas, una iglesia de un Dios desvanecido. Mis papás dejaron de importunarlo, mamá le acarició la frente y dijo lo que todos los padres dicen una vez que han herido a sus hijos lo suficiente:

—Es por tu bien, mijito, te queremos. No te estamos cobrando, solo que nos preocupas.

Se fueron a dormir y lo escucharon irse a eso de la medianoche. Ese rato estuvo en el sofá, con la mirada en algún punto de la casa. Papá es mucho más alto que mamá, quien ya empieza a empequeñecer a causa de la edad. Salió a despedirlo y cerrar la puerta con llave, pero Marcelo se adelantó.

—Se llevó sus fotos, las que teníamos en los marcos —me dijo papá —. Así han estado desde entonces.

A Samantha no había vuelto a verla, aunque intercambiaban mensajes por celular, por esos restos de la vida en común que aún los ataban, pero que la distancia ayudaría a desligar. Ella se había quedado en la Ciudad de México, con el par de gatos: Primo y Orejón. Sé que le pagaba algunas deudas, nunca supe si por responsabilidad o culpa. Cuando decidió volver llegó primero a casa de mis papás y

después rentó un departamento pequeño en Colinas de San Jerónimo. La vida de mi hermano no tardó en encarrilarse tras algunas crisis pasajeras. Después de aquella noche encontró empleo en la fábrica de fertilizantes. Algunos días, cuando dejaba a mis hijas con mamá e iba a visitarlas, las llevaba a un Oxxo y les compraba dulces, ellas pronto descubrieron que no les iba a negar nada y volvían de esas expediciones con juguetes baratos que solían vender ahí. Marcelo aprovechaba para comprar productos chatarra y encerrarse en su casa a ver series vía streaming, casa donde el sol nunca tuvo espacio para poner un pie. Solo entre semana, en el negocio, se daba el lujo de andar y ser parte de nosotros.

Cuando mis padres se enteraron que ese era el modo de vida de mi hermano los fines de semana, decidieron sacarlo de su ensimismamiento y así empezaron su nueva rutina. No sé quién rescataba a quién. Mi madre solía llegar temprano y hacer lo que hizo toda la vida por nosotros: limpiar la casa, preparar algo de comida caliente para cuando mi hermano llegara. Papá lo aturdió con las rivalidades de los equipos de softbol de la ciudad, le pidió que lo ayudara a amueblar el espacio, lo llevaron a los centros comerciales para que se aprovisionara de algunos enseres y electrodomésticos. «Tira ese microondas», fue acaso lo único que le pidió mamá. Odiaba los microondas porque volvían a la gente floja y abandonaban las estufas, el arte de mezclar condimentos, carnes y verduras para solo embutir algo en una bolsa y dejarlo calentar. Era curiosa la imagen: un par de viejos que, de nuevo, le enseñan a su hijo cuarentón a encarrilarse con la vida.

Y ahora, esos recuerdos se volvían más firmes conforme la idea de que la desaparición de mis padres era en la mente de mi hermano solo una capa de algo que se removía en su interior con mayor violencia. ¿En qué momento una persona común y corriente se volvía víctima o atentaba contra sí? ¿Qué tenía en su andar o decir que a otros les molestaba o bien, les producía comezón, una ansiedad como para ir tras ellos o ellas, sin conocerlas, para raptarlas?

Repasé que Marcelo tenía meses yendo a la frontera chica de Tamaulipas, a donde nadie más quería ir. El negocio de venta de productos del agro se hallaba abandonado. Los rancheros y dueños de pequeñas fábricas de granos que no habían sido cooptados por el narco solían ir hasta Monterrey a comprar sus productos, y qué mejor que él resolviera eso por ellos: subir a su camioneta con kilos de fertilizantes y gestionar las entregas al principio, para ganar su confianza, y después despachar el producto por paquetería.

Se había concentrado en la zona de Matamoros, pero después había agregado a su área de acción el pueblo de Nicolás Bravo, cerca de los puentes de Donna; aunque la población era más un pueblo fantasma,

pero incluso en sitios así la gente se movía, hacía sus días, se casaba, sembraban y cosechaban. Trató de desaparecer esas ideas. Luego empezó a andar en otros municipios y villas de la zona: solía enviarle a mamá fotografías de la carretera, de los ranchos a los que iba. La gente que conocía resultaban buenos clientes. O eso quiso creer. Una vez sí me contó que se topó con un retén. Lo detuvieron en un camino vecinal. Dos camionetas grandes cortaban en zigzag el camino. Cinco chicos, que no pasaban de los veinte años, lo detuvieron. Le quitaron sus credenciales hasta que uno lo reconoció y les dijo a los demás que era el nuevo vendedor de granos y fertilizantes, que le ayudaba a su jefe. Lo dejaron ir y solo le quitaron el dinero de la cartera. ¿Y si los habían levantado para darle una lección? Si su andar por la zona generaba sospechas. «No», pensó. «A mis papás no, no por mi culpa. Se perdieron».

Volvió al hotel pasadas las dos de la mañana. El corazón se le aceleró en cuanto estacionó el coche y avanzó por un sendero, luego al recibidor donde un nuevo encargado revisaba información en una computadora. Subió a gruesos trancos las escaleras y avanzó por el mullido piso del pasillo. Las puertas con números en ellas lo animaron. «Tal vez ya volvieron y están cansados porque se perdieron». Cuando abrió la puerta solo encontró la cortina que el aire movía porque había dejado una ventanilla abierta. De nuevo recaló en la ausencia que se trasminaba en las paredes, en la cama vacía, en el cepillo para dientes derecho dentro de un vaso de cristal. Se sentó en la cama y se dejó caer en el colchón. El cuerpo recibió esa andanada de paz. Respiró con tranquilidad.

—No me voy a dormir, debo seguir en la calle.

Aquella idea lo hizo ponerse en pie. Lo sé porque volvió a salir del hotel con una botella de agua en la mano. Bebió el contenido de un par de tragos larguísimos, asfixiantes. Antes de salir le solicitó al encargado de la recepción que si llegaban sus padres le avisara. Le dejó el celular. «Es que no los encuentro desde la tarde», le confesó al fin. Tener alguien en quién descargar la ansiedad lo tranquilizó. El hombre hizo un gesto de apuro y le preguntó si ya había ido a la policía, a los hospitales. Marcelo asintió. «Vuelvo enseguida».

Cuando salió, llegó a un Oxxo, se compró un café y preguntó a la dependienta si había visto a mis papás, luego le mostró las mismas fotografías de la tarde. El video de la tienda, que pude ver después, lo muestra con prisa. Se rasca la nuca como espantando un insecto. Supongo que se le encendía la esperanza cada que la gente dudaba, que movía los labios o los arqueaba en señal de estar buscando en el pasado inmediato unos rostros como esos, esas facciones en personas que iban a comprar refrescos o jamón; pero la negativa posterior retumbaba dentro de su pecho como un cubetazo de hielos que iban

desmoronándose, deshielándose después del impacto inicial y le congelaban la sangre, una sanguaza fría que bombeaba su corazón blanco a causa de la desesperación.

Buscó en el celular y revisó en la configuración si algo estaba mal liado, si por alguna razón las llamadas que salían de ahí no se enlazaban. De nuevo, un problema del sistema. Algo que no funciona en el flujo. No había recibido ni una durante el día. A esa hora no sería fácil dar con alguien que le arreglara el celular. Un coche pasó cerca de él con unos chicos en plan de fiesta. Luego dio la vuelta en U y se estacionó frente al Oxxo. Descendieron todos. Uno llevaba botellas, los otros jugueteaban con su celular y al menos uno se quedó afuera dando caladas profundas a su cigarro. Marcelo se le quedó viendo. El muchacho no pasaría de los veintidós años. Era algo rollizo. Vestía una camisa de las Chivas, un pantalón de mezclilla y tenis Converse. Se le acercó y le preguntó si le podía marcar a su celular. El chico lo miró de reojo, sorprendido. Se dejó el cigarro en la boca con un tono de perdonavidas.

—Es que necesito saber si está descompuesto, no me entran llamadas. Es solo una vez.

Le mostró el aparato en el que solo había una raya en la antena.

—Tengo perdidos a mis papás —agregó para causar un poco de empatía. El chico le marcó y aunque tardó unos segundos en enlazarse la llamada al fin sonó su teléfono.

—¿Cómo está eso de tus jefes? —le preguntó.

Marcelo relató su periplo. En esa situación lo encontraron los otros amigos al salir del Oxxo. Los chicos ahora lo observaban con atención y un poco de curiosidad. Cada uno llevaba, lo descubrí después, una playera distinta de futbol: Aston Villa, Guadalajara, Barcelona, Tigres. Los muchachos abrieron una botella de cerveza y empezaron a beber afuera de la tienda.

Marcelo los observó con cuidado. Estoy seguro de que al verlos recordó su propia juventud. Estudiaba entonces para ser actuario en la Facultad de Físico Matemáticas. Los números, la resolución de problemas se le daban bien, hasta la crisis que sufrió al inicio del quinto semestre y que lo mantuvo fuera casi dos semanas. Era normal. No todos los que estudiaban Actuaría terminaban la carrera. La licenciatura suele presionar demasiado. El cálculo diferencial, los estudios de probabilidad avanzada y el cálculo de variables se volvieron losas en su camino.

En ese entonces tenía una novia, Lilia. Era de cara cuadrada y estudiaba Leyes. Se habían conocido en una fiesta de rodeo en un sitio cercano a la universidad. Los chicos de Físico Matemáticas por lo general eran tímidos, pero no Marcelo a esa edad en la que, además, como miembro del equipo de atletismo, solía tener una apariencia

fuerte y audaz que había ido recuperando después de algo que le sucedió a los quince años y del rompimiento con su primera novia. Para muchos hombres la confianza proviene de rutas muy específicas: para algunos es el dinero, para otros lo que saben, su ropa. Para mi hermano, siempre fueron las mujeres. En ellas, secretamente o no, basaba mucho de su autoestima. Se sabía guapo, pero ante ellas guardaba una inseguridad inexplicable. Era en los ojos de las mujeres donde obtenía la aprobación o su rechazo como individuo. Nunca tuvo un punto intermedio: nunca supo estar solo. Esas temporadas sin novias o citas solía vivir a intervalos, como descubierto de lo que lo hacía ser él.

Anduvo con Lilia casi todo el tercero y cuarto semestre. Una tarde los descubrí cogiendo en su habitación. Sus jadeos y respiraciones fuertes atravesaban las paredes del cuarto. Tuve una erección y con el corazón a latidos agigantados y los nervios a todo lo que daban salí al pasillo y me asomé por la puerta entreabierta. Aquella visión de Lilia recostada y mi hermano sobre ella me endureció el pene. Los pechos de Lilia, imaginados en mi boca, me hicieron venir en cuanto empecé a apretar el pene bajo el pantalón. Era la segunda vez que descubría a mi hermano con alguien.

Afortunadamente mis papás no se encontraban en casa, no se lo hubieran permitido. Yo estaba por entrar al último semestre de prepa. Cuando salieron me miró con sorna y al pasar junto a mí, me acarició la cabeza como si aún fuera un niño y él ya un hombre hecho y derecho. Lilia también me sonrió y preguntó:

—¿Es tu hermanito?

Siempre el hermanito. Al que deben cuidar. El que no tiene experiencia. Al que se le fractura el pie por jugar en patines. Y antes de bajar, Marcelo musitó:

—Espero que hayas visto lo suficiente.

Lilia llevó a Marcelo a otros límites. Una tarde le descubrí una bolsa con mariguana en su mochila. No la había dejado bien cerrada y al levantarla para cambiarla de sitio tiré su contenido. No le comenté nada. Casi al año y medio de noviazgo solía encontrarlo apurado entre su novia y las materias de álgebra lineal y economía. «No se me da», me confió una tarde que miraba atento una grieta en la mesa de madera del comedor. A eso le sumó que Lilia le propuso empezar a salir con más personas. «Dice que quiere una relación abierta». Cuando me explicó qué era eso, con una confianza inesperada de parte suya, me dio risa.

A mí aquello me parecía fabuloso, tener varias novias, pero a él aquella variable lo volvió loco. Enfermó de celos. Le marcaba a Lilia cada dos o tres horas, le mandaba mensajes. Una vez lo encontré apurado porque ella no le devolvía la llamada.

—Ha de estar con alguien más —le dije una tarde.
—¿Por qué lo dices?
El corazón se me aceleró cuando le mentí.
—La vi en la parada de la colonia con otro.
¿Cómo era? No tuve que describírselo ya que él fue dándole forma al chico con el que Lilia lo engañaba y yo solo le seguí la corriente. Salió de la casa y cuando volvió, casi a medianoche, venía borracho. Papá y mamá lo esperaban en la sala. Se gritaron. Mamá lo regañó por venir oliendo a mariguana. Habíamos perdido a una tía a causa del cáncer de pulmón y era muy estricta con el asunto del cigarro, hasta papá que se fumaba sus Delicados de cuando en cuando había tenido que dejar de fumar.
Lilia lo dejó después de que él fuera a recriminarle mi mentira, pero mi hermano ya estaba fundido. Empezó a seguirla. Una tarde Lilia me habló por teléfono para pedirme que fuera por él. Me dio la dirección. Estaban en una casa en una colonia del Centro. Yo apenas estaba terminando la prepa y encontré a Marcelo borracho y dormido en un sillón. Lilia se encontraba con otro chico que estaba muy enojado. Habían peleado. La sala estaba destruida. Lilia había llorado. Como pude levanté a Marcelo y lo saqué de ahí.
—Cuando despierte dile que ya no me siga o hablaré con algún amigo para que se lo madree, además fue él quien me cortó.
Nunca le dije nada. Nunca le conté que aquella Lilia cornuda de la cual temía tanto el abandono había sido producto de mi imaginación para que ya no me dijeran nunca más «hermanito». Ni por cobrarme el tobillo fracturado y otras cosas. Anduve un año con muletas. Cuando los demás jugaban fut en la calle yo seguía la pelota con la mirada inútilmente. Aun ahora, cuando hago demasiado peso sobre el pie algo roza en mi empeine, un dolor me acalambra, no sé si real o imaginario.
El día que debió presentar la materia de Seguro de Daños no llegó a la facultad. Lo sé porque me marcó. Estaba en una cantina en la zona de los mercados, en el Centro. Fui por él. Por poco y no me dejan entrar. Lo encontré de nuevo perdido. «Pinche Lilia», me dijo. Alguien lo había golpeado. Abandonó la carrera tres meses después. No volvió a estudiar en la universidad. Empezó a tomar cursos breves de mercadotecnia y unos dos años después tomó su primer trabajo como vendedor. No le iba mal. Cuando quería, Marcelo podía ser enfocado y contar con una disciplina feroz. No hubo prospecto al que no le ganara, pero era como mirar el esfuerzo tiránico por mantener a raya el derrumbe que lo habitaba. Después empezó a saltar de producto en producto hasta que una empresa grande se lo llevó a la Ciudad de México.
Quién sabe qué vio mi hermano en aquellos chicos que terminó por

contarles todo. Escucharon la historia de la desaparición de mis papás sin saber cómo reaccionar hasta que uno, el que llevaba la playera del equipo inglés le propuso sumarse a la búsqueda. Ellos podían recorrer la ciudad en un coche y él con uno de sus amigos en otro. No parecía la mejor idea confiar en los extraños a esa hora de la noche, en Matamoros; pero Marcelo accedió. El que llevaba la playera del Barcelona sonrió y le pasó un cigarro a mi hermano. Lo fumaron juntos en la fría madrugada fronteriza.

Se pasaron los números y se hicieron un grupo de WhatsApp. Volvieron a realizar la ruta de los hospitales. Los mensajes iban y venían, sin éxito. «Hasta que nos pasa algo interesante en esta pinche ciudad», dijo el de la playera de Chivas que iba de copiloto con Marcelo. Aquella cruzada les resultaba agradable y tranquila. Victoriosa. Dos coches que desfilan en la madrugada en la última búsqueda importante del mundo y en la más vieja también: la del hijo que va tras sus padres. Además, por la ansiedad, mi hermano no daba señas de ser una figura terrible, sino una que merecía atención y cuidados.

Ese es uno de sus grandes dotes: su capacidad para generar lástima. Por eso era realmente el consentido de mis papás. Sí, yo tenía con él una cercanía construida a lo largo de muchas complicidades; pero desde el divorcio él se había volcado a protegerlo y su retorno a Monterrey era parte de esos últimos mimos que los padres viejos tienen ante el hijo maduro que aún no se encuentra en su vida. A veces, cuando veo a mis hijas que amo con locura, me pregunto si sus errores como mujeres adultas me harán quererlas menos, odiarlas un poco, sentirme decepcionado igual que mis padres con Marcelo y eso me aterra. Tal vez por eso Miriam y yo somos muy estrictos con ellas. Con seguridad, eso se volverá contra nosotros en el futuro.

De niños, sin duda por ser el más pequeño, papá y mamá me tenían cierta predilección, pero últimamente los favores habían cambiado. Los padres siempre están con los débiles de la camada. La oveja negra. Alguna vez, mamá lo comparó con la figura del Hijo Pródigo cuando se casó con Samantha. Yo no pude más que sonreír con cierto sarcasmo. Llevaba tres años de casado con Miriam y esperábamos a nuestra primera hija. Marcelo solía hablarles por teléfono cada quince días o más, pero sus llamadas eran rápidas y por no dejar. No se enteró, por ejemplo, de la vez que mamá se enfermó de los bronquios y estuvo hospitalizada tres días en el Centro Médico Alfa. Tampoco de la tarde que papá se cayó de la escalera y se fracturó el brazo. En parte yo tenía la culpa, porque ellos me decían que le avisara, pero ¿qué caso tenía si su respuesta habría de ser la de siempre? Además, cuando se enteraba de estos sucesos nunca me recriminaba ni daba signos de alterarse por dejarlo al margen.

A eso de las tres de la mañana, después de recorrer de nuevo los hospitales de Matamoros los chicos decidieron parar en la pared del deportivo Eduardo Chávez. Hacía mucho frío y las cervezas escaseaban. Desde la banqueta se veía la superficie tranquila de la alberca y la solemne plataforma de clavados. En algún momento uno de los chicos dijo que era peligroso seguir en la calle a esa hora.

—Nos van a confundir con un convoy y nos van a tirotear.

Marcelo se bajó de uno de los coches y fue a orinar a un costado del fuerte. Ese sitio que había sido bastión de las fuerzas villistas durante la revolución, que recibió perdigones y luego balas y obuses, recibió también la orina de mi hermano. El que llevaba la camiseta de las Chivas le sugirió esperar en casa.

—A esta hora, como los fantasmas, solo los narcos andan en la ciudad.

Matamoros, la Heroica, de noche, le resultó árida. Las casas tenían rejas pequeñas, porches atiborrados, portones en distintas escalas de grises. El asfalto agrietado agitaba el coche. Se dirigieron a una colonia en la periferia, pegada al río Bravo. Salieron del Centro por la calle 1 de Mayo y cruzaron un puente sobre un canalón. Se veían pocas casas en esa zona y con esa oscuridad. Algunas luces pardeaban a lo lejos. La tierra tenía ese olor acuático, el sereno llevaba, como lo vi días después, una carga a tierra mojada y sal, por la cercanía del Golfo de México. El olor de la tierra húmeda era un bálsamo a esa hora de la madrugada. Pasaron un tiradero de autos y algunas bodegas, hasta que al fin cortaron por una diagonal y salieron a una calle cercana a la ribera fronteriza. El de la playera de Chivas le indicó dónde estacionarse.

La casa de una planta contaba con un techo de dos aguas, una barda perimetral, un jardín exterior descuidado con algunas llantas de coches apiladas en las orillas. La construcción en sí tenía tres arcos al frente, un porche y tras ellos las habitaciones que resultaron ser desiguales, cuadrados pegados a otros. Un par de sillones largos, como para acomodar a una familia extensa, se hallaban frente a frente.

Adentro ya se encontraban los otros chicos y estaban conectando un Xbox. Marcelo entró sin saber qué hacer.

—¿Quieres una birria? —le preguntó el que vestía con la playera del Barcelona—. Traemos la adrenalina a tope y la queremos bajar.

—Yo me voy, debo seguir buscando.

La vivienda era de un familiar y se la rentaba al chico que le había ofrecido la cerveza casi por nada, casi solo por cuidarla, porque en otras casas de la zona ya se habían metido para robarse cableado y fierro. Fue a la cocina y trajo el six que había comprado antes, porque las del Oxxo ya se habían terminado durante la búsqueda. Sacaron unas papas fritas y se rolaron la bolsa.

—Pensé que te podemos ayudar desde aquí, todos los celulares tienen un chip de rastreo. A lo mejor así damos con el paradero de tus jefes.

Era curiosa la escena: un hombre de casi 42 años siendo aconsejado, casi preso, por cuatro chamacos que rondaban los veinte. Marcelo asintió. Lo veo ahí, con su camisa fajada, el cinturón elástico, su pantalón con pinzas, los mocasines, el pelo bien aplacado. Siempre vistió muy decente, por decirlo de alguna manera. La escena lo tranquilizaba. Ya había recorrido Matamoros. Nada de mis papás. Pensó en las bodegas donde se suele resguardar a los secuestrados, en las casas escondidas en las periferias, como esa donde se encontraba. Los cuartos negros, con las cortinas pesadas, los muebles minúsculos e incómodos.

Durante la tarde había ido formulando la idea de que tal vez alguien lo había confundido. Realizaba muchos viajes a la frontera chica, siempre solía verse con granjeros u hombres del ramo agricultor. Algunos tenían en las afueras de Matamoros grandes extensiones de terreno en el que se cultivaba de todo. La época algodonera en la ciudad era solo una leyenda, pero esa tierra seguía dando sus frutos. Algunos de los hombres a quienes les vendía lindaban sus terrenos con el Bravo. Alguien lo había confundido. Eso era. Para darle un escarmiento se habían llevado a nuestros papás, quienes ahora se encontrarían en una casa como esa, como tantas que había en la zona, no se sabía si habitadas o no. Aquella idea, conforme se dieron más adelante las situaciones, era muy clara, fácil de digerir, de explicar.

El chico con la playera de Tigres se tiró en el sofá, se quitó los zapatos y abrió una Tecate. El sonido de la corcholata lijó los nervios de mi hermano. El que llevaba la camiseta de las Chivas le dijo que allá estaba la computadora, podía empezar a rastrear el número.

—Ven, te digo cómo. A veces así le hago para saber dónde anda mi morra y caerle de sorpresa.

Marcelo lo siguió como hipnotizado. En la sala encendieron la televisión en un canal de videos. No reconoció ninguna canción.

Mi hermano y yo éramos de la generación de MTV, cuando el canal norteamericano empezó a romper moldes y conciencias al ritmo de su música. Solíamos quedarnos los sábados en casa viendo la programación y nunca nos perdíamos los videos más famosos o populares. Por esa época papá se había enfermado de un pulmón. Los médicos nos trajeron en una espiral de diagnóstico que fue de una simple infección, un tumor, cáncer y finalmente una inflamación derivada en una neumonía. Durante una semana, todos los días, extraían agua del pulmón izquierdo de papá. La operación resultaba sencilla. El método, no. La enfermera llegaba con una jeringa inmensa y una aguja larguísima que inyectaba de manera vertical sobre el

pecho de papá. Luego, poco a poco, empezaba a jalar para extraer un líquido ocre, con pedazos de sangre semicuagulada que se revolvía en aquella sanguaza. Cuando sacaba la jeringa se escuchaba como si destaparan una botella. A Marcelo le tocó ver en una ocasión la operación y no quiso volver al hospital.

Se sentó ante la computadora y siguió al chico en Google tras una aplicación de búsqueda, luego la descargó. Hizo una serie de operaciones que Marcelo intentó seguir, pero la noche, el cansancio, el sueño, empezaban a hacer mella en él. Al fin el muchacho le preguntó por los números de teléfonos de papá y entonces vino la crisis. No se los sabía. Los malditos celulares ya no nos dejan retener ninguna información. No los recordaba para nada. Buscó su celular y se había quedado sin pila. La desesperación lo abrazó. Quiso llorar de impotencia. Se puso de pie. Se volvió a sentar ante la computadora y quiso recordar los números. Debía iniciar con 81 y después 83, la lada de Monterrey…

¿Qué número seguía de esos? ¿14? ¿16? ¿Tienen un cargador? El chico negó con la cabeza. Volvió a preguntarle a los demás si llevaban, pero ninguno llevaba uno. La imagen del Oxxo que habían pasado lo deslumbró. Ahí vendían de todo. Salió sin despedirse. De fondo solo escuchó las carcajadas veladas de los chamacos que sin duda ya lo tomaban por un loco. Subió al coche, dio la vuelta, llegó, compró un cargador, volvió a la casa lo más rápido que pudo. Decidió no esperar adentro, sino en la seguridad de su Corolla. Conectó el cable y aguardó. Aquel primer minuto terminó por impacientarlo aún más. Su celular no cargaba. No quería ni pensar en cada segundo que pasaba. La idea del miedo de nuestros papás, en quién sabe dónde estarían, en manos de quién sabe qué persona, lo conducía por una peligrosa pasarela de ansiedad. Al fin el celular encendió su pantalla y saltó con él del coche.

Adentro los chicos seguían en lo suyo, aunque descubrió que el de la playera del Aston Villa ya roncaba en uno de los sillones. Los demás miraban absortos la televisión en silencio. La música y el humo de los cigarros llenaban la habitación. La computadora seguía encendida. Tecleó el primer número y el sistema no lo dejó. Lo volvió a intentar. Tampoco. Al fin volvió la mirada y le pidió ayuda al chico. Este se levantó medio somnoliento y se sentó junto a él. «Así no es, mira». Luego tecleó los números. La máquina no tardó en dar un resultado: Terán y la Calle Primera. La dirección era la del hotel. Tal vez ya habían vuelto. Luego marcó el número de mamá y la dirección indicó Monterrey. Su casa en la colonia Martínez.

¿Mamá se encontraba en Monterrey? Era imposible. Y si estaba en Monterrey, ¿por qué no contestaba? Tomó su celular y marcó el teléfono fijo de la casa. Esperó la llamada. Timbró una vez, dos veces,

tres. Luego colgó. Sentía la misma asfixia que toda la tarde lo tenía corroído. ¿Y si olvidó el celular en la casa? Intentó replantear los sucesos de la salida dos días atrás.

Habían tomado camino al filo de la madrugada. Él pasó por ellos a la casa que había sido de la abuela y donde solían quedarse los jueves y viernes para no olvidar y seguir dándole algo de vida a aquella construcción. Intentó recordar si mamá hubiera dicho algo de su celular o de olvidarlo, pero no había dicho nada.

Tampoco era que le agradara mucho tener uno. Era curioso cómo tres generaciones convivían, cada una con una relación de diferente distancia de esos aparatos. Los más viejos ni lo usaban. Se mantenían atados a sus nociones de esparcimiento y al mundo concreto, donde los avances de la comunicación eran solo para los jóvenes. Luego, estaba la generación de mi hermano y la mía, que a fuerza habíamos tenido que adaptarnos a su uso y de alguna forma, encontrarle sus modos hasta convertirse en una dependencia y finalmente los más jóvenes, para quienes los aparatos celulares no significan una cuestión, sino un hecho: debían tenerlos. No funcionaban sin ellos.

Marcelo encontró a los chicos dormitando en el sillón. Ya era domingo. Les tomó una foto. Gracias a que registró casi todo, cuando llegué a Matamoros y di con su celular pude desandar sus pasos. En él había un montón de fotos de las calles, las aceras con gente que aguardaba el camión, el estacionamiento lleno de La Cancillería, una banca sola frente al Museo de Arte Contemporáneo, las paredes de ladrillos del hospital, el andador al lado del parque del Laguito, la fachada blanca con las letras gordas y rojas del Museo Rigo Tovar, un puesto callejero de tacos y nubes, varias fotografías de nubes peleándose el cielo en distintas tonalidades.

Los domingos por la mañana suelen tener un umbral de incertidumbre. Aunque la gente aún sale con sus amigos o familia para desayunar barbacoa o menudo y luego ven un partido o comen en algún restaurante, saben que esa tregua hacia el trabajo está por terminar; así que encallan por la tarde en sus casas y se preparan para el inicio laboral. Imagino que los chicos despertarían a eso de las diez de la mañana, tal vez con una cruda fabulosa. La juventud suele recibir mejor los excesos, es parte de su sentido de invulnerabilidad. Comen, beben, se arriesgan. Son inmortales en cierto sentido. Sus ideas son las mejores. Tienen la tierna arrogancia de creer saber cómo funciona el mundo y asumen una verdad solo porque sí, sin argumentos ni contrapesos; solo envalentonados por un rumor que creen verdadero. Luego crecen y quienes tienen suerte logran encontrarse un modo de ser en la vida.

Cuando los chicos despertaron, hacía horas que mi hermano se había ido de su casa. ¿Pensaron que aquello había sido parte de un

mal sueño, un black out por la borrachera? ¿En realidad recorrieron Matamoros en la madrugada, buscando a los padres de un hombre extraviado? No tardarían mucho en contactarse conmigo en cuanto hice lo que hice al llegar a Matamoros.

El asunto estaba entonces con el celular de mamá. No, mamá no había sacado su celular durante el viaje. Imagino que se había concentrado en mirar el camino, las montañas pequeñas, la extensa vegetación desértica. Eso suele hacer cuando viajamos por carretera. Es de las pasajeras que se hipnotizan con el paisaje. A medio trayecto pidió un café, porque no había podido prepararse uno en casa. Se detuvieron en el paradero en General Bravo, antes de la caseta. Ella bajó para comprarlo. Marcelo la vio: menuda, más pequeña de como había sido en realidad. Llevaba un suéter negro que dejaba ver su joroba. Volvió con unas galletas. Papá se enojó porque no le había comprado nada. Esa imagen de ella con el café en la mano la recordaría como una postal de un viaje accidentado e infeliz. Cada padre se imprime en la memoria de una forma inexplicable. A veces los recordamos más por la violencia que ejercen contra nosotros. En otras ocasiones, por sus momentos de debilidad. Mucha gente dice que no soporta ver enfermos a sus padres no tanto por el dolor, sino porque esa enfermedad anuncia la muerte por venir. Cuando los padres empiezan a enfermar los hijos adultos saben que el reloj ha empezado a girar en su contra. Ese movimiento no es solo personal, invade a toda la familia y es, de muchas maneras, la antesala de la propia muerte.

Sí, el celular de mamá estaba en casa, sin pila. Durante dos días no había podido recibir llamadas. Y luego estaba el asunto del teléfono de papá. Volvió a ver a los chicos. Los cuatro ya dormían a pierna suelta en los dos sofás, ajenos por completo a la desesperación que lo corroía. Tal vez recordó cómo había sido a esa edad. Tras la mudanza a la Ciudad de México sus lazos con esa vida pasada habían ido erosionándose. De sus grandes amigos de la facultad no había mantenido el contacto con nadie. La vida, la carga académica de ellos, la incertidumbre en la que él se encontraba esos años no permitían mucho el mantener los lazos. Esa razón, imperiosa, residía en el fondo de la decisión de mudarse a la Ciudad de México a la primera oportunidad que se le apareció. Su cambio, además, fue contundente. No volvió a Monterrey por meses. Los puentes por días festivos los utilizaba para reconocer los pueblos y ciudades cercanas a la megalópolis. Solo hasta diciembre regresó a casa. Su forma de vestir era otra. Había dejado los pantalones de mezclilla, las camisas de cuadros por una manera mucho más sobria de vestir, más de señor, diría papá. No abandonó esa forma en el matrimonio y solo después del divorcio había vuelto a comprarse esos viejos pantalones de

mezclilla, a andar desfajado solo en contadas ocasiones, como muchos de los clientes que tenía en la frontera chica.

Al fin abandonó la casa y les dejó un recado a los chicos. Anotó la dirección por si debía volver en un papelito que se guardó en el pantalón y donde lo descubriría días más tarde con el resto de su ropa. Subió al Corolla y con el corazón batiente condujo hasta el hotel. El recepcionista estaba medio adormilado, parecía ser su estado normal. La desconfianza continuó mordiéndole los talones cuando le preguntó si habían vuelto los huéspedes de la habitación 210, y la respuesta fue que no había huéspedes en esa habitación.

—Solo está usted, señor —murmuró poco achispado el hombre, tal vez confundiéndolo.

Subió la escalera, corrió por el pasillo, abrió la puerta. El cuarto estaba tal y como lo había dejado en la víspera. La ropa, la pequeña maleta, el periódico, la biblia. Empezó a rebuscar, abrió la maleta, tiró su contenido, espulgó entre la ropa. El celular de papá cayó detrás de una de las camas. Lo tomó con delicadeza como una bomba de fino engranaje. Lo puso sobre la mesa y lo encendió.

No había muchas llamadas, solo una, en parte porque papá no es muy afecto al celular. Marcelo abrió los mensajes y encontró solo uno de mamá y dos míos: en el primero le preguntaba por aquel negocio donde se consiguen tornillos de todo tipo. En el segundo, más lacónico, solo le decía que ya había recordado. El otro mensaje era de mamá, el video de un par de borrachos, muy norteños, con su sombrero, camisa a cuadros, pantalón vaquero y cinta con hebilla dorada, que bailaban muy a gusto en una fiesta en una ranchería perdida. No había nada más. Marcelo se acostó al fin sobre la cama. El cuerpo tenso por la búsqueda desde el atardecer crujió ante la suavidad del colchón. Se movió de un lado al otro. Extendió los brazos, se quitó los zapatos.

Fue en ese momento, asumo, que empezó aquel llanto insalvable. Lloró en silencio, con los ojos cerrados, en una oscuridad limpia. No volvería a ver a nuestros papás y si tenía la suerte de encontrarlos, sería en una zanja en los alrededores de Matamoros, tal vez en las márgenes del río Bravo, sus cuerpos uno junto al otro, hinchados o comidos por los insectos. Todo este tiempo, también, me he preguntado hasta qué momento decidió que debía hablarme, hacerme partícipe de la desgracia. ¿Lo pensó desde el primer minuto? ¿Cuando recorría insalvable el Centro de la ciudad? ¿Al estar con los chicos? ¿Lo pensó cuando supo que no los encontraría? ¿Cómo le dices a tu hermano que has perdido lo único que los une en realidad?

Volvió a ver a mamá saliendo del paradero de General Bravo. El café. La forma como lo llevaba. Se levantó, encendió la luz de la mesilla y escribió en un papel el itinerario que habían hecho esos dos

días. Los sitios marcados en la agenda. Repasó cada uno de los puntos: comer cabrito, ver la catedral, visitar el Museo Rigo Tovar, ir al laguito a ver cocodrilos, buscar las ruinas del Puerto Bagdad, andar en la playa, ir a La Cancillería. ¿A dónde le dijeron mis papás que querían ir? Al Centro. Después, a Playa Bagdad. No irían sin él. No encontró un motivo para que cambiaran la ruta. ¿En qué otro lugar podían estar? Lo más lógico era que hubieran vuelto al hotel. Imaginó a papá y mamá indefensos, como niños. Debían seguir la ruta, no tomar desviaciones. No hablar con nadie. No levantar sospechas; pero en cierto momento recordó que eran adultos, no esos niños que debía cuidar con celo. Vaya que habían sido grandes adultos en la extensión de la palabra y que podían valerse por sí mismos.

Una temporada papá había sido gerente de una empresa que confeccionaba pantalones de vestir. Solía en esa época hacer viajes en avión a la Ciudad de México para citas de venta con empresas y distribuidoras. Mamá lo llevaba al aeropuerto y la salida era una aventura, porque muy poca gente viajaba en avión. El aeropuerto se encontraba a las afueras, prácticamente rodeado por el desierto y a un costado la antigua carretera a Ciudad Mier.

Subíamos en un Mustang 78 que ya había pasado sus mejores años aunque papá lo cuidaba con celo. Lo dejábamos en la entrada de la terminal y solo con un pequeñísimo maletín como equipaje nos decía adiós. Él y mamá se besaban con timidez. En pocas ocasiones nos quedamos hasta que el avión partía. Al regreso llegábamos a un restaurante y mamá ordenaba sendos platos de machacado con huevo y frijoles con chorizo para nosotros. Sí. Nuestros padres podían valerse por sí mismos. Sin embargo, no importa qué signo tengamos en nuestra vida adulta, ni ella nos prepara para los últimos años y las últimas órdenes. A menudo, cuando veo a los viejos en las plazas, me pregunto ante qué gigante estoy. ¿Quién era ese hombre que ahora batalla para caminar, para levantarse de una banca? ¿A quién amó, a quién odió, qué grandes empresas hizo, o fue un idiota toda su vida a quien ni la vejez le dio algo de razón?

El cansancio lo empezó a adormilar. Imagino que cerró los ojos y respiró profundamente, como si el aire que entraba en sus pulmones pudiera limpiar también la desazón y las lágrimas. No había llorado solo por mis papás, sino aquel arranque era como la suma de todas las desgracias que ahora veía claras, imposibles de contener. Lloraba por su divorcio, por los años que se habían alojado ya en el pasado. Lloraba porque empezaba a caérsele el cabello. La crisis de los cuarenta. Tremendo dolor en el corazón.

Los cuarenta duelen porque ofrecen el espejismo aún de un último boleto y la certeza de dar el primer paso en el mundo de «a los que olvidan». Los que tuvieron suerte se enfrascan en dejar un legado: los

que no deambularán el resto de sus años en el anonimato de las vidas sueltas que no siempre son un mal. Marcelo vivía en la crisis de los cuarenta, que bien podían alargarse toda una década, desde su regreso a Monterrey. No había buscado a sus viejos amigos. No solía asistir a reuniones de fin de semana con la familia extendida. Nuestra familia era pequeña, se concentraba en mis hijas, en ver conmigo algún partido de futbol. Acostumbraba quedarse algunos fines de semana, cuando no salía con nuestros papás, a mirar series en la computadora. En redes sociales no escribía muchos comentarios propios, más bien compartía artículos, subía estadísticas de política, pero más de comida para vacas, cerdos y ganado equino porque entre sus contactos había muchos clientes. Un día le dije que al ver sus actualizaciones no sabía si detrás del teclado se encontraba él o un robot. Sonrió con sarcasmo. Me respondió que no necesitaba exhibirse para ser una persona. Y así. Poquísimas veces hablaba de sí mismo.

Cuando Marcelo dejó de llorar se tranquilizó. Respiró profundamente. Encontraría a nuestros papás. Durante la tarde había pensado en mí, en mi esposa, en mis hijas. ¿Con qué cara podría regresar con sus sobrinas tras perder a sus abuelos? Se levantó de la cama y se limpió las lágrimas. Tomó el celular de papá y salió. La noche no dejaba de alejarse. Casi daban las cuatro y media de la mañana.

Fue a esa hora que me envió un mensaje: «¿estás despierto?». Yo lo vi hasta la mañana, cuando mi hija más pequeña me despertó de un salto contra mi vientre. Después de toser y reír, porque no seré ese padre que responde con enojo a las acciones instintivas de sus hijos buscando cobijo, alcé el celular para revisar la hora y encontré el mensaje. No le di importancia. El insomnio es un mal de nuestro tiempo.

Cuando salió nuevamente del hotel, Marcelo llevaba una idea fija en la cabeza.

De todos los sitios en el itinerario solo faltaban dos.

La ruta lo llevó a Playa Bagdad.

El camino a esa hora de la madrugada semejaba un cementerio. No encontró coches en el trayecto de ida. Salió de la ciudad hacia el este, dejó atrás el centro deportivo y el Fuerte Casamata. En esa parte, Matamoros se encontraba llena de fábricas y bodegas que franqueaban la carretera, aun dentro de la zona residencial. Una idea se le había fijado en la desesperación: que nuestros papás estaban allá. Algo habían hecho y sin celulares, era difícil volver a casa. O tal vez, habían decidido pasar la noche allá, en la playa. No sería la primera vez que tomaban decisiones de ese tipo sin avisar, pero ahora sentía, por el contexto, que en realidad se encontraban en peligro.

Marcelo tal vez tuvo presente el recuerdo, que se había abierto

camino de la nada, como una cáscara que se pela y deja al descubierto la verdad, cómo a nuestros papás les gustaba perderse por días. Ya antes nos habían aplicado esa misma desesperación. Fue durante los festejos por sus 25 años de casados. Las famosas bodas de plata. Se había preparado una fiesta en casa. Se invitó a todos los familiares. Hubo vino y comida en abundancia. Ellos refrendaron sus votos. Aún eran jóvenes en ese tiempo. No llegaban a los sesenta años. Mamá no empezaba a empequeñecer y papá aún salía a correr todos los días al campo deportivo. En esa época tenían una papelería y venta de artículos para fiestas que, de cierta manera, se había convertido en la tienda más importante para la colonia. Contaban con tres empleados, uno dedicado exclusivamente a sacar copias, una más para el área de mercería y otra que iba de un lado a otro y auxiliaba a todos por igual. Mamá se quedaba siempre en la caja de cobro en tanto papá acomodaba los nuevos productos y charlaba con algunos clientes.

Mis papás no habían tenido luna de miel. Era la gran queja de mamá. En charlas navideñas o a veces, con los padrinos o los vecinos, en las fiestas que por esa época eran constantes, casi cada fin de semana íbamos con algún vecino al patio o al porche de su casa a cenar carne asada y jugar a la lotería, aquel viejo tema salía a relucir. Y no la tuvieron no por falta de dinero, sino porque a papá simplemente no se le había ocurrido. Para él la boda era tal día y al siguiente, a trabajar.

Cuando cumplieron las bodas de plata la fiesta salió con todas las estaciones del rito: la gente fue, abrazó a los festejados, dejó algún presente en la mesa de regalos y después pasó a la barra. Mamá había contratado un servicio de meseros para la ocasión. Un sacerdote llegó casi al mediodía para oficiar la misa ante la sorpresa de todos. Le pidió a nuestros papás que se acercaran a un pequeño escalón del patio de la casa que habían adornado con guirnaldas blancas y que había santificado. La llegada del padre le dio a la fiesta un aire solemne. En ese momento se escogieron padrinos, que fuimos básicamente Marcelo y yo, mi futura esposa y la novia de mi hermano en ese momento, Cynthia. Nos mirábamos ridículos. Además, hacía demasiado calor. Con el calor los mosquitos habían pasado a formación de ataque y se cebaron justo en mi tobillo. Yo no aguantaba el deseo de rascarme conforme avanzaba la apurada ceremonia de renovación de votos. El resto de los asistentes a la fiesta seguían con atención las palabras del sacerdote. Mamá y papá nos entregaron sus anillos de casados, que no se quitaban por nada del mundo. Hubo un momento penoso, cuando a Marcelo se le cayó el de mamá. Rebotó sobre el cemento y tardó en encontrarlo porque había ido a parar al césped. Durante los siguientes cinco minutos los tres hombres de la casa estuvimos a gatas buscando el anillo, sin éxito inmediato hasta

que al fin dimos con él.

La ceremonia continuó. Hubo música, se bailó cumbia y canciones norteñas. Como a eso de las doce o una de la madrugada la fiesta menguó. Los invitados volvieron a sus casas. Yo me fui a la mía y Marcelo quién sabe si pasó la noche con Cynthia en su departamento. Era normal que, cada que venía, visitaba a alguna de sus amigas o conocidas y tenía relaciones pasajeras. La crisis empezó al día siguiente, cuando volvió para curarse la cruda y esperar a que diera la tarde para ir al aeropuerto y volver a la Ciudad de México. Tocó a la puerta y nadie la abrió. Recordó que tenía una llave en el coche de papá, así que volvió y cuando al fin entró a la casa descubrió que nuestros papás no estaban. La ropa se encontraba en su sitio. La cama, tendida. No habían pasado la noche ahí. Los esperó sin angustia, pero al caer la tarde los empezó a buscar, sin éxito. Me llamó para preguntar si estaban conmigo y mi negativa lo sorprendió. «No están tan grandes, pero no se van sin avisar». Papá ya se había comprado su primer celular, pero Marcelo lo descubrió en la mesa, junto con las llaves de la casa. Empezó a telefonear al resto de nuestros familiares, pero nadie los había visto desde el día anterior. «Deja en paz a los tortolitos», le mencionó una tía.

Marcelo se fue al aeropuerto y regresó a la Ciudad de México. Yo me ocupé en mis asuntos, así que por dos días no los busqué, confiado en que ellos sabían qué hacer con su vida. Al tercero, Marcelo me preguntó si mis papás habían aparecido. «Ahí deben andar en la casa», «sí, pero, ¿los has visto, has hablado con ellos?». Lo negué. Fui a la casa y no estaban. Ahora sí me empecé a preocupar. ¿Dónde podrían estar? Llamé a nuestros familiares. Nadie los había visto. Revisé las cerraduras de la casa. Todas estaban en orden.

Aparecieron cuatro días después.

Tras la fiesta, esa misma madrugada, salieron en avión para Mazatlán. Tomaron un vuelo al alba, cuando los aeropuertos aún no despiertan y somnolientos pasajeros deambulan por silenciosas salas de espera para tomar aviones que apenas han descansado en las pistas de su incesante andar. No conocían la playa y era su momento. Sus hijos estaban grandes. Así que se escondieron del mundo como si fueran realmente unos recién casados. Ni qué decir del escándalo que les hicimos cuando volvieron, pero ellos estaban de lo más divertidos. «A la otra que nos perdamos, nos buscan en la playa», nos dijeron en esa ocasión.

Tras eso le compramos un celular a mamá también. No podían andar sin ellos. Si uno no contestaba, la otra sí. Salieron de nuevo al mar en dos ocasiones más: una a la Barra del Tordo, cerca del Puerto de Tampico, una bellísima playa aún escondida de los vacacionistas, y a la que los acompañamos. Preparamos pescado a la leña, dormimos a

la intemperie envueltos en repelente de mosquitos. Luego fueron a Cancún, a uno de esos paquetes de todo incluido. Bromeaban con sus tres lunas de miel en Mazatlán, la Barra y Cancún. «A ver si al menos conocemos todas las playas de Tamaulipas», dijo mamá en esa ocasión que terminamos haciendo el viaje hasta Tampico para mirar los inmensos barcos en el puerto, comer tortas de la Barda y escuchar música en un cantabar del puerto a donde salimos. Ahí hablamos un día de ir a Playa Bagdad y a las ruinas del puerto, en la desembocadura del río.

Porque sí, Matamoros había tenido un puerto conocido como Bagdad, por el que se traficó algodón y enseres durante casi la mitad del siglo XIX, puerto próspero durante los años de la Guerra Civil norteamericana y que desapareció a principios del siglo XX, igual que aquel poblado español, Belchite. Casi nadie lo recordaba, porque la atención siempre recaía en la playa. Amplios barcos con chimeneas pares bordeaban el mar para llegar ahí. «¿Se imaginan?», preguntó Marcelo en aquella ocasión, «andar en un sitio que fue una ciudad, mirar en el horizonte una vida que ya no fue?». Desde que había visto aquel documental en la Ciudad de México aquella idea de recorrer ciudades y pueblos abandonados lo perseguía y, de las pocas veces que habíamos hablado desde aquella vez, la imagen de Belchite y los pueblos desaparecidos se había vuelto un tema recurrente conmigo.

Con esa idea en la cabeza, seguro que Marcelo enfiló por la carretera hacia la playa. El navegador de su celular le indicaba la distancia y la voz de la guía la ruta a seguir: línea recta. Dejó atrás los negocios de autotransportes, algunas cafeterías descuidadas en las que a esa hora de la noche ofrecían servicio a algunos pocos traileros que al día siguiente pasarían por el puente internacional. Los letreros del Parque Funerario San Joaquín le parecieron un símbolo funesto no tan de la mano con el anuncio del Kartódromo. Tiendas Oxxo más adelante encontró otros panteones y quintas. El camino dio una curva y se convirtió en una nueva recta que fue internándose hacia la playa. La carretera, modesta, se hundía en la noche. Pocas casas al lado del camino, la mayoría con alguna luz exterior encendida. Solo se encontró un par de tractores en el camino, cuyos dueños conducían a esa hora hacia las milpas. Conducir de noche, para quien lo ha hecho por horas, es un ejercicio de entereza. Los sentidos deben estar despiertos, pero en ocasiones, el cansancio arrebata y más de las veces los conductores hemos confundido el asfalto y sus bordes con el sueño, como si estuvieran hechos de la misma materia, pero de una forma que evita que te desbarranques.

Aquel mundo parecía el escenario de una película de bajo presupuesto, de un México visto por los gringos, con el abuso de cantinas, casas pequeñas, perros y carreteras comidas por el sol y la

humedad. En aquella oscuridad pudo percibir, lo creo ahora, el silencio de la noche, los sembradíos apagados y luego la nada. Solo la noche asfixiante y sin fin, instalada en algún sitio de su corazón, de la vida que había llevado los últimos años, ser raíz sin fruto, ancho abrazo que recopila espacios inútiles. Los papás perdidos. La vida perdida que le llegaba de golpe. ¿Con qué cara le diría a la gente que era el culpable? ¿Con qué cara afirmaría que había perdido a nuestros padres? En esa zona, además, el camino fluye entre lagunas y pantanos. Justo ahí el Bravo forma muchos deltas resecos que en tiempos de lluvia se inflan de agua y lo anegan todo. Tantas riveras podrían parecer la superficie de otro planeta. Curvas, ondulaciones. Un delta reseco. Casi extinto. Cadáveres de ríos que perdieron su contacto con el mar y esperan pacientes la llegada de los huracanes para que hinchen de agua sus lechos o para que el Bravo se expanda y sus aguas se derramen en canalones sedientos. Y al fondo, el sonido del mar. El ir y venir del agua sin sorpresa ni admiración.

Eran casi las cinco de la mañana cuando llegó a la entrada de la playa. El golpeteo del agua sobre la arena lo arrullaba junto con el cansancio. El mar tenía un color negro distinto al de la noche; un poco más blanquecino a causa de la espuma que explotaba sobre la playa y dejaba una costra blancuzca que iba muriendo lentamente. No sé qué sintió al momento de intuir el mar que caía hacia la tierra, tanta agua violenta, llena de sí, que golpeaba una vez y de nuevo, pero por más esfuerzo que hiciera nunca lograría pasar de cierta distancia. El mar calmo, las olas achocolatadas nunca conquistarían la tierra.

Lo recibió una inmensa fachada sostenida por dos columnas con el nombre de la Playa Bagdad en los tonos del arcoíris. A un costado se hallaba una manga ancha de asfalto para el estacionamiento de autobuses. En otras playas se prohíbe el paso a ciertas horas por la entrada principal, pero no era el caso de Bagdad. La playa había ido cayendo en una espiral de olvido durante los últimos años, en parte por la cercanía del delta del río Bravo, sus canales resecos, en otro tanto por las afluentes negras a causa de la contaminación del mar y de los barcos que dejaban un rastro de combustible y la habían vuelto negra en algunas secciones. Además, se decía que en esa zona había mucho narcotráfico. Los cárteles solían pasar por ahí muchos cargamentos. A pesar de eso la zona estaba poco vigilada. Incluso, en alguna ocasión había ocurrido una balacera mientras los bañistas tomaban el sol.

Marcelo avanzó con el coche hasta una caseta amarilla con la pluma de acceso hacia arriba. La luz de los faros iluminaban una franja de tierra y asfalto. La playa, a diferencia de otras, se hallaba desolada en muchos sentidos, no tenía arboledas ni grandes hoteles como en el sureste del país. Era una playa desnuda, desprovista de todo. Al

costado derecho encontró una plazoleta de cemento y una pared de nuevo con el nombre del sitio. Avanzó de frente hasta dar con un inmenso estacionamiento en cuyo centro se erigía la estatua de un conquistador. La figura, pírrica, portaba una cruz que el aire afilaba. Allá, la cuantía de la noche. Las nubes corrían como un telón. Respiró el aire salino. Unos coches diseminados en una pequeña zona turística. La gente dormía con las puertas abiertas para que entrara el aire. Se estacionó y bajó. Revisó su celular y fue en ese momento que se tomó una foto.

El rostro se le ve sacudido por el rictus de dolor y la ansiedad. Tiene la mirada perdida. Caminó hacia la derecha. Por ahí solo había algunas pequeñas casas al estilo norteamericano sobre pilotes para protegerse de las olas largas, con paredes de madera, techos de dos aguas, porches pequeños para salir a tomar el aire y el fresco de la noche. Tal vez papá o mamá estuvieran en una de ellas. Así que empezó a tocar. Golpes certeros. En la primera salió un hombre mayor y ni lo escuchó, volvió a dar un portazo para cerrar. Avanzó hasta la siguiente casa, sin éxito. Al fin preguntó si había algún hotel en la zona. La mujer de ese sitio le indicó que hacia el norte había un lugar donde rentaban cuartos. Volvió los pasos tras de sí. Al sur, un pequeño pueblo de pescadores se apiñaba alrededor de una extensión del camino. Las quillas de las lanchas se recortaban sobre la arena junto con las redes extendidas por varas en el suelo.

Se metió a la zona donde el mar golpeaba. La arena negra a causa de la contaminación se le embarró en los mocasines. El agua también le golpeaba los tobillos y las olas mayores alcanzaron a mojarle los pantalones.

Yo también entré en aquella agua negra, y me bañó días después con su extrañeza y desesperación.

Fue ahí donde descubrió que algunas personas dormían debajo de las palapas o en tiendas de acampar a lo largo de la costa. Se acercó a todos los bultos, pero solo recibía amenazas o bien, daba susto.

Días después diría la gente que Marcelo era como un fantasma que avanzaba con decisión sobre la playa a esa hora de la madrugada. Llegó hasta el punto de partida y avanzó en línea recta por un pequeño boulevard. Dio a una construcción chata, con una cerca de cemento a la altura de sus rodillas. Eran las regaderas para los visitantes. Siguió avanzando hasta que se encontró con una hilera de construcciones viejas, también de madera, sobre pilotes. Las casas de color verde parecían chalets achaparrados por el calor y la humedad de la playa. Montones de basura producían un sonido dulzón a causa de las moscas. Siguió avanzando hasta que dio con construcciones más uniformes y colores más vivos y luego más adelante, también sobre pilotes, encontró un pueblo de construcciones muertas, de maderas

hinchadas por la sal, lustrosas como huesos y, tras ellas, las dunas de Bagdad, el sitio que alguna vez albergó una ciudad convertido ahora en un mar de arena a resguardo de las aguas, tan extensas que no cabían en la mirada.

Volvió a la zona civilizada. Lo imagino caminando con aspereza por ahí. Los pies se le hunden en la arena pesada. El mar de fondo susurra su estado tranquilo. Suda mucho. Tiene la boca reseca. Los ojos hinchados. Imagino que llegó hasta los comederos, restaurantes que ofrecían productos del mar. Sobresalían en los menús escritos en pizarrones los cocteles de camarón, o preparados de estos en todas las versiones: rancheros, empanizados, al mojo de ajo, además de pescados fritos, sopes de mariscos y filetes de robalo. No existía más variedad. En los locales sobresalían los logotipos de marcas de cervezas. Los nombres de los comederos eran variopintos: La Primera, El Catán de Recodo, Los Cangrejitos, Miramar. Escalones de fierro permitían el acceso a los porches techados en los que se amontonaban a esa hora de la noche sillas y mesas de plástico. Los restaurantes daban una impresión lastimosa: paredes viejas, techos caídos en algunos sitios, algunos con palma como techumbre. La pintura con la que ofrecían sus productos se hallaba descolorida. En uno de los restaurantes, Mar Adentro, halló la luz encendida y una mujer que limpiaba ollas. Ya iban a dar las cinco y media de la mañana. Un aire fresco proveniente del mar lo inundó. La mujer lo vio y se puso alerta.

Mi hermano subió por las escalerillas y le preguntó si había ahí algún sitio donde pasar la noche, ya que buscaba a sus papás. Aquella era una mujer regordeta, con la tez quemada por el sol a causa de vivir siempre en la playa.

—No, joven, aquí no hay lugares así. Solo los restaurantes, y la gente acampa bajo las palapas o en los coches. —Había pocos coches. La época de vacaciones de verano había quedado atrás hacía mucho tiempo.

—¿Tiene algo que me venda de comer? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Apenas estoy limpiando para preparar los almuerzos. Vienen unos biólogos como a las seis y media, andan estudiando a unos delfines que aparecieron hace días. Si espera, le cocino algo.

Marcelo asintió. Luego le mostró el celular con la foto de nuestros papás. Le preguntó si los había visto por ahí. La cocinera hizo una mueca y le pidió ver la imagen de nuevo.

—Creo que sí, la señora es chaparrita, ¿verdad? Bueno, es que pasa mucha gente por aquí. Pero creo haberlos visto, no se lo puedo asegurar.

—¿Como a qué hora?

—Temprano, joven, temprano del día de ayer, pero, para qué le doy

esperanzas. Igual y no eran. No lo sé. No me haga caso.

Marcelo se desplomó en una mesa y siguió con la mirada atenta al celular. Esperó. Bandadas de gaviotas cruzaron el horizonte. Desde ahí pudo ver la línea de una nube extendida, como un cordel. Cruzaba justo sobre su cabeza. A lo lejos algunos pesqueros se removían en la oscuridad de las aguas. Los pequeños barcos subían y bajaban conforme la pleamar. Titilaban las luces de las cabinas. A esa hora levantaban su cosecha de peces después de que las redes estuvieran toda la noche conteniéndolos.

No los encontraría. No estaban ahí.

Comprendió que daba brazadas de ahogado. De nuevo intentó imaginar en qué momento nuestros papás se habían vuelto memorias, fantasmas, una búsqueda. Si los habían secuestrado, ¿quién, desde qué sitio, pensó que eran valiosos? Solo eran un par de viejos con andar cansino. La mujer encendió la estufa. El sonido de la flama, a alta intensidad. Sobre un sartén ancho, con los bordes ennegrecidos a causa del uso, la mujer dejó caer unos trozos de chorizo que no tardaron en crepitar. El aroma invadió el local conforme el resto de los ingredientes caían en el guiso: cebolla, chiles serranos, huevos, tomate. Observó la energía y rapidez con la que cocinaba. Detrás suyo enfilaba una batería de sartenes, un refrigerador. Al fin sacó el sartén del fuego y sirvió el contenido en un plato. Justo en ese momento llegó un hombre en una camioneta pequeña y entró, dejándole un canasto con pan y tortillas. Marcelo salió para verlo dirigirse a los otros restaurantes y dejar también las provisiones en el umbral de las puertas de los negocios. A lo lejos el sonido de un avioneta barrió la playa, un pequeñísimo avión que se batía casi a punto de aterrizar.

Volvió a la mesa y se sentó. La mujer le trajo el desayuno, una taza con agua caliente, le acercó el frasco de Nescafé, tortillas y un pan cortado a la mitad. Marcelo lo observó sin hambre. No quería comer. Una parte de él estaba en Matamoros, en la ciudad. Debía volver lo más pronto posible. Ya se iba a poner en pie cuando otra camioneta apareció frente al local y de ella bajaron tres hombres que vestían playeras de manga corta, pantalones de tela y tenis. Saludaron a la dueña del local con camaradería. Ella les preguntó si querían lo mismo y asintieron. La mujer preparó con docilidad el almuerzo, cortó el pan, lo rellenó con los huevos, untó mayonesa, sirvió café en los termos, agregó unos chiles serranos.

—Vamos hacia el laboratorio, un paseante encontró unos cuerpos y queremos dar una mirada —le dijo uno a la mujer.

A mi hermano se le aceleró el pulso en cuanto escuchó aquello. Se les acercó y les preguntó si los podía acompañar. Los biólogos se miraron entre sí. La mujer hizo un gesto de amabilidad.

—Anda buscando a sus papás —les dijo.

—¿Cuerpos humanos? —quiso saber mi hermano.

—No, don, delfines, somos biólogos.

Algo vieron los hombres en mi hermano que lo dejaron acompañarlos. En el camino, Marcelo les mostró las fotos de papá y mamá, pero los hombres también negaron con la cabeza.

—¿No se habrán regresado a su ciudad, don? —le aconsejaron—. Matamoros tiene mala fama, pero uno se acostumbra a su dinámica: el río, las fronteras, la gente, el ir y venir de los tráilers, incluso a los muertitos: pero a veces la gente viene aquí con historias de más y se asusta. A lo mejor sus papás se regresaron sin avisarle.

La camioneta dio tumbos en cuanto salió del camino asfaltado. El aire había empezado a soplar con más fuerza. Dejaron atrás el poblado de pescadores. La playa era larga, sin escollos ni rocas que evitaran andarla. La arena húmeda hacía patinar las llantas del jeep y este se mantenía nerviosamente en línea recta. Se podría seguir la franja costera incluso por cientos de kilómetros hacia el sur sin encontrar un impedimento geográfico. Llegaron hasta Playa Bagdad sur, a una zona donde se encontraba una construcción abandonada. El paso del agua y el aire salino habían degradado las paredes sin encalar. Ahí se detuvieron y empezaron a caminar hasta que uno de los biólogos apuntó al horizonte: «miren, allá están».

El sol aún no salía pero la claridad lejana empezaba a darle precisión a las cosas. Manchas de sargazos en la arena, que a esa distancia aún mantenía cierto color negruzco, semejaban inmensas víboras marinas expuestas. No podían ser papá y mamá, pensó Marcelo. Imposible. Y sin embargo, aquello varado sobre la arena lo hizo temblar de miedo. Siguió a los biólogos que avanzaban con más naturalidad sobre la playa que él aunque iban cargados con botes, cámaras y mochilas.

Era un par de delfines muertos en la arena. Algo les había desaparecido la cola. Los animales también habían sido comidos por las aves y parte del torso expuesto contenía tarascadas. Uno de los biólogos tomó fotografías de las incisiones sobre la piel.

Nunca había visto la carne blanca del delfín. El pico se halla semihundido en la arena. La hilera de pequeños dientes se le antojó demasiado ínfimos para alimentar a un animal tan grande. Mientras un biólogo tomaba fotografías, el otro se puso unos guantes y empezó a examinar al mamífero.

—Es raro que anden tan cerca de la costa.

La rutina de la revisión los abstrajo hasta que el sol empezó a salir.

Una vez, cuando joven, Marcelo se fue con unos amigos a la playa. Estaban en una fiesta algo aburrida. Bebieron de más, pero en algún momento alguien propuso amanecer en la playa si se ponían las pilas. La idea corrió de boca en boca. Festiva, como el momento, pronto

empezaron a salir voluntarios. Se irían en varios coches. Al final, salieron cuatro automóviles de la fiesta. En la salida de la ciudad, uno de ellos volvió con cinco integrantes. Unos veinte kilómetros al sur, otro coche dio la vuelta. En Linares el penúltimo conductor decidió detenerse y volver. Solo Marcelo y los otros ocupantes continuaron. Descubrieron que no se conocían. Cuatro desconocidos a bordo de un Taurus de camino al mar. El dueño se llamaba Pablo. Estudiaba la carrera de Matemáticas. Mientras los demás dormían Marcelo y él charlaron de cosas que a veces los hombres sí le dicen a los desconocidos, noticias de una intimidad escaldada que no por eso nos hermana sino que acentúa nuestra extrañeza. Que me contara esa anécdota fue de las pocas conversaciones realmente valiosas que habíamos tenido hasta entonces mi hermano y yo. Casi pude ir sentado con él en el Taurus. En los asientos traseros dormían dos desconocidos. La luz iluminaba lo esencial. El camino a Tampico es peligroso. Es una carretera con poca señalización. El coche entró a la barra de Tampico después de devorar kilómetros en la noche. La luz del día selló su aventura. Nadie supo qué decir, salvo mirar aquella bola de fuego que iba desbaratando las nubes hasta consumir el cielo. A Marcelo aquella imagen le produjo tranquilidad. A algunos les produce eso, para otros ha de ser sinónimo de la desgracia. Aquella fue de las pocas conversaciones realmente valiosas que habíamos tenido hasta entonces mi hermano y yo cuando lo visité en la Ciudad de México, ya estando él casado con Samantha.

Los biólogos no vieron el amanecer por estar enfocados en su trabajo. A eso de las ocho, decidieron desayunar. Se tiraron sobre algunos montículos y compartieron con mi hermano el café hasta que el celular de uno de ellos timbró. El biólogo contestó, asintió y volvió a colgar.

—Encontraron otros delfines muertos, pero allá arriba, cerca de Boca del Río.

Mi hermano los acompañó. Nunca había oído hablar de ese sitio. Permaneció con ellos toda la mañana, absorto ante los incidentes. En total habían sido ocho los delfines encontrados. Los cuerpos, hallados en la desembocadura del Bravo en el Golfo, eran más grandes que los descubiertos en el sur. Algo en la muerte de los delfines lo terminó por trastocar. Al igual que a los del sur, a los ocho del norte les hacía falta la cola. Cuando los biólogos emprendieron el camino de regreso a la playa, mi hermano les pidió que lo dejaran ahí. Ellos regresarían con más herramientas para hacer la recolección.

Se encontró solo, en una esquina del país que nadie conocía. Avanzó entre las dunas y los esteros formados por la marea. Era domingo, así que pronto empezaron a llegar algunos paseantes en sus coches. El sol quemaba. Sin nada con qué protegerse, también empezó a sentir sed.

¿Qué estaba haciendo ahí? En la búsqueda de ocho delfines muertos, en una playa con mala fama. Del otro lado del río se extendían los terrenos de Space X, especialmente el puerto espacial desde el que lanzan sus cohetes al espacio. La gran torre de lanzamiento que alberga a los cohetes se recortaba a lo lejos sobre el horizonte y rompía la sensación de estar en uno de los sitios olvidados del mundo.

Se acercó al faro de la playa, una construcción pequeña, circular, con una tronera torpe. En las paredes había graffiti que no logró descifrar. Volvió el rostro para mirar a los delfines. Los biólogos habían puesto estacas y cintas para que nadie se les acercara. Ninguno tenía cola, como si antes de que el mar los expulsara para siempre se hubiera quedado con ellas como pago. Ya iban para las dos de la tarde. El sol quemaba. El domingo tenían pensado regresar. Tomarían la carretera a media tarde. La idea, sencilla, había sido viajar el viernes por la mañana, pasear el sábado, incluso ir a la playa. Las cuatro es buena hora para volver a Monterrey desde la frontera porque la caída del sol te agarra ya en terrenos de Nuevo León. Y así era como planificaba sus viajes. Regresar por la tarde. Nunca de noche.

Pero en lugar de eso se encontraba en la orilla del mundo: donde el río Bravo se une con el mar, en una saliente de arena tibia, con el mar inmenso que parecía inflar sus olas antes de dejarlas morir en la playa, el sol alto, las dunas que allá murmuraban la historia del puerto perdido de Bagdad. Hacia allá dirigió su atención. Por el codo del río, en un sitio donde solo se veían dunas y alguna rivera con pocos arbustos se encontrarían los restos del puerto. No sé si se encaminó hacia allá, si decidió buscar algunos indicios del puerto perdido. Las ciudades abandonadas ejercen sobre nosotros una mística que nos obliga a recorrerlas. Una reafirmación. Él amaba las ciudades perdidas, las ciudades borradas por la historia que buscan siempre a alguien que las pueda contar a los demás. Aquí donde tus paredes lucen ya destruidas, donde tus calles están comidas por la hierba o tus habitaciones invadidas por el polvo, aquí, yo permanezco. Ya cantan los zagales, ya se escuchan las jotas que cantan nuestros padres.

Y así, al fin, mientras repasaba en lo insulso del mundo en la orilla del país, rodeado por algunos turistas que habían llegado en camionetas y pescaban o asaban carne fue cuando Marcelo se dio el permiso de compartir el dolor que tenía. No volvería a Monterrey con mis papás. Los había perdido. No hizo nada en las siguientes horas. Solo esperar a que la tarde cayera. No se movió del faro, según me contó el integrante de una familia que veraneaba a esas horas. Tal vez pensaba en nuestros padres, aunque se encontraran cerca de él no podría verlos. Se hallaban encerrados en algún sitio vedado. Las familias empezaron a recoger su felicidad dominguera. Se levantaron

mesas, se guardaron platos y restos de comida, cometas que surcaron el cielo se refugiaron envueltas en sus cordeles, la gente subió a sus coches, los motores se encendieron, las camionetas hicieron el camino de regreso, los largos 18 kilómetros al lado de la playa, moviéndose entre la zona mojada y seca y el embate de las olas. No sé si ya estaba solo cuando me marcó insistentemente hasta que logró decirme, ese domingo de noviembre:

—Miguel…, no sé qué pasó… lo siento… lo siento mucho… estoy lejos, tal vez no me alcances, pero papá… mamá… no están… los perdí, Miguel, se los llevaron… lo siento… Miguel, vinimos a Matamoros y yo… no sé qué hice… me los quitaron, los perdí, ven por mí, me lo debes.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—En un infierno. Perdí a los jefes. Ven, ayúdame. Es lo único que te pido.

La señal se cortó.

Apenas escuché ese «ven por mí» un relámpago me ablandó el cuerpo, los huesos. Sentí que me faltaba el aire y al fondo de ese espasmo apareció la desgana, la aflicción, porque pensé que algunas cosas superadas no lo estaban en realidad.

Me encontraba en casa de nuestros papás cuando me llamó. Mis hijas jugaban al turista y una gritaba en ese momento porque la otra le había quitado un hotel de una casilla. Volví a ver a mi esposa, quien leía, sentada a la mesa, una revista mientras tomaba un café. En la sala, frente a la televisión encendida, mis papás observaban un programa de YouTube, una de esas novelas coreanas que se pueden encontrar ya traducidas al español. El cuerpo se me partió en dos. Al día siguiente habría que ir al trabajo, tendría un par de citas que en ese momento supe que debía cancelar.

—¡Dónde estás? —alcancé a preguntarle.

—En Playa Bagdad, en un faro.

—Pero en Matamoros, ¿dónde estás hospedado?

—En un lugar en el Centro… por…

Y tras eso su celular se apagó.

Volví el rostro a la habitación, al decorado que mamá ha puesto para su casa, vi a mis niñas que jugaban y después, triste, a papá que miraba la tele, una serie coreana, y luego a mamá que venía hacia mí con un plato de comida.

—¿Qué te pasa, mijito? —me preguntó mamá cuando me notó el semblante blanco y húmedo.

—Nada —le dije—. Era Marcelo.

—¿Ah, ya volvió de su viaje? Nos dijo que fuéramos con él a Matamoros, pero le dijimos que no, que luego. Ay, mijo.

—Era eso… que se va a quedar un par de días más allá.

Mientras decía eso miré a mi mujer, quien dejó de leer la revista. Debí estar pálido, porque se preocupó al instante. Mi hermano se había desconectado de nuevo del sistema, por decirlo de alguna forma. Su crisis ahora resultaba más demoledora. Sus partes, lo que dialogaba dentro de él, se habían vuelto a desconocer: ¿qué es la memoria y lo que imaginamos más que dobleces de una realidad cuya ficción también elaboramos para nuestros propósitos? Tras Miriam se hallaba una ventana que daba a la calle, en la calle, mi camioneta, una mamaván, como les dicen. Si salía a esa hora no me agarraría la noche en la carretera a Matamoros.

Segunda parte

Se entra a Matamoros por una avenida que se llama Rigo Tovar. «Rigo es amor», como se popularizó una frase a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, fue uno de los cantantes de música popular más conocidos del ambiente que a su vez era ubicado como grupero. De los ritmos del norte, en el que hay canciones norteñas, texanas y rancheras, el fenómeno de los «gruperos» era uno de los más famosos. La mayoría de los grupos tocaban baladas con ritmo y cumbias que incitaban a la fiesta. Rigo Tovar se hizo famoso por diversas canciones, entre las que destacó una cumbia que solíamos bailar en la escuela cuando las kermeses tomaban ritmo: «El Sirenito».

Rigo siempre fue delgado, músculo pegado al hueso, solía llevar el cabello con mechas largas, en su rostro curtido se remarcaban los pómulos, ojos entrecerrados, nariz franca y una voz no del todo entonada. Rigo arrasaba en donde se presentaba. Era el típico caso del feo con suerte. La energía que desplegaba en el escenario resultaba mítica. Aderezaba su interpretación con saltos y otras proezas de gimnasta que llenaban auditorios y explanadas. En esa época todo el norte del país estaba infestado por conciertos gruperos que reunían a grandes exponentes, como Los Tigres del Norte, Bronco, Los Humildes, La Mafia, el Grupo Pegasso o Los Barón de Apodaca, en bailes donde metían a más de cien mil personas en conciertos que solían iniciar a las ocho de la noche y terminar en la madrugada.

Tovar se hizo aún más famoso casi al final de su carrera cuando fue quedándose ciego y le apareció el vitiligo. Si antes arrancaba sonrisas y emoción, la ceguera lo volvió un intérprete más lento que tocaba otras fibras del corazón. Aun así murió pobre. Perdió todo su dinero en divorcios y en malos manejos. Su destino fue, como el de muchos artistas mexicanos, vivir en la opulencia y morir en la pobreza.

En Matamoros es legendario su funeral porque se apersonaron no solo una multitud a vitorear al mejor hombre que había dado esa ciudad fronteriza, sino también cinco parejas que pelearon con abogados los restos de una fortuna despilfarrada en operaciones fallidas. Muchos años después la ciudad le rindió honor al cantante y nombró a la antigua carretera a Reynosa con su nombre y erigió una estatua. Ahora, todos los que llegan de esa ciudad y de Monterrey dejan su andar sobre esa avenida sucia, con demasiado polvo en sus cunetas, a la que le salen depósitos, refaccionarias y fábricas que afean el paisaje. Una torre de agua, de los pocos edificios altos de la ciudad, tiene en una de sus caras la imagen del cantante.

Llegué al anochecer. Todo el camino lo hice con miedo. Antes de

salir le pregunté a mis papás, sin levantar sospechas, qué les había contado Marcelo en días anteriores. Apenas corté la llamada y me llevé a Miriam a la cocina y ahí le conté todo.

—Siempre lo hace, Miguel, siempre hay que irlo a rescatar, déjalo allá.

Acordamos ir a su casa, yo tenía llave desde la vez que lo ayudé a subir un mueble. Salimos con prisa y cuando llegamos encontramos restos de comida en la mesa, el refrigerador vacío, la cama desenvuelta.

«Ven por mí», me había dicho. Esa era la palabra clave para arrastrarme tras él. En el camino para dejar a Miriam y a las niñas en la casa intenté marcarle, pero el celular se encontraba fuera de servicio. Miriam me tomó el brazo y me dijo:

—No vayas, Miguel, ya es muy noche. Ha de ser alguna de sus crisis para llamar la atención. Siempre hace eso contigo: te pide ayuda y vas detrás de él como perrito faldero, es hora de que dejes que se enfrente a sus demonios, mira que inventar eso con tus papás, esta vez no le sigas el cuento.

Cuando llegamos a casa tuve la sensación pesada de que aquello no era una broma, él realmente se encontraba mal. Busqué el aparato y cuando encontré el mensaje que me había enviado en la madrugada supe que no podía posponer el viaje. Rastreé su celular y el último sitio donde había estado era en algún punto entre Matamoros y la mentada Playa Bagdad.

No había duda. Debía encaminarme a la frontera.

—¿Por qué no le dijiste que tus papás están en la casa? —me increpó Miriam cuando le insistí, entre apenado y con vergüenza, que debía ocuparme de aquello—. ¿Por qué no les contaste a tus papás que su hijo anda perdido en…?

—¿Qué les iba a decir? ¡Su hijo está buscándolos en Matamoros! Además, ¿cuál es la mejor forma de hacer entrar en razón a quienes la padecen? Si Marcelo cree que nuestros papás están allá perdidos, es así.

—Lo que no te das cuenta es que, a quien quiere fregarse, es a ti. Pero son sus entendederas los que los hacen hermanos, Miguel.

Siempre me llamó la atención ese dicho: como si la entendedera, como decía un tío, fuera una puerta cuya perilla se abría con docilidad y permitía que cierto orden colonizara el cerebro o moldeara las relaciones humanas. Tenemos nuestra entendedera. De niños veíamos películas de un par de cómicos, Viruta y Capulina. Solían repetir, en algunos filmes, el chiste del loco: «no le puedes decir loco al loco porque se vuelve violento». Esa jodida educación cinéfila no solo era cierta, sino que requería, para tratar al esquizofrénico, mucha cautela. Al final tuve que imponerme a pesar de la resistencia de mi mujer.

—Tengo que ir por él, es mi hermano.

Guardé un poco de ropa, revisé que tuviera suficiente dinero en una tarjeta del banco, me despedí de Miriam y me encaminé al norte. Ya estaba en el coche cuando mi esposa insistió.

—Tal vez vuelva mañana.

—Miguel, no vayas.

—No puedo. No lo escuchaste por teléfono. Sí está destruido. No sé. Debo ir.

Pocos coches salían de la ciudad a esa hora. El camino a Matamoros se hace en tres horas a buena velocidad. La camioneta no estaba tan preparada para un trayecto así, aunque en ocasiones solíamos cruzar a McAllen o al mismo Brownsville a los outlets de las tiendas norteamericanas. El camino es, además, desolado. En Monterrey terminan las cadenas montañosas de la Sierra Madre Oriental, tras dejar la refinería de Cadereyta el horizonte se vuelve plano. No recuperará sus alturas hasta muy entrados los Estados Unidos.

Dejé atrás varios retenes, uno casi en la salida a Monterrey y los otros a la mitad de la carretera. Las miradas sobrias de los soldados, las grandes camionetas armadas del ejército me producían escozor. Tomé la desviación a Matamoros ya con los últimos rayos del sol escapándose. Vi camionetas detenidas al lado del camino y todas eran para mí delincuentes al acecho. Cuando entré a la ciudad suspiré con alivio, pero entonces se me impuso otra preocupación: hospedarme para empezar a buscar a mi hermano. No me había dicho en qué hotel se encontraba, solo que se hallaba en el Centro. En la avenida Rigo Tovar solo se apelotonaban tráileres y taxis de colores grises.

Siempre me ha causado curiosidad cómo cambian las ciudades entre sí. De Monterrey a Saltillo no median ni 60 kilómetros y sin embargo, es como entrar en otro país: los taxis tienen otras denominaciones, los nombres de las calles hacen alusión a otros héroes, ciertos negocios son los que importan, la gente construye sus casas con otra inspiración o necesidad. Algo tienen las ciudades fronterizas mexicanas que son justo lo que el imaginario popular formula: ciudades tristes, de paso, desordenadas, pocas avenidas y boulevares que dan sentido al deseo de quedarse a vivir ahí. Ciudades violentas. ¿Quién decidió convertirlas en campos de guerra? Salvo Nuevo Laredo, no conozco frontera que no sea triste.

Busqué en mi celular algún hotel céntrico y di con uno. En el trayecto dejé atrás una pequeña laguna desolada y me interné por las calles angostas del Centro de la ciudad, donde la avenida Rigo Tovar ya era Morelos. Dejé atrás la plaza Hidalgo. La calle giró a la derecha y seguí por ella con la desesperación de no encontrar dónde hospedarme hasta que el celular me indicó que por esa avenida, mucho más adelante se encontraba un hotel: Posada del Norte.

La entrada tenía tres pares dobles de columnas pintadas de naranja que contrastaban con los anuncios más bien grises de los negocios cercanos. Más parecía un motel de paso, pero decidí tomarlo. El edificio era de dos pisos y las habitaciones daban a un escueto pasillo con piso de mosaico sobre el que los pasos se oían con fuerza. Me dolía la cintura y el pie derecho, de tanto apretar el acelerador, me temblaba de cansancio. Me registré ante la sorpresa del hombre que atendía, puesto que el domingo estaba acabándose y quienquiera que fuera de visita a la ciudad solía llegar los viernes por la noche o los sábados, no así en el día y la hora de mi entrada. El estómago seco, no sé si por la ansiedad o por el hambre. Entré al cuarto, dejé la maleta y me tiré sobre la cama. Marcelo, dije en voz baja, pinche Marcelo hijo de puta. Me puse en pie, me miré rápidamente en el espejo para acomodarme el cabello, el cuello de la camisa y salir a buscarlo.

Mi primera opción fue la playa. Ya la conocía, porque había ido con Miriam en uno de los puentes festivos del año; antes de que todo se pusiera pies para arriba. No la recordaba con precisión, solo que el camino no era tan corto como pensaba originalmente. La playa estaba sucia y cuando llegamos no encontramos lugar para acampar porque estaba llena de familias y sobre todo de chicanos, cholos y negros que cruzaban la frontera para beber barato en México. Una confusión de hip hop en inglés y música norteña o grupera peleaba por opacar el sonido de las olas. Mucha gente asaba carne y las humaredas nos persiguieron por metros y metros hasta que nos colocamos casi al final de la playa, lejos de todos, incluso de la pequeña población de pescadores con sus casas derruidas y comidas por la sal. Nos metimos al mar. La playa larga de Bagdad nos encantó.

Como a las tres horas nos vimos rodeados por tres familias extensas: abuelos, tíos, sobrinos, hasta dos perros que, contra toda costumbre, saltaron al encuentro con las olas y trataban de vencerlas al ritmo de sus ladridos. Cercados por ellos el aire se nos fue delimitando. Además, armaban un choteo febril: aquí y allá hablaban en voz alta, cambiaban de música a veces sin esperar a que una canción terminara, sus carcajadas… el olor de la carne asada, la grasa frita. Casi todas las familias extendieron mesas largas y empezó a correr el alcohol. Su familiaridad nos expulsó y ya nos íbamos cuando una de ellas hizo el intento por cobijarnos y preguntaron de dónde veníamos y si queríamos compartir con ellos la cena.

Esa noche nos acostamos en el coche malhumorados, sin poder dormir y con los insectos cebándose sobre nosotros. Al día siguiente adelantamos el regreso a casa. Hice el trayecto con una ventanilla abajo y el sonido del aire al entrar y salir, como un golpeteo, me produjo dolor de cabeza. Me sentía crudo, como si hubiera bebido algo peor que el alcohol. Miriam venía igual, indispuesta. Dejamos el

mar, la pequeña planicie que lo separaba de la ciudad y casi al entrar a Matamoros dimos con un pequeño restaurante. Pedimos carne. Mientras esperábamos la comida Miriam me preguntó si queríamos tener hijos.

Yo tenía miedo. Siempre he creído que hay cosas de familia que pasan de generación en generación: la abuela ha tenido asma, así que el hijo y el nieto lo tendrán. En nuestro caso, me daba algo de terror que nuestra inclinación a las depresiones mentales pasara a mis hijos o hijas: pero hasta el momento no ha surgido nada que nos preocupe. Me sentí incómodo, pero respiré con tranquilidad cuando se lo conté a Miriam y ella colocó su mano sobre la mía y dijo:

—Mi familia tiende al Parkinson… por otro lado, nunca hemos tenido diabetes.

Algo es algo. Después de ese viaje la relación se hizo más fácil, nunca sencilla, pero ciertas cosas fueron desbaratándose para bien, como una hojarasca que se rompe fácilmente y trozos de pan y azúcar quedan en tus manos como si siempre hubieran pertenecido a ellas.

Llegué a la entrada de la playa con el domingo ya oscurecido. Las luces de los barcos pesqueros en alta mar eran un oasis a lo lejos, en la carretera solo coches que volvían a la ciudad. Un largo boulevard, que luego supe que se llamaba igual que la avenida de la entrada, Rigo Tovar, me recibió con una hilera de luces llanas y amarillentas. El mar. Las olas golpeaban. Algunos campistas cenaban en fogatas diseminadas en varias direcciones. En el muro donde venía el nombre de la playa encontré un par de gatos acicalándose mutuamente. Me estacioné detrás de la zona de restaurantes y recorrí las aceras aún con mucha gente. Música grupera salía del interior de los locales y en las mesas de plástico se notaban convites aún en desarrollo con botellas de cervezas erizadas dentro de cubetas con hielos. Busqué mi celular, por si tenía alguna llamada de Marcelo, pero solo encontré un mensaje de Miriam: le contesté en qué hotel me estaba quedando y que empezaba a buscar a Marcelo.

Caminé hasta la orilla de la playa. Él me había dicho que se encontraba en el faro. Ni había tenido tiempo para revisar, así que escribí en mi celular la frase clave de «faro de Bagdad» y me mostró una dirección, todavía a unos 17 kilómetros hacia el norte. Me subí a la camioneta y me encaminé hasta la orilla de la playa. Andar ese trecho a esa hora es casi un suicidio. De un lado solo tienes el mar y las olas que golpean la arena. Del otro, las dunas. Una franja angosta es el único sitio para rodar. Si me quedaba atascado sería mi fin, pero tampoco debería ir demasiado rápido como para perder el control.

En la parte final asfaltada encontré una patrulla de la Federal. Los policías miraban aburridos a la gente que acampaba. Se encontraban de pie, con la mirada distraída, apoyados en los cofres de sus

camionetas. No tardé en distinguir que uno de los oficiales guardaba una botella de cerveza. Luego vi que adelante, sobre la arena cercana a las olas, había otros coches estacionados.

Pensé en las playas, lo que nos significan, lo que demoran. En las playas se pierden los amores, se cambia el futuro. El agua que rompe ante los pies, ¿qué verdades ha limpiado? El mar tiene esa certeza, imposible mentirle. El corazón me palpitaba con fuerza. La noche estaba cerrada. A lo lejos algunos pesqueros iban en rutas mar adentro. Los focos en lo alto de sus mástiles parpadeaban. Me pregunté si algún marino, aburrido, miraría hacia la playa en ese momento y descubriría una mamaván ahí, lista para internarse en las dunas de la Playa Bagdad y si quisiera cambiar su vida con la del conductor.

El oficial aluzó en mi dirección, pero no me impidieron avanzar. La luz de los faroles delanteros asaltaban el terreno llano, trémulo y feliz. Sombras corrían hacia mí y desaparecían en la luz caliente de la camioneta o me rebasaban por el costado hasta volver a hundirse en la oscuridad. A mi derecha un mar de dunas y casuchas abandonadas sobre pilotes, a mi izquierda, el mar calmo, las olas que se vacían sobre la playa en su ir y venir. De reojo parecía que, de las olas, emergían seres marinos con pesadas aletas como extremidades; anchos, temibles, con caparazones en lugar de espaldas y barbas denticulares, flexibles, en lugar de dientes en largas hileras con los bordes deshilachados, que se movían para aspirar el aire cercano y luego desaparecer en la espuma.

El aire enfrió. En el firmamento solo quedaba el recuerdo de las viejas estrellas muertas —concentradas en algunas partes del horizonte—, el mar, las olas, el motor acelerado de una lancha en medio de la nada. Un par de coches venían en sentido contrario y al rebasarme me dejaron el sonido de música y gritos de fiesta de sus ocupantes.

Luego, solo quedamos el camino en la arena remarcado por las llantas de otros coches de ida y vuelta, las dunas y el mar que nos cercaba. Mi corazón se encogió porque estaba solo en un sitio en la orilla del mundo. Cada cierto tiempo el volante de la camioneta se tensaba y no me dejaba maniobrar, cosa que me aceleraba el pulso, como si las llantas quisieran atascarse o ir al agua. Solo era el mar, la playa, la noche, la camioneta internándose en esa nada. Cuando alcancé el faro me pareció muy pequeño, apenas una columna que ni nombre de faro debería tener. Me detuve y bajé iluminándome con la lámpara del celular. Sudaba demasiado, no solo por el calor. Tenía la garganta reseca, tosí y el esfuerzo me hizo ver puntos brillantes en mis pupilas. Encontré muchas pisadas en la arena, en varias direcciones, imposible saber qué origen y destino tenían. Fue en ese momento que

el miedo me trabó la quijada. Empezó con un hormigueo en el brazo izquierdo, como sentir muy pesados los dedos casi queriendo desprenderse de la mano, luego la mano muy gorda, inflada, como hasta el tope de agua y acero, los nudillos frágiles, el antebrazo caliente, muy caliente, el codo como una astilla que se enreda entre los nervios y los huesos; el hombro dislocado, tirante, duro como un mármol hasta inmovilizarte el cuello y finalmente la quijada seca, una lengua sin saliva, los dientes que tienen otros dientes entre ellos. En el fondo todos vivimos con miedo, el miedo nos humilla antes que la muerte, miedo a perder los hijos, la familia, la potestad sobre las cosas mínimas que controlamos. El miedo no es el motor, sino la daga. No encontraría a Marcelo. Eso era un hecho. Me recargué en el faro y tomé una foto solo para mí. No había nadie más en ese sitio, solo el faro, el agua del río Bravo que se internaba en el Golfo y, a lo lejos, antes del Bravo, solo arena, dunas, manchones de hierba reseca que el viento movía.

En eso estaba cuando los vi a lo lejos. La patrulla venía hacia mí. Me sentí una presa. Del otro lado el mar sonaba como plástico frágil rompiéndose con el agua que salía del río Bravo. Y en la otra orilla, un poco más allá, descubrí una torre de lanzamiento de cohetes con sus luces rojas de advertencia encendidas. Qué raro encontrar una zona de lanzamiento de cohetes ahí, donde parecía que no existía más que el mar y la arena más primigenia, apenas pisada por los hombres. Las luces de las patrullas caían en el abismo del agua y en el otro, de tierra adentro. Cuando llegaron se estacionaron alrededor de mi camioneta y rápido bajaron los uniformados. Luego pensé que tal vez me había metido no en la playa y el faro, sino que mi presencia obstaculizaba alguna entrega de estupefacientes y ellos venían a limpiar el terreno.

—Qué hace tan lejos, amigo —me preguntó el que iba al frente del pelotón.

No mentí.

—Busco a mi hermano, aquí es el último sitio donde lo vimos.

Los policías se volvieron a ver entre sí. Mientras los demás se empezaron a desperdigar entre los arenales, algunos se acercaron incluso al agua, un policía que acompañaba al sargento sacó una libretita, como esas que llevaban los cobradores de antaño, cuando mamá compraba algo a crédito y la tienda enviaba a un hombre que siempre llegaba en bicicleta a saldar la deuda. Quién sabe qué ha sido de esos hombres que vivían así, de cobro en cobro, con pequeños estuches de cuero o plástico en donde se amontonaban las cuentas por cobrar de toda una colonia: por la venta de sillas, mecedoras, máquinas de coser o licuadoras. Se habrán perdido como los demás.

El policía abrió una libretita y empezó a apuntar en ella: primero mi

nombre, luego mi edad, de dónde venía, el nombre del susodicho perdido, desde qué hora.

—¿Y qué hace tan lejos a esta hora, en ese sitio?

—No le parece —le respondí acordándome de una frase de Marcelo —, ¿que esta playa es un lugar sagrado?

La arena estaba vestida por la noche. Pensé de inmediato en el Puerto de Bagdad. Ahí, en donde solo había abandono, a mi derecha, en un breñal que en ocasiones se llenaba de agua se había erigido un puerto, el famoso Puerto de Bagdad. Sitio en el que atracaban barcos del sur de Estados Unidos y de Francia e Inglaterra. Una populosa ciudad con más de quince mil habitantes. Al volver de aquel viaje con Miriam había investigado un poco y me pregunté sobre el destino de las ciudades desaparecidas, tema que traía desde mi charla con Marcelo en mi viaje a la Ciudad de México. Tema que incluso él me había dejado como herencia.

El Puerto de Bagdad se había construido en el auge de la Guerra Civil norteamericana y la guerra contra la Intervención francesa. Ahí, en la noche, mientras los policías me miraban con abulia y el que llevaba la libretita en la mano se rascaba el dedo pulgar con el costado del índice, volví el rostro e imaginé el puerto en los meandros: las viejas construcciones de madera, sus chimeneas de ladrillo, las radas para recibir a los paquebotes y los astilleros donde se reparaban los buques de vapor que hacían la ruta desde el puerto hasta Nueva Orleans. Casi quince mil personas habían vivido en ese sitio durante su auge. Llegaban los barcos con soldados, se enviaban marinos a los puertos norteamericanos, llegaban migrantes, bajaban negros e indios nómadas se peleaban en las tabernas en un babel de nacionalidades. Se comerciaba con cáñamo, hilo, cordel, quintales de algodón, sedas. La ciudad, construida casi de madera, sobre pilotes para poner a salvo las mercancías y los enseres cuando subía la marea, las calles resecas en ocasiones o lodosas donde la memoria del mar venía a recuperar su sitio. Luego el tren construido en Matamoros y los huracanes fueron minando el destino del puerto. Ahí se habían construido calles, casonas, la gente había amado y nacido. Leí después que, en su época de mayor poder, muchas compañías navieras colgaban los pendones de sus escudos que desafiaban los nortes que hacían temblar los pesados buques a resguardo en la boca del río. Ha de ser intrigante nacer en una población a la que no se puede volver porque el tiempo la ha desaparecido, como llegar a la casa de la abuela y descubrir que no queda piedra sobre piedra.

Volví a ver a los policías. Con sus uniformes azul marino enmarcados en la oscuridad parecían fantasmas como los que podía encontrar en ese momento en las viejas casonas de madera.

—¿Y por qué sería un lugar sagrado? —quiso saber el oficial con la

libretita, que se guardó pegada al pecho y protegió con su mano, cual si fuera una pequeña ave.

—Mire, este es mi hermano —y les mostré mi celular: la fotografía de Marcelo que había tomado hacía meses. En ella está sonriente, pero de fondo cierta gravedad lo asola. Se encuentra sentado en una banca del parque, porque ese día habíamos ido a uno cercano a la casa, con las niñas. Era curioso haber ido juntos, ya que no solíamos compartir esos momentos: cuando iba a visitar a las niñas yo apenas si lo saludaba y me iba a mi oficina o me sentaba en la sala a mirar algún partido de futbol para no violentar ese tiempo de él con ellas. Pero esa tarde habíamos salido juntos. Intercambiamos algunas pocas palabras, pero el silencio o bien, hablarles a las niñas, fue nuestro mayor esfuerzo verbal.

El policía con la libretita se acercó y miró la fotografía.

—Mire, sargento —le mostró la pantalla del aparato. Lo reconocían. En cierto gesto y el brillo en la mirada lo supe: ya lo habían visto o sabían de él.

—Es el que perdió a los papás, ¿verdad?

Asentí y negué.

—Sí y no, sargento. Está enfermo, él cree que perdió a nuestros papás, pero ellos están en la casa, el perdido es él.

Aquella sentencia me dolió en el pecho.

—A ver, explíquese —volvió a preguntar el oficial de la libretita y empezó a apuntar mi historia.

Ellos no lo habían visto, pero su fotografía había circulado entre la gendarmería para que en caso de que los buscara le tomaran los datos y prometieran hablar con él más adelante.

—Es que aún no pasan las 72 horas, don. Cuando pasen, si él insistía, pues íbamos a buscar a sus papás, pero ahora dice que el perdido es él, no lo entiendo. Aquí la gente se pierde, es un decir, pero siempre sabemos dónde están, lo que se nos pierde es la voluntad de compartir su paradero, usted sabe, pero en los casos de extravíos de verdad, siempre los encontramos.

A veces, los oficiales tienen una candidez delincuencial. Le pregunté qué sabía de mi hermano. Me contó entonces que Marcelo visitó la comandancia el sábado por la tarde y armó un jaleo porque la recepcionista no lo había querido atender, pero era normal. En esa zona desaparecía gente. Eso era cierto. Cada cierto tiempo había gente que no llegaba a su casa, a la escuela, a la tienda. Se sabía. Era triste aceptarlo, pero nada se podía hacer. Podías una mañana prepararte para ir al trabajo y no llegar a él porque en el camino, nadie sabía cómo, te volvías presa. Y desaparecías.

Si algo se sabe hacer bien en esa zona del país es desaparecer personas. Luego las encuentran otros hombres y mujeres, en otros

puntos de la tierra, tan borrada la memoria que no pueden ni recordar el idioma que hablan y solo repiten los actos para los que fueron raptadas: el cuerpo de hombres, mujeres y objetos que las penetran, el mover una rueda infinita para hacer bolsas, celulares, sembrar mariguana… eso cuando despiertan. Hay mucho tráfico de órganos también, órganos de personas de todas las edades. Si este país hablara de todo lo que le ocurre en realidad no podríamos levantarnos para ir al trabajo. El policía me recordó que por ley solo podían hacer algo pasadas las 72 horas. Antes, no. Antes, esa persona aspirante a ser desaparecida era una feliz que se escapó con el novio o se quedó a trabajar de más, o tomó un autobús para alejarse de la familia porque ya no podía con la presión de los padres o los hermanos para que sea algo que no quiere: antes de las 72 horas quienes no llegan a casa son una ausencia feliz.

No muy lejos, en San Fernando, unos años atrás habían desaparecido a 72 migrantes, me dio risa la coincidencia; 72 horas, 72 migrantes desaparecidos. Era sabido que los narcos detenían autobuses en las carreteras internas del estado, para bajar trabajadores, mujeres, a veces niños. Se los llevaban en camionetas al interior del territorio tamaulipeco y allá los desaparecían.

Las 72 horas con todos sus minutos eran momentos que podían tener una explicación feliz, pero ¿qué ocurría en el cambio del último segundo del minuto 59 de la hora 72 que todo lo transformaba? Entonces la felicidad se trastocaba: la realidad se volvía otra. Entonces las alarmas sonaban en el Puerto de Bagdad porque el huracán que no iba a llegar, llegaba. Cinco o más fueron los huracanes que acabaron con él. Lo hundieron en el agua y la arena. En cuanto lo supe imaginé a esa población, como la de Belchite, escondida al interior de las casas que no pueden ofrecer resistencia ante las bombas y los racimos de agua.

¿Cómo se desaparece un cuerpo? Se mutila poco a poco, se borra parte de su geografía. Primero se le amputa un dedo, después una pierna, un brazo, la nariz. O se esconde, como suele hacer la gente que imita la pérdida de un brazo para pedir dinero en la calle.

¿Cómo se desaparece una casa?, ¿se mutila desde el interior como a veces destruyen las viejas casonas en la ciudad para volverlas estacionamientos? Las casas son comidas desde adentro: un cuarto es desalojado, después la sala contigua. Con pico y pala se deshacen los muros, como si nadie los hubiera construido hasta que al final solo queda una fachada con ventanas altas que, al ser espiadas, solo descubren la nada. Así los cuerpos.

¿Cómo se desaparece un pueblo? Una familia parte en la noche, un viajero ya no llega, una ruta de camiones omite tener una parada, la gente muere, los nuevos hijos deciden probar fortuna en otras

ciudades y países hasta que solo quedan calles polvorientas, casas a medio caer.

¿Cómo se desaparece una vida? Primero con los recuerdos, una fotografía en donde alguien falta, una carta que se guarda se lleva al fuego, ya no se habla de alguien ni de lo que hizo ese alguien, se deja de tener contacto, ya no se menciona y en algún momento se olvida genuinamente, ese ejercicio terco pero eficaz se sublima hasta que en realidad ya no se acuerda uno del hijo que perdió, del trabajo que dejó atrás, de la novia que te engañó con tu mejor amigo. Lo que para la muerte es tan fácil, como el olvido, para los vivos representa un esfuerzo porque la vida siempre está en alerta.

Pero nada de esto le pude decir a los policías. Me invitaron a volver a la zona turística construida kilómetros al sur.

—¿Sí sabe que en Matamoros a esta parte le llaman el fin del mundo? Aquí viene la gente para olvidar —me dijo el sargento—, por lo que veo usted trae el recuerdo de su hermano muy vivo. Tal vez esté en la ciudad, déjeme hablo a la central.

Marcó y apuntó en un papel, mientras escuchaba del otro lado, una dirección. Me lo entregó y sonrió: «es el hotel donde dijo que se hospedaba». Alameda Express. Agradecí y subí a la camioneta, pero encontré que me había estacionado sobre un médano. Los policías me ayudaron a sacar la camioneta entre risas, algunos empujaron, pero estaba muy atascada, hasta que al fin la ataron con un cabrestante y me sacaron.

Hice el camino de regreso lo más rápido que pude. Los 17 kilómetros desde la boca del río hasta las inmediaciones de la Playa Bagdad los hice con las luces de la patrulla a mis espaldas. La arena húmeda me hacía volantear. Tomé la carretera desierta a esa hora e hice los 20 kilómetros de la playa a la ciudad en un santiamén. El hotel no se encontraba tan retirado de donde me había hospedado. Cuando entré a la ciudad ya era casi la una de la mañana. Pocos coches recorrían las avenidas, algunos puestos de tacos nocturnos erizaban con sus luces esquinas y fachadas de refaccionarias. Aun así tuve que llegar a cargar gasolina y aproveché para enviarle un mensaje a Miriam, sin contarle en dónde había estado para no preocuparla: «ya sé dónde se hospeda». Me contestó con una carita feliz.

El hotel Alameda Express era grande, de los más reconocidos de la ciudad según supe después. Se encontraba en lo que aún se consideraba el Centro histórico de la ciudad. Estacioné el coche y salí para alcanzar una puerta lateral. Un hombre me aluzó y me preguntó si tenía reservación y le contesté que iba con un huésped.

—Al final pídale un ticket al de recepción para no cobrarle —me avisó. Aunque era de los hoteles más lujosos de la zona, no pasaría

como uno modesto en una gran ciudad. Curiosos cuadros de artistas desconocidos que intentaban simular lo abstracto colgaban de las paredes.

En la recepción había una barra alta, como suele haber en los hoteles, y tras ella atendía un hombre regordete, a quien el saco no le cerraba bien. Una blanca camisa se abultaba tras el saco que, también comprobé, le quedaba corto de las mangas. Su cara, además, era demasiado grasosa y la luz blanca encima de él le arrancaba ciertos destellos a la grasa corporal en sus mejillas. Pregunté por mi hermano, un huésped de nombre Marcelo Santiago. El hombre revisó en su computadora y me notificó el número de la habitación.

—Sale hoy —me comentó—, pero aún no hace el check out.

Aquello me tranquilizó. Volví a marcar a su número, pero en esta ocasión no entró la llamada. Pregunté si lo había visto entrar o salir, pero el hombre me dijo que su turno empezaba a las diez de la noche y no podía decirme eso. Cuando le indiqué que Marcelo era mi hermano el recepcionista hizo un gesto de curiosidad y no supo qué agregar.

—En realidad —le avisé—, está en una crisis y debo ver si está en la habitación.

No sé cuáles son los protocolos en los hoteles para este tipo de casos: si es como en las películas, en las que después de cierta insistencia el gerente accede a abrir la puerta del cuarto y pasa con el investigador a la pieza para descubrir en ella los restos de un naufragio, o si se mantienen férreos hasta que, como la policía, tras ciertas horas o ausencia se permite la entrada de una persona ajena a quien pagó por el cuarto. En cualquier caso, mi prisa me hizo dar un paso hacia atrás y decirle al hombre que subiría para tocar a la puerta, tal vez estaba dormido o bien, medicado. Esa era mi esperanza, que tras la llamada hubiera vuelto al hotel y que una alarma, algo dentro de él le avisara que aquello era un despropósito, que imaginar la pérdida de nuestros padres podría ser solo una historia disparatada pero que, para empezar a tener cierto control o bien, adormilar la psicosis, debía tomar una pastilla pequeña, redonda, esmaltada, de las que le habían dado tras su divorcio con Samantha y cuando tuve que ir por él a la Ciudad de México y traerlo de regreso.

Estaba quedándose en un hotel del Centro histórico de la ciudad, así que sus reclusiones en sitios como estos no eran del todo nuevas para mí. Fue Samantha quien nos habló para decirnos que lo había visto muy alterado en su última visita para pasar tiempo con su mascota.

—Como que no se ha rasurado en semanas, tampoco ha comido bien, la camisa le quedaba algo floja, no me dijo nada, Mike, pero algo trae, trae coraje, sé que contra mí, pero ¿por qué debo quedarme a vivir con alguien cuando ya no veo una vida en común ni a futuro con

él? Además, esto te va a sorprender, pero no ha rentado ni una casa, está viviendo en uno de esos hoteles del Centro, mira, te paso el nombre: hotel Canadá.

Sin avisarle a mis papás ni a Miriam tomé un avión y por la noche de ese día ya me encontraba en la Ciudad de México.

Yo tenía esa relación con él. Apenas estaba en problemas salía a buscarlo. No importaba que fuera mi hermano mayor. No importaba que, se supone, él debía cuidar de mí. Siempre lo había visto como un extraño, pero un extraño que me fascinaba. Lo que hacía, el arrojo que tenía o tuvo en ciertos momentos, superaban por mucho la imaginación que yo tenía para vivir. Unas cosas hacía bien por mí, otras cosas hacía mal. Recordé la vez que me tumbó en la pendiente y que lo perdoné pronto, luego, tuve la oportunidad de vengarme y lo hice. Después él me lo regresó.

Eso me dije cuando el avión empezaba a descender sobre la Ciudad de México. Algo tiene la capital que me causa ansiedad: no solo la cantidad de gente, sino el hacinamiento de los edificios, las avenidas saturadas que ningún semáforo puede destrabar. El taxi del aeropuerto se internó por las calles atestadas; solo en el Circuito Interior nos detuvimos como veinte minutos apenas dejamos la gasa que sale de vialidades internas del aeropuerto; avanzar por Fray Servando fue mucho más rápido hasta que quedó atrás el mercado de Sonora y nos internamos al Centro histórico. Ese día había un concierto en el Zócalo. Las calles estaban cerradas, así que me bajé en el metro Salto del Agua y caminé calles adentro. Los locales de venta de plásticos al por mayor y ropa me salían al paso y tuve que sortear cajas con trapeadores y estopas que colgaban del techo de los negocios abiertos aún a esas horas. El concierto en el Zócalo no ayudaba a caminar por las banquetas. Muchas vialidades cerradas, muchas patrullas. Aun así, esa zona no era precisamente de las más turísticas, viejas vecindades afean el paisaje, locales de todo tipo se apiñan en los menores metros cuadrados. El olor de las taquerías invade las banquetas y la gente evade a quienes comen sentados en débiles bancos de plástico.

Tuve que rodear por Fray Servando y entré por Cuba. Casi al llegar a República de Uruguay empezaron los retenes de los policías. Fue una odisea alcanzar al hotel, muy cerca del Zócalo. Cuando llegué no tuve que preguntar por Marcelo porque estaba en el lobby, apoltronado en una sala a todas luces gastada. Andaba en short y en chanclas. Se sorprendió al verme, pero también se avergonzó. Salimos a cenar algo y dimos con una pollería casi enfrente del hotel. El aroma del pollo rostizado me abrió el apetito. Comimos en silencio, solo intercalado con algunas preguntas de rigor, cómo estaban nuestros papás, Miriam, la niña y la bebé, porque Mary acababa de nacer, no tendría más de cinco meses. Marcelo aún no la conocía.

—¿Cómo le haces? —me preguntó—. Yo no sabría qué hacer con un hijo, pienso que en cuanto lo tuviera se me caería de las manos.

Me limpié la boca con la servilleta y sonreí.

—Si estuvieras en casa aprenderías. Hablé con papá y mamá y quieren que regreses. Aquí ya no hay nada para ti.

Encajó mis palabras en silencio. Nos pusimos en pie, pagamos y salimos a caminar. Había mucha gente a causa del concierto y como nos encontrábamos relativamente cerca la música era estridente.

—Es Paul McCartney el que está tocando —me dijo.

—¿En serio?

Solo entonces afiné mejor el oído. Nunca fui fan de los Beatles, pero era imposible no saber que eso que se oía a lo lejos, como mecido en la noche, era la canción de «Hey Jude».

—¿Quieres ir a verlo? —me preguntó entusiasmado.

Nos encaminamos hasta donde nos lo permitieron los cuerpos apretados que topaban literalmente las calles junto con los cordones de policías que ya no dejaban pasar al Zócalo.

Nos quedamos en una esquina, cerca de una tienda de productos chinos y desde ahí oímos el concierto. Solo entonces vi sonreír a mi hermano. Me pidió un cigarro, pero no llevaba, así que nos encaminamos a una tienda cercana y pidió dos sueltos, que fumamos en la noche fresca, rodeados del ir y venir de la gente. Los gritos ante la llegada de canciones nuevas me dieron la sensación de estar frente al mar.

—¿Recuerdas que la vez pasada que viniste vimos un programa de televisión de ciudades desaparecidas? —me dijo entonces. Asentí—. Me puse a buscar en México cuántas ciudades desaparecidas hay, un montón, esta misma Ciudad de México esconde muchas otras ciudades de México que el futuro devoró.

»Esta calle donde estamos, con seguridad fue un canal donde murieron españoles durante su huida de la noche trágica. Siempre me ha molestado que le digamos noche trágica a una victoria de nuestro pueblo. Debería ser La Noche de los Penachos, o La Noche de la Venganza. Los españoles venían de masacrar a danzantes ahí, donde ahora se escucha la música. Imagínate: en la noche, en su fiesta, cientos de soldados españoles salen de los edificios donde duermen y bajan las escalinatas con las espadas desenvainadas y acaban con todos: con el fuego, con la música. Lo que era baile se vuelve gritos. Imagina a una danzante que antes de recibir el acero español se pregunta sencillamente: ¿por qué me atacas, no ves que solo estoy bailando a mis dioses? ¿No está muy elaborado lo que digo?

Las canciones de McCartney seguían en el furor de la noche.

—Me gustaría conocer más sitios así, abandonados. Sé que en la ruta al norte es donde hay más; como que nuestras ciudades siempre

han estado a punto de desaparecer por el sol o el desierto.

—¿Y qué harías en esas ciudades? —quise saber.

—Nada, solo contemplar el abandono, ¿te acuerdas cuando entramos a la casa vieja de los Salvador? Qué silencio, no era muy grande, pero sentí respeto, como si aquel hubiera sido un lugar santo. Todo sitio donde hemos estado como seres humanos y se abandona debería estar santificado: las ciudades, las casas… Aquí estuvimos, dice en cada bolsa de basura, en cada pared descarapelada. Es duro si te pones a pensar. Tú no alcanzaste a viajar en tren, pero yo sí. Y alguna vez, desde el asiento, vi a lo lejos un pueblito abandonado. Siempre quise ir, pero ya ni recuerdo por qué camino era. Ya ni trenes hay. Pero la Ciudad de México, por muy llena que esté, para mí es cada vez una ciudad vacía.

—¿Por eso no te quieres regresar a Monterrey?

Marcelo terminó de fumar. Aplastó el cigarro con la punta del zapato.

—Tiene millones de habitantes y ya es para mí una ciudad fantasma. ¿A qué viniste en realidad?

En este ejercicio de recordar a mi hermano lo busco primero en el pasado antes que en las calles de Matamoros. Mi venganza. Vamos en el coche de nuestros papás a las Turbinas. El río es un anhelo desde que mis papás dijeron que allá los llevaban mis abuelos durante los veranos. Describieron el sitio como algo inalcanzable: márgenes limpias, encinos y anacahuitas inmensas, pequeñas cascadas en las que podías estar de pie bajo ellas sin tanto peligro, recodos donde el agua se volvía mansa y era hogar de charales, una especie de pez que solo se da en el norte del país y es del tamaño de un dedo y que suelen comerse fritos, con sal y chile en polvo.

Así que un fin de semana nos fuimos hasta allá. Salimos muy temprano en caravana: mis abuelos, mis tíos, tías, primos y primas. La excursión estaba compuesta por más de siete coches que avanzaban a buen ritmo por la carretera rumbo a Sabinas. Nos detuvimos en un parador para comprar las últimas cosas que faltaban para la comida y aquello fue un jolgorio. Atracamos los pasillos de papas fritas y dulces, de refrescos y pan. Mi prima Mabel, que era la mayor y de quien estaba enamorado a mis diez años, nos llevaba con soltura. Marcelo era casi de su edad, los dos rozaban ya los diecisiete y había mucha complicidad entre ambos. Ella le ganaba tan solo por cuatro meses.

Marcelo siempre era un encantador de chicas. Antes de aquello solían irlo a buscar algunas para hacer las tareas y él mismo me contaba que era el más solicitado para ser el chambelán en las fiestas de quince años de la colonia. Mabel no era la excepción. Cuando llegamos a las Turbinas nos dispersamos por familias alrededor de un gran asador en el que todos fueron depositando su contribución a la

fiesta: carne, pollo, empalmes, salchichas. Los primos nos dispersamos al amparo de la luz del día y nos metimos al agua cuya corriente era como nos lo habían prometido, mansa y el fondo apenas profundo que al más pequeño de nosotros apenas si le llegaba el agua al pecho.

Toda la mañana comimos, corrimos, jugamos al futbol: un equipo liderado por mi tío Concepción y el otro por mi tía Ana Luisa. Mis abuelos jugaban a la baraja con sus otros hijos, la cerveza iba de un lado a otro. Detrás de la comida nos perdimos de nuevo en el río, mientras otros iban a recorrer unos caminos. Mabel y Marcelo querían ir a unas casas abandonadas que, decían, habían sido de un grupo de guardabosques. Quise ir con ellos, pero no me dejaron. Marcelo me contó que no podía: yo era demasiado pequeño, los iba a retrasar. Entonces agregó: «eres un niño». Y claro. Lo era. Pero los ojos de Mabel me atraían, su voz, los labios generosos. Su cabello castaño y lacio a veces le caía en caireles aunque no solía tener el cabello rizado.

Y luego ella se rio y Marcelo también. Nunca he sabido qué les causó tanta risa: tal vez el gesto que hice, mi infancia que desde ese momento me empezó a parecer una ofensa y más cuando Marcelo dijo, con aplomo:

—Mejor vete con mamá.

Mabel se mordió los labios y luego se subió la blusa y se la anudó para dejar al descubierto su ombligo y su cintura.

Por supuesto, se perdieron. A las dos horas nadie sabía nada de ellos, pero la fiesta se imponía, nadie se encontraba preocupado. Solo yo sabía en dónde se habían metido. Así que, cuando mi tía Ana Luisa preguntó por Mabel le contesté que yo sabía dónde estaba. Avanzamos por el sendero lleno de ortiguillas. Cada cierto tiempo las ramas y las espinas nos arañaban. Lejos, en la montaña cercana, planeaba un águila. Dirigí a mi tía entre el breñal, porque sin saberlo mi prima y mi hermano, los había seguido a la distancia y había vuelto cuando se encerraron en una casona de paredes descarapeladas. Cuando llegamos la tarde casi había caído. Mi tía me contaba de una vez que se perdió, pero respiraba con dificultad por el esfuerzo. Venía contenta por la excursión y se encontraba expectante de que la hubiera llevado a ese sitio. Así que cuando vio la casa seguro sintió que pronto volveríamos. Yo me fui detrás de ella. Entramos a la casa y los vimos: Mabel, desnuda, montaba a mi hermano. Se apoyaba en su pecho y los suyos, medianos, se descolgaban con deseo mientras Marcelo le apretaba las nalgas. Escuché los «chingada madre, pendeja, pinche güerca pendeja» de mi tía y luego los gritos de Mabel. Entonces sucedió. Mi tía se abalanzó sobre mi prima y la jaló de los cabellos para luego darle de patadas a mi hermano, que rodó e hizo por acercarse los pantalones que estaban a la mano, la camisa y la blusa

arrugadas sobre el piso con hierbas. Mi prima salió aún desnuda al porche de la casa. Nunca he olvidado aquel cuerpo al que ya se le acentuaban las caderas, que ya tenía dos pechos pequeños y un vello castaño pero incipiente en la entrepierna. Me encontró y se puso roja. Se llevó las manos al pecho, luego, como si pensara mejor, a su pubis. En ese momento mi tía Ana Luisa le dio una nalgada que la hizo saltar al frente y luego se hizo ovillo para que no le siguieran pegando. Vi su furia mientras la aporreaba. Mabel intentaba protegerse, pero tampoco quería que yo la viera. El rostro contraído de mi tía Ana Luisa enmarcaba la escena y luego la cubrió y me gritó que no viera a su hija. Esa fue la primera de muchas veces que vi a mi hermano con una mujer.

Corrí a la reunión donde ya empezaban a levantar las mesas. Sobre la parrilla se preparaba café y cerca había una inmensa bandeja con pan. Fui al coche y me senté junto a la ventana y desde ahí, agitado por el esfuerzo y arañado por las ramas de los arbustos, vi la llegada de mi tía Ana Luisa con Mabel. Ya se había puesto sus shorts color caqui, los tenis, la blusa roja que se le veía tan bien. Sus ojos llorosos pusieron en alerta a la reunión. Mi tía Ana Luisa fue directo contra mamá y lo contó todo. No tardó aquello en descontrolarse. Cuando Marcelo apareció la mitad de la familia se había ido y la otra se preparaba para realizar una corte marcial a mi hermano. Papá recibió a mi hermano y lo zarandeó como nunca lo había hecho. Gritaba:

—¡Qué tienes en la cabeza!, ¡qué estabas pensando!

Luego, el papá de Mabel, quien se había quedado, fue y le asestó un puñetazo a mi hermano y papá reaccionó como solo un papá puede hacerlo. Lo defendió. Se puso entre mi tío y él. Mamá gritó y se llevó a Marcelo al coche y lo aventó sobre mí mientras el resto de los adultos forcejeaban. Fuimos los últimos en irnos. Eché una mirada a la parrilla donde la olla para el café seguía ahí y el pan también. Marcelo nunca volvió a ser el mismo y nunca me preguntó por qué había llevado a mi tía. Que no lo hiciera es algo que no le perdono. Que no hubiera querido saber mi versión me acosa de vez en cuando, como una historia que no se puede terminar y queda a la intemperie.

A partir de ahí, algo dentro de él se cohibió para siempre. Y yo prometí, no sé, tontamente, para sentir menos culpa, salvar a mi hermano, salvarlo de sí mismo, del sitio donde yo lo había puesto, acudir cuando me necesitara. Algo tienen los hermanos mayores que ante su fragilidad nos desmoronamos un poco. Fueron meses de ir al psicólogo hasta que al final, poco a poco, Marcelo salió del ensimismamiento. No volvimos a hablar mucho con ese lado de la familia. Luego, Marcelo conoció a Lilia. Luego anduvo con otras mujeres. Después conoció a Samantha.

Mientras la música de Paul McCartney continuaba en el Zócalo le di

una palmada a Marcelo y le dije que solo quería saber si estaba bien. Le conté que Samantha me había dicho su situación. Le conté que papá y mamá también estaban preocupados.

—Me harta su interés —me respondió de mala gana y sentí cómo habíamos vuelto a ser los hermanos indiferentes de siempre. No dijimos nada, pero nos encaminamos hacia el hotel.

El concierto también había terminado, así que una multitud abandonaba la plancha del Zócalo. Batallamos para avanzar entre toda aquella gente que salía a paso cansino por Tacuba, por Madero y Cinco de Mayo.

—Ven —me ordenó—, te tengo que mostrar algo.

Hicimos el camino a contracorriente. Rodeamos la catedral donde había mucha menos gente y salimos a un costado de las ruinas. Yo nunca las había visto, pero me sobrecogió observar los escalones rotos a la mitad, las poderosas cabezas de dos serpientes de piedra que espiaban en la noche al pie de las escalinatas destruidas y alumbradas por dos focos que escupían una luz amarillenta. Salimos a un costado del Palacio Nacional. En esa zona de la ciudad, a la que se introducen pocos turistas, aún hay grandes palacios, sólidas construcciones de la época novohispana con sus ventanales grandes y sus cúpulas y decorados de otro tiempo.

Caminamos por Moneda, que esos años tenía negocios de piratería a todas horas, dimos la vuelta por la calle de la Academia hasta que llegamos al Museo de José Luis Cuevas, un pintor mexicano que murió hace años. A través de la reja se podía ver el patio y en el patio una escultura inmensa: una giganta de hombros contracturados, brazos caídos, un hombre a la altura del pecho, el otro, casi hermanado con el cuello. Luces amarillentas que salían de la base le prodigaban a la escultura una fachada demoniaca. En el pecho, como dentro de ella, en un embarazo imposible, la silueta de un niño o de un hombre parecía ser acunada con asfixia. Los ojos duros de la giganta miraban hacia la calle, hacia nosotros, parecía que sus manos de acero apretaban el aire alrededor de nuestro cuello y que estaba a punto, a un segundo de dar su primer paso para alcanzarnos. Marcelo se volvió hacia mí y me preguntó quién era yo en esa escultura. La imagen atroz de la giganta me produjo asco.

—Nadie, soy el que mira, nada más.

—Exacto, pero yo soy el que está ahí adentro, en el pecho, ¿lo ves? No necesito tu lástima, ni de mis papás ni de Samantha ni de nadie. Aquí cerca hay un hotel, ahí te puedes quedar, pero con el concierto quién sabe si encuentres. No te quiero cerca de mí.

Cuando volvimos Marcelo tuvo razón. No había habitación para mí en ningún hotel que encontramos. No se despidió, solo al llegar al hotel Canadá se metió. Yo anduve kilómetros tal vez, al principio

rodeado del ambiente festivo de quienes salían del concierto, porque no todos se fueron pronto a sus casas, muchos la siguieron en los bares de Madero o de Cinco de Mayo. Crucé un atestado Eje Central y Madero en busca de un hotel, pero no encontré ninguno. Los pies me dolían. En mi familia, solo con los años, nos volvimos a juntar; pero no fuimos invitados a la boda de mi prima Mabel, casi diez años después. Nadie ha querido preguntar sobre ese año que no estuvo en la ciudad.

Al llegar a la puerta de la habitación toqué pero nadie me abrió. Al fondo del pasillo encontré un área para niños. Me acerqué a ella y me produjo escalofríos. Era muy sencilla, estaba apenas compuesta por una mesa de colores, sillitas, un par de arcones donde con seguridad había juguetes, un par de resbaladillas. Imaginé a las familias que usaban ese espacio del hotel, con sus bebés regordetes o niños que apenas podían sentarse a dibujar. Esa torpeza que tiene la infancia que confundimos con ternura. Volví a la recepción y le dije al hombre lo que sabía: que mi hermano estaba desaparecido. Le relaté la llamada en la tarde, la ruta que había hecho, le pedí que entrara conmigo a la habitación. Le mostré mi credencial, para que viera que los apellidos encajaban, incluso, le mostré las fotos que guardaba de Marcelo en mi celular.

—Podría estar muerto —le insistí.

Al fin el recepcionista me indicó que esperara. Fue a un cuarto con una puerta lateral a la recepción y al parecer habló con alguien. Cuando volvió me pidió aguardar hasta que el hombre que cuidaba el estacionamiento apareció y subimos por el elevador angosto que estaba escondido justo detrás de las escaleras. De nuevo los pasos ahogados sobre la alfombra. La tarjeta no pasó a la primera pero a la segunda ocasión se escuchó el clic de la cerradura. Ellos fueron los primeros en entrar. Lo que me sorprendió de la habitación era su austeridad para un hotel que se consideraba de los mejores de Matamoros. No es que sea muy exigente, pero el espacio se veía viejo, cortinas pasadas de moda, las colchas con motivos floreados tampoco le daban un aire de comodidad al sitio. El recepcionista revisó una maleta, la biblia sobre la mesilla, un periódico que alguien había leído en la víspera.

—¿Puedo revisar?

El hombre asintió. Una parte de mí sabía que Marcelo no estaría ahí, pero en los restos podría encontrar una ruta para encontrarlo. Me senté en la cama y abrí el maletín: me sorprendió encontrar ropa de mamá y papá: unos shorts y chanclas, además de dos tazas de café. Tomé la biblia y la hojeé. No había nada en particular llamativo ahí, pero en el tocador encontré algunos papeles: tickets de consumo en el café París, de un par de estacionamientos, entrada al Teatro Reforma,

la tarjeta de un biólogo y detrás del ticket de un Oxxo una dirección: Club Rotario 2436. Los guardé en la bolsa del pantalón en un descuido de los hombres, quienes habían salido al pasillo. «Qué te está pasando, Marcelo», me dije.

Cuando salí los hombres cerraron la puerta delante de mí. Les dejé mis datos, el sitio donde me hospedaba por si mi hermano aparecía. Miré de reojo el área infantil al fondo del pasillo y me causó el mismo escalofrío. Como haya sido, no salí de inmediato. En la recepción había una máquina expendedora de refrescos y papitas, así que deposité algunas monedas y me senté en la sala a descansar.

Muchas horas atrás me había despertado a otro domingo tranquilo en casa. Las niñas nos levantaron porque les habíamos prometido que las llevaríamos al McDonald’s a desayunar. Yo quería barbacoa, estoy seguro que Miriam un sitio donde las niñas pudieran jugar, así que nos subimos a la camioneta y nos hundimos en la rutina. La comida nunca es buena en ese sitio, pero la inmensa área de juegos al menos nos dejó descansar. Ella y yo nos la pasamos metidos en el celular. Mientras Marcelo hacía la ruta en la playa, como lo supe después, nosotros en casa le dábamos like a memes con la seguridad de que las niñas agotarían al menos una cuarta parte de la pila en los juegos. De reojo encontré a la más pequeña con la mirada fija en la alberca de pelotas hasta que soltó un gritito y se lanzó hacia ellas. Las pelotas se removieron con su peso, pero mi hija salió a flote.

Ahora mi cena era un refresco y unas papas en un hotel de medio pelo, a casi 250 kilómetros de la casa, un hermano perdido que imaginaba cosas y la incómoda sensación de inutilidad por no encontrarlo. Vagabundeé en la recepción hasta que di con un mapa: era del Puerto de Bagdad, sin fechas, como hecho solo de la imaginación. En él se ve el codo del río Bravo o Grande, una manga que forma una vírgula final al término de la frontera entre México y Estados Unidos, tal vez porque la topografía es también lenguaje. Del punto principal del puerto salen tres avenidas, una del lado derecho hacia el breñal achocolatado, otra que se interna entre una serie de construcciones, una más que corre casi en paralelo con el río que justo antes de salir al mar serpentea. Se ve una construcción grande, un fortín hacia el sur, casas diseminadas a lo largo de pequeños afluentes, terrenos para plantar algo, del lado norte se distingue una pequeña población norteamericana sin nombre. Me quedé mirando el mapa un rato y pensé que tal vez el Puerto de Bagdad sería un gran lugar para esconderse: para huir de sí mismo, una construcción imaginaria de un país que dejó de existir. Ahí, en esas calles, encontraría a mi hermano, solo ya con la imaginación.

Salí del hotel y me dirigí al mío. Lo encontré cerrado, así de malo era. Toqué en la puerta de cristal y como a los diez minutos, de uno de

los últimos cuartos emergió un velador. Su paso cansino me desesperó y más cuando me preguntó qué deseaba. Al fin me dejó entrar y me encerré, pero no logré descansar. ¿Dónde estaría Marcelo a esa hora? Encendí mi celular y le avisé a Miriam que ya estaba por irme a dormir. Un calor malsano invadió el cuarto. Encendí el clima artificial, pero no funcionaba tan bien, se encontraba en frío máximo. Me cubrí con las cobijas, debajo de ellas sudaba, pero por fuera, el cabello y la cara las tenía lívidas a causa del aire. Me levanté y revisé los papeles que había traído del otro hotel. El café París debería estar cerca, la dirección era la que más me llamaba la atención. La busqué en mi celular, pero solo tenía visión mapa, no satélite. La calle discurría cerca del último camino vecinal colindante con el río Bravo. La tarjeta del biólogo también era inesperada: Centro de Atención a la Vida Marina, Secretaría del Medio Ambiente. Leopoldo Molina, investigador. Lo busqué también con el celular y aparecieron algunas fotos, pero imposible saber quién era él. Un currículum lo mostraba como egresado de la carrera de Ciencias Marítimas del Tecnológico de Monterrey. El sueño me fue venciendo. Al menos ya estaba en Matamoros. Marcelo, aunque perdido, bien sabría cuidarse. Esperaba secretamente que volviera al hotel y que de un momento a otro entrara la llamada del recepcionista del Alameda. Lo último que escuché fue una canción de Rigo Tovar que se reprodujo en mi celular porque lo había buscado en YouTube. La canción decía: «quiero decirte todas mis inquietudes».

Cuando clareó una luz difusa entraba por una ventanilla que daba al estacionamiento del hotel. Me levanté de inmediato, me di un chapuzón, me vestí y salí. Al fin a esa hora me atacó el hambre. Así que me dirigí al café París. A esa hora la ciudad también se desperezaba. Muchos coches chocolates atestaban las calles. Me daba curiosidad las demasiadas marcas y modelos de autos que circulaban por Matamoros y que no reconocía.

Es una característica curiosa de la ciudad, lo supe en ese momento. En Monterrey podría verse aún un parque vehicular uniforme: muchos coches del año o recientes, marcas bien definidas, pero en la frontera esa definición se borraba: muchos conducían unidades viejas, de marcas extrañas, con chasis curiosos, con placas que iban lo mismo de Tennessee que de Chiapas. La mayoría, además, estaban sucios, como si el polvo que rodeaba la ciudad, sus avenidas, el filo de las banquetas, un polvo que venía tal vez de las dunas de Bagdad o el desierto que la sitiaba como si un ejército silencioso se adhiriera a sus defensas, puertas y cofres. Los camiones de pasajeros también eran raros, solo tenían una puerta de acceso, a diferencia de los de Monterrey. Eran camiones viejos, ruidosos, con destinos tan raros para mí como La Cortina, Voluntario y Trabajo, La Gloria o Sección Puente.

Encontré estacionamiento en la calle cercana al café casi a un costado de la plaza principal. El sitio tenía una fachada verde y era de los más antiguos de la ciudad. Entré con nerviosismo, con la esperanza de encontrar a mi hermano en una de las mesas. Lo primero que me sorprendió fue el techo artesonado. El sitio hacía honor a su nombre y tenía imágenes alusivas a la capital francesa: viejas fotografías de la Torre Eiffel y el sinuoso andar del Sena ocupaban varias paredes, así como algunos barrios que no supe distinguir, pero que bien mirados podrían representar cualquier ciudad europea.

Tomé asiento cerca de la ventana, como imaginé que él lo habría hecho. Un ligero temblor me recorrió la mano derecha. Pedí un café caliente, y la mesera, que vestía blusa y vestido negro con delantal blanco, me acercó una taza con el asa desportillada, un frasco de Nescafé, azúcar y un mantel. Hacía mucho que no entraba a cafeterías de ese tipo, donde el concepto del café de máquina, el capuchino, espresso, latte o moka aún no llegan y siguen sirviendo el café como lo bebían nuestros abuelos, cuando el tiempo para moler el grano no se usaba y se consumía el café soluble. En mis mejores recuerdos de infancia está tomar un café con leche, ver cómo se disuelve con la cuchara en la taza y de comida un pan caliente que mamá pasaba sobre la plancha con una embarrada de mantequilla humeante. Es también el platillo favorito de mi hermano. Cuando la mesera se acercó para levantar mi pedido le pregunté si podía hablar con el gerente o quien estuviera a cargo. Pensó que algo había hecho mal, porque se sonrojó y se guardó con rapidez la pluma en la bolsa de la blusa.

—Busco a mi hermano —le confesé—, estuvo aquí el fin de semana.

Aquella solicitud la sorprendió.

—El sábado, para ser más exacto.

Saqué mi celular y le mostré una fotografía de mi hermano. La mujer la observó a detalle, pero no pareció reconocerlo.

—Mire, tengo hasta dos tickets de que consumió aquí. Molletes y un café y luego, chilaquiles.

Le extendí los papeles, que ella tomó con curiosidad y algo buscó en la impresión hasta que asintió.

—Es que viene mucha gente, somos un lugar medio turístico, de los más tradicionales de la ciudad, puede que sí, pero, déjeme le digo a mis compañeras.

Una a una se acercaron y el celular pasó de mano en mano. Al fin llegó el dueño, un hombre ya mayor, con canas en las sienes, pero cierto aire jovial. Se llamaba Gustavo Priani. Le expliqué el motivo de mi visita, el viaje inesperado a Matamoros, la situación en la que se encontraba Marcelo, le aseguré que no éramos de ningún grupo criminal ni unos farsantes, la situación era real. El hombre se cruzó de

brazos delante de mí y tomó asiento, luego pidió que le trajeran un café que sorbió mientras me pedía más información de Marcelo, pero por alguna razón no quise decir de más. Estaba cansado, no había dormido bien, cada dos horas me levantaba una pesadilla de estar en una casa de madera, al estilo norteamericano, cuyas paredes se hacían más y más cortas, una inmensa cola de rata cruzaba entre mis pies y me lastimaba los tobillos. Me despertaba, volvía a dormir y la pesadilla era recurrente.

Había amanecido soleado. Una claridad limpia y una luz solemne reafirmaba el estado del mundo.

—Solo necesito confirmar si estuvo aquí mi hermano —insistí.

Al fin el hombre sonrió y me indicó que, lo más que podría hacer, era mostrarme los videos de seguridad de ese día, solo de ese día y en el horario en el que habían pagado. Su sistema de vigilancia, se jactó, era de los más confiables.

—Usted no las ha visto, pero tenemos como seis cámaras de vigilancia aquí en el salón, la cocina y el almacén. Yo mismo estoy al tanto. Nada se me pasa. Salgo cuando vienen clientes distinguidos o de la vieja guardia, aunque me veo medio juvenil ya tengo mis años.

El hombre soltó una carcajada. Pasé con él a una oficina pequeña a un costado de la cocina que a esa hora procesaba distintas órdenes de huevos con diversos acompañamientos, chocolates calientes y chilaquiles. De la plancha emergían aromas a tocino frito, a cebollas y salsas. En una pared de la oficina encontré dos televisiones grandes, en una pasaban un noticiero, en tanto en la otra se mostraba el interior del café París. El hombre me acercó una silla, sobre la que se amontonaban platos de unicel y servilletas, que me pidió que acomodara en el suelo. Luego se sentó frente a la computadora y abrió un programa. Yo me quedé atento a la pantalla donde se veía el restaurante.

La pantalla se congeló y después apareció un contador en la parte superior que el hombre fue moviendo hasta el sábado a las cinco con seis de la tarde, hora en la que Marcelo había pagado su primer consumo. No lo distinguí al principio, pero después su imagen se volvió nítida para mí. Vestía un pantalón de tela con pinzas y una camisa gris, fajada. Solo, con el cuerpo ensimismado, una descarga me recorrió al descubrirlo con la mirada perdida en la pared detrás de la caja. Le pedí al hombre que volviera más atrás en la grabación, tal vez al momento en el que había entrado y así lo hizo. Volvimos las imágenes hasta que, alrededor de las cuatro, entró mi hermano a escena. Noté que llevaba un libro en la mano. Me sorprendió que llevara alguno, pues nunca fue un lector. Solía batallar en la escuela sobre todo con la materia de español y de biología. Lo suyo siempre fueron las matemáticas y las materias duras, por decirlo de alguna

forma, aunque sin duda no aprender a distinguir el sujeto del predicado y en este el objeto directo del indirecto causa más tragedias de las que nadie habla. Aún recuerdo a mamá regañándolo en la mesa de la cocina porque de nuevo sus calificaciones en esas materias eran para llorar.

Marcelo se acomodó en la misma mesa en la que yo me había sentado y esa coincidencia me causó escalofrío. Pidió algo de comer, le trajeron los chilaquiles y el café, pero no les prestó atención en cuanto los trajeron. En su lugar hurgaba en el libro. Era grande. Tenía arillos. Le pregunté al hombre si la imagen se podía acercar, pero me dijo que no. Tomé asiento para contemplar con más calma. El dueño seguía atento a mis reacciones. Un teléfono sonaba en el área del restaurante. A alguien se le cayó un plato y los comensales aplaudieron. Me distraje, pero la voz del dueño me regresó a la pantalla:

—Son fotografías, ¿sí ve?

Eso era lo que mi hermano observaba. Era el álbum de familia. Miraba absorto las imágenes hasta que lo vi desprender una de ellas y dejarla a un lado del plato. Empezó a comer y en algún momento extrajo algo de la bolsa de su camisa, al parecer cinta adhesiva. Volví a ver al viejo, quien ahora estaba mucho más interesado en las imágenes que nos mostraba la cámara de seguridad. Vi cuando le colocó cinta a las orillas de la foto y luego la pegó en la parte inferior de la mesa. Marcelo sonrió en ese momento a la ventana y alzó la mano como para saludar a alguien. Luego, otro hombre se acercó y lo saludó. Platicaron unos diez minutos y después el visitante se alejó. Era un hombre grande, con una calva terminada.

—Es don Elías —me anunció el dueño del restaurante—, tiene un rancho afuera, por el aeropuerto, es de los viejos rancheros de la zona.

Pero no pensaba en el hombre sino en la foto debajo de la mesa. Salí de la oficina y me acerqué al sitio donde ya consumían otras personas sus alimentos.

—Necesito ver algo, ¿me permiten?

Priani salió conmigo. Me incliné sin esperar el permiso y metí la mano bajo la mesa. Encontré algunas protuberancias chiclosas, pero seguí mientras uno de los comensales, un señor, se ponía en pie y me empezaba a increpar mientras una mujer, su acompañante, soltaba un gritito. Saqué la foto y les pedí disculpas. Una de las grandes mentiras de los restaurantes es el concepto de limpieza. Nos hacen creer que en sus ollas, comales, mesas y repisas hay un gran cuidado, pero todos son caldo de cultivo para una infinidad de enfermedades. Cuando saqué la mano me traje el polvo debajo de la mesa y la fotografía. Volví con las disculpas y me senté en una silla cercana.

El dueño me acompañó. En la fotografía estamos Marcelo y yo.

Ambos vestimos camisas de cuadros, pantalón de mezclilla, botas. Estamos en un estudio fotográfico. El fondo es un vinil con la foto de un pastizal. Él está sobre un banquito de madera, yo de pie. No tendré más de cinco y él, ocho años. La luz nos da de lleno en el rostro, la frente se nos ve más blanca que de costumbre. No tengo un recuerdo de eso, aunque en el gesto de mi hermano encuentro un aire trémulo, como si lo hubieran regañado antes. ¿Fue antes o después del accidente con los patines, en la cuesta de la colonia? Imposible recordarlo.

—¿Puedo verla? —me preguntó el dueño de la cafetería, intrigado. Por deferencia se la mostré. Soltó una risita.

—A mis hijos les hice una igual —me comentó—, allá en Monterrey. En la Alameda. Había un zoológico, no sé si lo alcanzaste a ver —agregó ya tuteándome—. En el centro de la plaza había un señor con réplicas de caballitos de madera y muchas familias hacían fila para fotografiar a los hijos. Me pareció una buena puntada, además en esa época Matamoros era un pueblo. Si ahora, que ya contamos con centros comerciales, salas de cine, Starbucks y Pizzas Hut aún somos un rancho, antes mucho más. Todo se hacía en Monterrey o Brownsville. Y la Alameda, qué bonita era. Muchas familias la recorrían, antes de que la arrebataran las inditas de San Luis, las muchachas esas que vienen a trabajar a las casonas de los ricos de San Pedro.

El hombre me regresó la fotografía y no pude evitar la comparación: no salíamos sobre un caballito de madera, pero en el fondo la idea era la misma: preservar en la memoria la infancia, congelar un momento antes de que la vida en su aceleración cambie las formas, altere los lugares, avance en el olvido. ¿Por qué mi hermano había dejado esa fotografía de nosotros debajo de la mesa de un café de medio pelo en Matamoros? ¿Para qué ir hasta allá, para qué asustarme con la idea de que mis padres habían desaparecido si sabía, perfectamente, que esa mentira se caería tan pronto como tomara una llamada para saludar a mis papás?

«Quiere irse», me dije al fin. Ese es el plan. Alejarse. Desaparecer por decisión propia, pero quiere que sea su testigo. Quiere que yo también me pierda con él en Matamoros. Esa era la clave. Su clave. O al menos, su solicitud: que recuperara sus últimas horas. Les diera forma. Las imaginara. Que la suya no fuera una desaparición en forma, sino una manera de perderse con cierta brújula para al menos dejar cierta paz en la familia. Los desaparecidos reales tienen algo de lastimosa dignidad, pero ¿qué hacer con los que desaparecían por voluntad propia? ¿Cómo llamarlos? Y de pronto supe que desaparecer era el acto más honesto del mundo, el que ayuda a que la memoria de los hombres sea más clara y de las ciudades y de las familias. ¿Para

qué una vida llena de una cartografía emocional si al final solo seremos una vida que nadie recuerda?

De niños veíamos un programa que, al menos a mí, me daba mucho terror: *Misterios sin resolver*. Un hombre delgado, tenso, con arrugas esculpidas con seriedad en el rostro, presentaba los casos y al final salía una musiquita que me enchinaba la piel. Casi todos los casos eran de gente que desaparecía. Sus cuerpos nunca se encontraban, pero podían rastrearse sus últimos minutos, un coche que se deja encendido en un centro comercial, las marcas de las llantas al frenar de golpe en el asfalto, una puerta que se abre por última vez en un barrio peligroso o un almacén.

Pensé en nuestra historia: el hermano menor que busca la senda del mayor por siempre. Tantos años había vivido Marcelo sobre la tierra, tantas risas y lágrimas: hacer historia en alguna escuela, volver presente su estadía en la casa: recuerdos con nuestros papás y con mis hijas, abandonarse en una ciudad que le repetía a cada rato que ya no tenía nada ahí para que regresar.

Si es imposible desaparecernos para las personas, porque en algunas el recuerdo que plantamos es más poderoso que cualquier cosa que les hayamos hecho para lastimarlas o para que nos olvidaran, ¿qué ocurre cuando dejamos un rastro, una serie de migajas de los sitios en los que hemos estado? Marcelo estaba ahí, en ese momento. Por siempre se encontraría para mí en el café París, en esa ciudad fastidiosa, olvidada, consumida por las historias del crimen organizado, por la multitud de migrantes que viven en las orillas de los puentes internacionales, los obreros que esperan el eterno camión de pasajeros que los llevará de su casa al trabajo, el polvo y el rumor del mar que los alcanza, siempre estaría presente en sus avenidas con tráfico, su centro comercial raído, su música de Rigo Tovar, su comida callejera, siempre en los médanos que la rodean, de la basura que lanzan por la ventana los regiomontanos que cruzan la frontera para ir a Brownsville, o los cientos de chicanos, cholos y negros que cruzan todos los días para perderse en las calles pequeñas del Centro de la ciudad para realizarse endodoncias baratas y extracciones de muela que no pueden pagar en Estados Unidos o meter los pies en la arena marrón de Playa Bagdad.

Desanimado, me levanté al fin de la silla del restaurante, agradecí al dueño del local y salí. En la catedral, un grupo de ancianas hacía fila para entrar a esa hora de la mañana. Un oficial de tránsito daba el paso a los coches en la esquina de la Cinco y Morelos. ¿Qué le debemos a nuestros hermanos de carne y sangre que no sea un último acto de complicidad? Lo buscaría. Iría tras él. Eso me dije. A donde me quieras llevar iré. Si tengo suerte encontraré tu cuerpo. O te encontraré en un bar. O te encontraré en la sala de una casa bien

acondicionada, con la familia que no tuviste, los hijos futuros que la separación con Samantha te quitó. Te encontraré en el trabajo que anhelaste, en el estudio de grabación donde nos tomaron aquella foto. Te encontraré en la casona olvidada donde te perdiste con Mabel. En el río de las Turbinas. En la carretera silenciosa y las miradas calladas de mis papás esa tarde cuando volvimos de las Turbinas. Te encontraré en el silencio del cuarto que compartíamos y donde te hiciste ovillo y te cubriste con las sábanas. Y lloraste. A una hora de la noche un pequeño sollozo se escapó de tus labios, porque solo estabas joven y todo había que explicarse, explorarse. Además, yo había sido el culpable. Iré a buscarte, me dije. Ahora sí, convencido. No por la urgencia de saberte solo, sino por la estrategia de saber tu paradero aunque no tenga un cierre porque, ¿qué ilusión es esa de ver el fin de las cosas? Incluso de los muertos nada se sabe aunque podamos encerrar un cuerpo en una caja y cobijar la caja con tierra sobre ella y colocar encima una lápida de mármol que dé fe de quién está ahí.

Y si lo iba a hacer, me debía comprometer de verdad.

Así que crucé la plaza. Avancé por Morelos hasta que, dos cuadras más adelante, casi con las márgenes del río di con el periódico *El Bravo*. Ya lo había visto en mis recorridos de camino del hotel al restaurante. Me planté en el recibidor y pregunté cuánto costaba un anuncio en la página principal. La señorita no parecía comprender lo que le solicitaba, porque me respondió que no solían vender en la portada. Me pasaron con un editor, un joven de no mas de treinta años, quien me contó que, aunque el periódico seguía imprimiéndose, me serviría más el servicio digital. Insistí, quería el anuncio a la vieja usanza: en el periódico, en la portada. El joven hizo un par de llamadas y tras la última me pasó una cifra. No era inalcanzable. Pagué y me pasaron al interior, a la oficina donde un diseñador me atendió. Le pasé una foto de Marcelo y luego la leyenda de: «Se Busca», con un teléfono. Informes en el lobby del Hotel Posada del Rey. Gratificación por información veraz. 20,000 pesos.

Cuando salí, busqué a mis papás, pero el celular sonaba fuera de línea. Lo intenté varias veces hasta que decidí marcar al teléfono fijo de la casa. Al tercer timbrazo me contestó mamá:

—Ay, mijito, es que ni tu papá ni yo encontramos nuestros celulares, ¿no se los habrán llevado tus hijas con sus muñecas? —Negué con la cabeza.

—No, mamá, espera… ¿has visto tus álbums?

—¿Mis álbums?

—Sí, mamá, los de fotos, de cuando Marcelo y yo éramos niños.

—Por ahí andan, mijo.

—¿Puedes buscarlos?

—¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Busca, por favor.
—Pero quién sabe dónde los habré dejado, ¿no puedes esperar?
—No, mamá, solo quiero saber si están ahí.
—Ay, mijito, la verdad no entiendo nada.
Se alejó del teléfono y cuando volvió me confirmó lo que esperaba.
—Falta el grande, pero tengo las carpetas del otro.
—No, mamá. El grande. ¿Segura que no está ahí?
—Pues creí que sí, déjame le pregunto a tu papá si él lo tomó.
—No te preocupes.
—¿Has visto a tu hermano?, no nos ha hablado desde el viernes, ¿sabes si ya volvió de Matamoros?
—Seguro que sí, mamá, ya sabes que luego se pierde.
—Cuando sepas algo de él, dile que lo estamos buscando. ¿Dónde estás?
—Lejos, mamá, lejos.
Corté la comunicación. Recordé que el álbum no estaba en el hotel, pero tampoco los celulares de mamá y papá. Hice el camino hasta la camioneta y me senté en su interior un rato. Encendí la radio y escuché varias estaciones. Para mi sorpresa, muchas emisoras transmitían canciones evangélicas de corte norteño. Nunca las había oído. La música norteña fue parte de mi formación musical, pero esas versiones en las que el amor a una mujer era más bien un mensaje del regreso de Jesucristo, o el amor a él, me parecieron curiosas y hasta cierto punto ingenuas.
Lo importante en las búsquedas es armar un recorrido. Extendí frente a mí las rutas posibles de acción y marqué ciertas aduanas: ir a la dirección en el papel, buscar una cita con el biólogo y en tercera instancia visitar a los clientes de mi hermano en Matamoros o en los pueblos cercanos, en especial al señor que reconoció el dueño del café París; al tal don Elías. Sabía que cada pista me acercaría a llenar los huecos que empezaban a sugerirse como profundos barrancones. Cuando volví al café, Priani me dijo el nombre del cliente y dónde podría encontrarlo. Aun así decidí empezar en la ciudad.
La dirección de Club Rotario era la más cercana. Dejé atrás las calles con más sentido urbano, con negocios, cafeterías y comercios para salir a un despoblado en el que la ciudad adquiría más un aire rural que la céntrica y caótica frontera. No tardé en dar con la calle que tenía un recodo. Muy cerca corría el río Bravo, pude mirar los bordes marrones de los muros de contención con los que se trataba de defender a la población en caso de alguna crecida, inusuales salvo en la temporada de huracanes cuando el agua que llegaba de golpe arrasaba con todo a su alrededor.
Llegué a la dirección en el papel y me estacioné. Era una casa típica del noreste: de una sola planta, un porche delantero invadido por la

yerba, algunos trastos abandonados, llantas. Tres arcos pintados de verde le daban cierta estructura a la fachada, aunque el último estaba pintado solo a medias. Toqué al porche, pero no salió nadie. Estuve ahí afuera cerca de diez minutos y después volví al interior de mi vieja camioneta. Ya estaba por irme cuando salió un chico desmelenado, en shorts, con una camiseta del Barcelona arrugada.

—Buenas.

Bajé de la camioneta y me acerqué a la puerta, pero antes de que hablara el muchacho me preguntó si yo era Miguel, el hermano de Marcelo. Asentí.

—Pásele.

Me abrió la reja que chirrió y entré a la casa. Por dentro, la construcción era desorganizada, como cuartos pegados a otros sin ton ni son. Al centro, de lo que era un sofá, encontré un gran sillón y pegado a la pared un escritorio con una computadora.

—Su hermano me dijo que iba a venir, aunque no sabía cuándo, pero sin duda no esperaba que fuera tan pronto.

Fue a la cocina, que delimitaba su intención solo por una tarja adosada a la pared. El chico bebió un vaso de agua, al final hizo gárgaras y luego escupió.

—¿Ya encontraron a sus papás? —me preguntó. Hice un gesto de fastidio.

—Mis papás no están perdidos… más bien Marcelo es quien…

—Ya decíamos que no se veía tan cabreado —me interrumpió—. Lo encontramos en el Oxxo de 1 de Mayo, peleándose con el despachador por no sé qué cosas. Luego salió y nosotros estábamos afuera. Nos pidió que le ayudáramos a buscar a sus papás. Luis me comentó que no le hiciéramos caso, pero era sábado, estábamos aburridos. Así que lo seguimos. Unos en nuestro coche, yo iba con él. Yo pensaba que en cualquier momento se iba a detener, bajar y darnos un balazo, pero la verdad es que manejaba bien tranquilo. Y nosotros pues íbamos bebidos. Le seguimos por su lado, hasta lo trajimos para acá, luego Luis le explicó cómo buscar el celular de su papá, pero quién sabe, se hizo bolas, vino a tirarse con nosotros al sillón. Estábamos jugando Mortal Kombat porque nos aburrimos de ver videos.

Las palabras del chamaco me permitieron organizar el devenir de Marcelo en Matamoros. Adentro de la casa se estaba a gusto aunque olía a aceite y humedad. Comprobé que, aunque desordenada, se sentía cierta tranquilidad debajo de ese techo. Tal vez era el propio chico quien irradiaba esta paz.

—¿Es cierto que una vez ustedes se pelearon así, a golpes?

La declaración me sacó de foco.

—Me dijo, pregúntale a ver qué te dice.

Una invasión de adrenalina y vergüenza me recorrió. ¿Qué se le

cuenta a los extraños? ¿Por qué solemos decirle nuestros secretos a los desconocidos?

—No quiero hablar de eso.

El chico guardó silencio.

—Yo soy el mayor, ¿sabe? Tengo dos carnalillos.

—No sé a dónde quieres llegar.

—A que a veces los tiro al ruedo. Un día le di un par de madrazos a los dos. Empezaron a llorar. Ni pregunten por qué les pegué, les dije, pero debía hacerlo. Tenga, su hermano le dejó esto.

Me extendió otra fotografía del álbum. Ahora estamos los dos en una fiesta infantil. La imagen es muy vieja, de cuando cumplí un año. Yo tenía el cabello rubio, la cara regordeta. Mamá lleva una falda muy corta, un vestido floreado. Una cinta le anuda el cabello. Detrás de ella, papá nos observa con atención, con el cuchillo en la mano. Marcelo trae una camiseta azul con la imagen de Mickey Mouse, esa imagen antes de que Disney estilizara a su mejor producto, sus rasgos son torpes, casi terribles. Guardé la imagen en la bolsa de la camisa.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—No me dijo. Se quedó con nosotros hasta la madrugada, yo me la pasé hablando con él. Es bien raro ver a gente tan mayor con tantos problemas, con tantas quejas. Nosotros solo habíamos ido a pistear, le dio mucha risa cuando nos vio en el Oxxo, porque todos traíamos camisetas de equipos de futbol diferentes: yo esta, Raúl del Aston Villa, Miguel de Tigres y Luis del poderosísimo rebaño sagrado. Solo se fue. Agarró sus cosas, ya estábamos dormidos, antes no nos robó. Me explicó, en la noche, medio borracho, porque ya estaba bebido, que usted vendría: «mi hermano me va a buscar y cuando venga le preguntas por la vez que nos agarramos a golpes y le das esta fotografía». Y pues ya le di la foto.

El joven me acompañó a la salida. Ya en la puerta soltó la daga que traía afuera desde que me vio llegar.

—Oiga…, ¿y es cierto que usted anduvo con una ex de su hermano?

Me quedé perplejo y miré las llaves de la camioneta. Un chillido estalló en mi oreja, de la sorpresa di un par de pasos hacia atrás. Subí sin responder y conduje lo más tranquilo que pude lejos de la calle Rotario hasta que me detuve en el Oxxo de 1 de Mayo. Sin pensar. Con los nervios tensos. Sin querer remover recuerdos. Sin querer remover mentiras. Ahí pregunté al despachador por mi hermano, le mostré el celular, no lo reconoció, pero tuve la fortuna de que otro chico salió del fondo del local, ya terminando su jornada laboral, y él sí lo ubicó. Al parecer había comprado cervezas y las dos botellas de whisky más caras que ofrecían. El muchacho reconoció que había hablado con los otros; no encontró nada raro en él, solo que resultaba curioso que anduviera con chicos tan jóvenes como aquellos, parecía

integrado a ellos, como si no tuviera su edad sino quince o dieciséis años. «Además, les compró casi todo lo que pidieron, cervezas, cigarros, condones».

Me sentí muy cansado. De las hieleras emergió el aroma del hielo fundido con el plástico.

En ese momento entró una llamada de Miriam. Estaba preocupada.

—¿Cuándo vas a regresar? ¿Hablaste a la oficina? Te están buscando —le contesté que no sabía cuándo regresaría. ¿Cuánto tiempo se busca lo que se pierde? Toda la vida. Sin descanso porque la memoria nunca duerme—. Tal vez me quede toda la semana, si mis papás preguntan diles que tengo mucho trabajo.

—Miguel, ¿por qué no hablas con la policía?

—Ya fui. Hasta mañana se cumplen las 72 horas de la posible desaparición, hasta entonces no van a mover ni una camioneta.

Me acerqué al Centro en la búsqueda de algo para comer. Encontré muchos puestos de venta de tortillas de harina y frijoles y me detuve en uno que tenía mucha gente. Esperé. Las tortillas ahumaron la bolsa de plástico que las contenía. Destapé el unicel con los frijoles y chopeé las tortillas en ellos, luego, calientes, me las llevé a la boca. Comí rápidamente en el coche.

La conversación con Miriam, con los muchachos y el calor me asfixiaban. Me terminé con tranquilidad mis tortillas. No sabían mal. Debes tener muy mal karma para que una tortilla de estas te quede mal. El calor pasado el mediodía me arrancó muchas gotas de sudor. Encendí el coche y el aire acondicionado. La música norteña con mensaje cristiano era una repetición.

Me imaginé en un galpón, de esos en los que se solían hacer bailes en los que se encontraban grupos como Los Salvadores de Jesucristo, Corderos de Cristo, Julián y sus hermanos en Jesús. La gente hacía una fila ordenada para entrar: solo se ofrecían refrescos y aguas minerales para beber. La mayoría andaba de norteño, con el sombrero, la camisa a cuadros, el pantalón de mezclilla y las botas, mientras que las mujeres con una blusa nada escotada y faldas largas que rozan el suelo, mientras en el escenario, el grupo, Sonido del Cielo, cantaba: «Nunca se te ocurra darte por vencido, hermano, no llores ni te desanimes, que resistir al Diablo es darle gloria a Dios. No sería tan fácil olvidarlo todo, darte por vencido, voltear la espalda y ser un cobarde, pero no hagas eso, sigue adelante con Jesucristo, tú saldrás triunfante».

Apagué la radio. Tenía sed. No muy lejos me encontré una cantina. Dejé el coche donde estaba y me encaminé al sitio, pero antes de llegar un par de perros salieron de la esquina y se acercaron hasta mí, me olisquearon las perneras, luego los zapatos y volvieron al mismo tiempo la cabeza hacia otro lado, se estuvieron ahí conmigo un ratillo

y luego algo los llamó en otra dirección, ladraron y se fueron. Eran medianos, de color café.

Entré a la cantina. El aire acondicionado me refrescó apenas traspasé la puerta. Traía la camisa empapada de sudor en la espalda y cuando se me pegó a la piel me causó escalofríos. El lugar era viejo, se podía palpar sus años de servicio en la barra pulida, en las sillas altas, el pedestal para colocar el pie desgastado. Un espejo de centro con botellas a los costados capturó mi atención. Algunos parroquianos bebían a esa hora o daban cuenta de platos con sopa de municiones que también me ofrecieron en cuanto me senté junto con un platito con salsa de molcajete. Al fondo, en la puerta que daba al sanitario, se apilaban cajas de cartón con la leyenda de la cerveza Carta Blanca. En las paredes con fotografías encontré casi un resumen de la vida en Matamoros, había fotografías de los hermanos Almada, de equipos de futbol y agrupaciones de beisbol o softbol.

En la ciudad no había equipos de beisbol de la Liga Mayor, sino de una promoción en la que competía un equipo de nombre Gavilanes. El resto, la vida softbolera de la ciudad se sustentaba en equipos amateur de ligas locales o campesinas en las que disputaban el título equipos de las poblaciones cercanas como Bravo, Miguel Alemán, San Fernando y el mismo Matamoros. Había una fuerte rivalidad con la vecina Reynosa, urbe mucho mayor, con más puentes de cruce con Estados Unidos y con la llave del comercio texano que era McAllen. En Reynosa, tan golpeada como Matamoros con el tema del narco, sí habían tenido un equipo en la Liga Mexicana de Beisbol: Los afamados Broncos de Reynosa, campeones solo una vez hacía más de cincuenta años, pero esa gloria nadie se las podía arrebatar.

Matamoros, Reynosa, Bravo, Miguel Alemán, Ciudad Mier, todas estas ciudades fronterizas vivían del pasado, de algo que no pudo ser, inacabadas, amputadas por la frontera y la estela de la violencia en sus calles, atestadas por las oleadas de migrantes que esperaban ante la ley el paso legal o ilegal a Estados Unidos. De niño ya sabía que Matamoros y Reynosa, esa frontera chica, era un comal gracias a las películas de los hermanos Almada o de Jorge Reynoso, quienes se habían hecho famosos por sus historias de pistoleros. En la televisión en blanco y negro al principio, después a color, se observaban las pálidas ciudades fronterizas, las fachadas de sus casas plomizas y las banquetas rotas por el polvo. Y siempre ahí estaban las persecuciones a punta de pistolas en inmensos coches que navegaban penosamente por las calles estrechas. Miles de disparos que no lograban romper ni un vidrio pero que, hábilmente, un tiro sí lograba ponchar una llanta y provocar la volcadura del que era perseguido.

A veces, Marcelo y yo jugábamos a eso, a ser pistoleros famosos, ser parte de la Banda de los mafiosos de La Camioneta gris o la Banda del

carro rojo, que veíamos y cantábamos al ritmo de las canciones de Los Tigres del Norte. Yo creía entonces que todo Matamoros o Reynosa eran un set de filmación, porque la ciudad entera no me sabía a nada, solo a kilómetros de calles para ser andadas al ritmo de los balazos y donde Jorge Reynoso o Mario Almada eran judiciales que hacían valer la ley no sin antes perder un hermano en la refriega, una novia a quien asesinaban con tortura o un padre echado a las vías del tren que cruzaba la frontera con los Estados Unidos.

Me comí la caliente sopa de municiones con salsa y pedí otro par de cervezas que me trajeron junto con el segundo tiempo: un guisado de carne deshebrada a la mexicana. Consulté mi celular, mandé algunos mensajes a la oficina, donde ya me buscaban aunque Miriam les habría dicho que me iba a tomar el lunes por una enfermedad. Contesté de forma lacónica, pero sin dejar que se me amontonaran las presiones de la oficina. Solo entonces, a la tercera cerveza, pude aflojar el cuerpo, sentir que los calambres en la espalda se perdían en algún punto donde se reunían músculos y huesos. Moví mis dedos sobre la mesa, como si tuviera una pianola frente a mí. El cantinero me trajo otra cerveza y con ella un platito con cacahuates que no tardé en llevarme a la boca. El sabor salado y viejo de la semilla me produjo placer junto con el nuevo trago.

El sitio no era incómodo. Un pequeño trozo de luz entraba por las ventanas altas, casi de presidio, y solo cuando abrían la puerta un hachazo de la luz del día se colaba a ese vientre alcohólico y feliz. Matamoros. Caray. Quién piensa en venir a perderse a esta ciudad que se come a tantos cuyos nombres nunca aparecen. Siempre me pregunté cuánta gente moría al cruzar el río Bravo, era una historia de terror que me contaba papá cuando estudiaba la preparatoria y le decía que me quería ir a los Estados Unidos porque otros compañeros así lo hacían.

—Nosotros no somos de esos —me dijo con mucha seguridad—. Nosotros nos quedamos y le fregamos. Además, ese río quién sabe cuántas vidas debe.

Así fue como Marcelo y yo nos quedamos. Estudiamos la preparatoria, él algunos semestres de la universidad, yo terminé la carrera de Ingeniero en Sistemas. Empecé a beber más tranquilo hasta que presté atención a unas fotografías que estaban en la otra pared. Me puse en pie y me acerqué. Era de nuevo el mapa de Puerto Bagdad, con sus calles estrechas y perpendiculares, pero a un lado había algunas como placas de la ciudad: un puente de canoas, pequeñas edificaciones del lado norteamericano, pero del lado mexicano construcciones más en forma, de dos plantas, con fachadas limpias, ventanales grandes y el polvo, la tierra como adorno, paso, contención, frontera. Miré bien el resto de las fotografías hasta que

encontré un pelotón de negros con el uniforme del ejército norteamericano frente a un fuerte.

Me acerqué al cantinero, quien picaba un hermoso bloque de hielo. Con mano hábil hundía un picahielo que lo fracturaba hasta volverlo trozos que uno podía llevarse a la boca o bien, dejar sobre la frente.

—Oiga, ¿usted sabe de esto?

El cantinero sonrió.

—Cada vez saben menos.

—Cuénteme.

—Es la toma del Puerto Bagdad por los gringos, durante la guerra de Maximiliano.

El hombre me contó de una batalla, de cuatro ejércitos que se reunieron en la desembocadura del río Bravo, de cargas de artillería que golpeaban el centro del puerto. En la boca del río, un cañonero francés era alcanzado por la artillería norteamericana. En las calles de Bagdad se dio una batalla entre hombres de Escobedo y de Tomás Mejía, el mismo que habría de morir fusilado junto con Maximiliano en el Cerro de las Campanas. En la refriega, un pelotón de caballería y de infantería de negros cruzó la frontera y empezó a disparar contra la población. Los soldados mexicanos intentaron repeler la toma de la ciudad pero se vieron invadidos por dos fuegos: el de los norteamericanos, y el de los mexicanos. Las tropas de Mejía no atacaban a los gringos porque las de Escobedo los barrían: los de Escobedo no defendían el suelo patrio porque las de Mejía cargaban contra ellos: al fin, cuatro días duró el saqueo de Puerto Bagdad a manos de los negros del sur de Estados Unidos. Ardieron los almacenes, se llenaron de sangre las escolleras, el puente de barcas se fue a pique y en balandras transportaban el hurto por las suaves márgenes del río Bravo, que en esa zona se vuelve un acordeón. En el ataque cientos de burros y caballos se llevaron la riqueza del puerto. Cuatro días ardió la ciudad y veintidós el saqueo. Cuando al fin el ejército norteamericano regresó a su país y la gente salió de las dunas a donde huyeron, encontraron una ciudad desbastada, el fuego y el agua habían consumido y anegado calles y almacenes. Los que se quedaron a vivir, vivieron para siempre con el miedo de que las hordas norteamericanas volvieran a cruzar.

Cuando volví a mi mesa algo dentro de mí se rompió. El estrés y el cansancio del viaje al fin me cobraron factura y, aunque venía preguntándomelo desde su llamada, al fin quise saber realmente dónde estaba mi hermano. ¿Qué quería con todo esto? ¿Para qué me había llamado desde tan lejos? Los hermanos. Qué seres tan extraños son y qué misterio que compartimos con ellos los mejores años de nuestras vidas. Cuando tenía acceso a otras familias siempre observaba bien esas relaciones familiares, las había en donde todos se

querían: solían abrazarse en los cumpleaños, se regalaban cosas en Navidad, dejaban todo para acompañar al hermano o hermana en sus cumpleaños, estaban ahí para ellos; en tanto otros tenían relaciones más bien tirantes, grandes cosas los separaban: el pleito por una casa, por el amor del papá o la mamá, porque a los mayores les tocaban menos cosas, porque a los menores les tocaban las sobras de los otros, nunca había una forma de entenderse.

¿Dónde estás, hermano? Esa pregunta me había rondado desde el día anterior. En vano lo había buscado, aunque sí había dado con cierto paradero suyo. El chico en la colonia de la periferia, el restaurante y el hotel. Incluso, el faro, aquel faro pequeño, blanco y comido por la sal del mar al que había llegado primero en la noche, algún mensaje tendría para mí.

Desde la cantina decidí tomar nota de mis siguientes dos pasos: llamar al biólogo de la tarjeta y repasar en la empresa de fertilizantes donde Marcelo trabajaba para ver si alguno sabía algo de él; pero algo se torció cuando hablé a la empresa y me dijeron que Marcelo no era vendedor, sino empleado de almacén, que no se había presentado a trabajar desde el viernes: que no había una cartera de clientes a quien llamar porque además, ellos no vendían en esa zona del país por los altos índices de violencia. Al final la señorita me preguntó si algo malo le había sucedido a mi hermano y contesté que no, solo quería confirmar un dato. Cuando me colgó caí en la desesperación al darme cuenta de que Marcelo vivía en una ficción desde hacía meses. ¿Y el viaje a Torreón? ¿Y sus citas de trabajo? Tembloroso, me guardé la tarjeta. Miré mi reloj y comprobé que ya iban a dar las cinco de la tarde. En el periódico *El Bravo* me habían dicho que la tirada salía a esa hora. Pagué mis consumos. Afuera el calor me recibió. Tambaleante, me metí en un Oxxo y me compré una botella de agua, pero en ese momento me ganó el deseo de orinar, así que volví a la cantina. Un chorro fuerte golpeó la tina blanca, la espuma. Le di un trago a la botella y salí de nuevo. No trabajaba como vendedor. ¿Entonces, de dónde sacaba el dinero para los viajes, qué hacía los fines de semana? ¿Cuántas cosas más ignoraba de Marcelo?

No quedaba demasiado lejos el periódico, así que me dirigí hacia allá. Un grupo de vendedores esperaba debajo de la sombra de una arboleda. Cerca, a menos de una calle, discurría el río. Aguardé dentro del coche y minutos después de las cinco se hizo un alboroto. Una cortina metálica se levantó y emergieron hombres con la camisa arremangada con pesados bloques de papel que empezaron a repartir entre los voceadores que se arremolinaban a su alrededor. Revisé mi celular, tenía pila suficiente. Casi media hora duró el ajetreo tanto entre los que habían llegado temprano como entre los que fueron apareciendo por la calle y en motocicletas o coches chocolate se

apelotonaban frente a la reja donde, además, uno de los hombres apuntaba algo en una libreta. Una especie de camaradería que ya no veía en otros sitios me causó tranquilidad.

La tarde se iba borrando. Una nube como un sueño surcó del lado norteamericano. ¿Qué es la memoria? Un barril semienterrado en la arena, agua dulce que se enreda con salada, tramos de arena sucia que nadie ha pisado, lodo marrón que se enreda en los tobillos, una duda genuina que no te deja cerrar la quijada, ese hueco en alguna parte del cerebro que se llena de aire y se vacía, un paquebote que se arrincona al costado de un trasatlántico en la rada del inexistente Puerto de Bagdad, una canción que alguien canta para arrullar a un recién nacido pero cuyo verso no termina. La memoria siempre está en construcción y su razón de ser es que está inacabada. Así era el rastro de Marcelo en Matamoros: alguien que ha sido visto, pero no lo suficiente. Alguien que ha hablado, pero no escuchado en verdad. Así era también su rastro en mi vida, alguien próximo, pero no cercano. Intenté recordar mis relaciones y encuentros con él, nuestro ir y venir, los calculados movimientos de ataque y defensa en nuestras vidas. Debía apurar esa mirada. Podría llenar una biblioteca entera de capturas de escenas con él: nuestras discusiones, nuestras confidencias, los retos. Debía reconocerlo. Encontrarlo. Subí a mi mamaván y conduje hasta el hotel aún pensando en la tarjeta del biólogo a quien le marcaría, pero no alcancé a llegar hasta allá cuando entró la primera llamada a mi celular.

—Oiga, ¿es usted el que pide informes del señor en el periódico? —me preguntó una voz cascada, masculina, del otro lado de la bocina del celular.

—Solo doy la recompensa por información viable —les respondí.

—Lo vi en la mañana en un puesto de tacos por el monumento la lagunilla, viste una playera roja.

Negué con la cabeza. Fue la primera llamada de varias que asediaron a mi celular. En una esquina un voceador agitaba la fotografía de mi hermano en la contraportada de *El Bravo*. Aunque serio, cada que el hombre ondeaba el rostro de mi hermano una sonrisa aparecía en su gesto duro de desaparecido.

Cuando llegué al hotel la situación no cambió. Más llamadas fueron apareciendo en el historial, tomé todas las primeras. De ser un hombre sin rastro se volvió la persona más visible de la ciudad. Lo habían visto en el lobby del City Express de Matamoros, alguien más me envió una fotografía borrosa de alguien que se parecía a una sombra en el Super Siete de la avenida Solidaridad, también apareció en las riberas de la Laguneta, un cuerpo de agua con forma triangular enclavado en la entrada o salida de la ciudad, según se fuera o se acercara, de Reynosa. Alguien me contó de su paradero en los sitios

turísticos como el Fuerte Casamata o en el Museo Rigo Tovar y después, como a las ocho de la noche, las llamadas cesaron. Quien jugara conmigo decidió que era hora de cenar, de volver a casa después de la jornada laboral. El periódico perdió su fuerza, la imagen de mi hermano se volvió basura. Tomaron el papel para envolver papayas o piñas, para limpiar vidrios de ventanales amplios.

Salí a buscar algo de cenar, pero antes marqué a Monterrey. Miriam me informó que las niñas estaban bien. Mary, la más pequeña, se había caído en el patio, mientras jugaba, pero se encontraba entera. Mis papás me habían llamado para preguntarme por unas cosas que les iba a comprar. La camioneta tenía aún el tanque a la mitad. El sonido del motor, apenas como un murmullo, me tranquilizó. Aún había muchos coches en la ciudad. Avancé por sus calles angostas. Casas de distintos estilos me salieron al camino: bardas con anuncios para bailes masivos, puestos de tacos con algunos comensales, negocios con las cortinas bajas, descampados, grandes estacionamientos hechos a la brava en terrenos abandonados, con maleza en las orillas.

Recorrí de nuevo el Centro de la ciudad, salí al mercado Juárez que se encontraba rodeado por hoteles de paso. El olor de las frutas maceradas al sol se quedaba en las paredes, en el suelo chicloso donde las frutas y verduras goteaban su proceso de descomposición. Decidí salir de esa zona y en el camino de salida observé, de reojo, una pareja que se besaba en la reja de la Casa Cross.

La camioneta me condujo a la parte más arbolada de la ciudad, donde no quedaba nada de esa visión grupera, norteña, de taquerías y el polvo de la ciudad, hasta que di con una escultura roja, alta, recortada en la noche, con forma de M. Tenía una bahía de estacionamiento y ahí me detuve. El aire empezó a correr a esa hora de la noche. Un nudo en la garganta no me dejaba pasar la saliva que traía ardiendo desde la tarde.

No era la primera vez que Marcelo se perdía: de alguna forma su largo exilio en la Ciudad de México bien podría haber contado como una pérdida, pero también un viaje que había hecho de joven, sin avisarnos. Tenía 22 años cuando decidió que conocería el mar. No viajó a Playa Bagdad entonces, sino a Tampico. Tenía semanas de haber cortado con Lilia. No llegó a la casa tras salir de la facultad en la noche sino que abordó un autobús de Senda y se fue a Tampico. El viaje, entonces, era de más de siete horas. Cuando bajó lo recibió una ciudad tropical, con la suciedad característica de las estaciones de autobuses. Caminó con curiosidad por las calles aledañas. No era el tiempo de los celulares, así que desde las doce de la noche mis papás estaban en pánico. Aunque los viernes solía ir a fiestas, siempre avisaba. Mamá me puso a buscar la agenda de Marcelo. La encontré

debajo de su almohada. Desde la una de la mañana hasta las cuatro estuvimos haciendo llamadas. Mamá estaba al tanto del teléfono, por si sonaba mientras no estábamos marcando, papá salía cada cierto tiempo a la calle para ver si mi hermano aparecía. Al amanecer llamamos a la policía; pero nos dijo lo que después se volvería algo conocido: no podían buscar a nadie hasta pasadas las 72 horas.

Mientras nos sumíamos en la desesperación, mi hermano vagabundeaba por Tampico, como me contó después. Comió unos tacos de adobada, fue al puerto, en donde lo dejaron subir a un barco con bandera de Suecia. Desde la quilla observó el ir y venir de los transbordadores. El río, gordo, tenía la consistencia sucia de una gelatina lodosa que remarcó su hastío, intercambió en inglés algunas palabras con los marineros. Uno le dio un sombrero a cambio de un disco con canciones norteñas que Marcelo llevaba en un walkman.

—A veces pienso en lo que la tecnología nos ha quitado —me dijo en aquella ocasión en la Ciudad de México, mientras oíamos los acordes finales del concierto y la noche tenía una vibra azulada y rechoncha—, el placer de la cotidiana vida mecánica, como escuchar un casete y tener que rebobinarlo a mano; el ir a un videoclub y pasar hasta una hora bobeando en las hileras de películas de terror, acción o drama. El ser anónimos. Eso nos quitó. Ahora nadie quiere serlo. Todos quieren seguidores. A mí me tocó eso aún, pero no tanto. En tres años crece un árbol y muere, cientos de generaciones de insectos desaparecen. Alguien inventa un chip para dejar de jugar al Mario Bros y empezar con el Sonic. Yo eran fan del Atari, Miguel. No había mucha complicación: una palanca, un botón para saltar, disparar o alcanzar la otra liana. Los dos botones del Nintendo lo echaron todo a perder.

Marcelo apareció el lunes por la mañana. Regresó relajado, con un aire invicto que no le quitó el regaño de mamá ni la molesta indiferencia de papá. ¿Qué hizo esos dos días? Nunca me contó, pero volvió como tocado por un aura de libertad que no le había visto desde que fuimos a Las Turbinas. Desde que regresó y lo llevaron con el psicólogo. Quién sabe a qué tortura lo obligaron esas entrevistas donde, se sabe, te hacen decirte la verdad.

Me habría gustado ser mi hermano esos dos días después de su viaje a Tampico. Estaba feliz. Se sabía listo para escapar de casa cuanto antes. Escuchó música por las tardes. Cantaba algunas canciones del grupo La Mafia, sonreía aunque mis papás seguían enojados. Lo admiré genuinamente cuando lo quisieron castigar y él les contestó que eso no volvería a ocurrir jamás. Escuché la conversación desde el rellano de la puerta de la cocina. Mi corazón se inflamó de orgullo cuando dijo eso. ¡Mi hermano! Incluso, supe al día siguiente, había vuelto a ver a Lilia y al parecer se habían reconciliado. Todos los

cabos sueltos que podía tener se habían atado con un viaje, con borrarse un par de días de nosotros. ¿Y si la salida real es eso, borrarse de la vida de los otros, empezar en otros sitios?, ¿cuántas vidas miserables no serían menos tortuosas con cambiar e iniciar desde cero?

Cuando supe que se había ido a Tampico mis papás no se alertaron. Tamaulipas no era este sinónimo de violencia y miedo que es ahora. Algo tiene esta tierra, cierta impunidad salvaje que se traga a hombres y mujeres sin testigos. Hace años se hizo famosa la historia de una chica española que fue a una de las playas de Tamaulipas, en Soto la Marina, y desapareció. Buscaron su cuerpo por meses, incluso la familia viajó desde Madrid o Sevilla, no lo recuerdo, para buscarla en los médanos. Al final la había asesinado el esposo, un catedrático de una universidad patito de seguridad y criminología. Se asesina en todas las ciudades, pero algo ocurre en esa zona del país que exacerba su mitología funesta.

Ahí, ante la escultura roja que le daba sentido a la M de Matamoros, pensé de nuevo en el Puerto Bagdad. Toda la vida la gente sigue desapareciendo en esa entidad hasta que llegará un momento en el que no quedará piedra sobre piedra, tablones y sus junturas, techos de dos aguas, niños que corrieran sobre calles que el pastizal desaparecerá. ¿Cuántas ciudades y pueblos habían desaparecido por la construcción de presas o la venida de los huracanes? Saqué mi celular y tecleé Puerto Bagdad. Aparecieron algunas notas, pero me fijé y le di clic a una en la que se decía sin rodeos que el puerto estaba maldito: terminada la Guerra Civil norteamericana, expulsados los franceses de México que le daban sentido al comercio en la boca del río, saqueada la ciudad por los gringos ante la abulia de los hombres de Escobedo, ¿qué le impedía al desierto y al agua acabar con ese puñado de casas que apenas si habían puesto un pie en el tiempo y en la geografía de los hombres?

Un gran huracán terminó por destruir el puerto. Quienes viven en el Golfo lo saben; cada diez o más años, un gran huracán acabará con todo a su paso. En Monterrey, por ejemplo, en 1986 la ciudad fue arrasada por el paso del huracán Gilberto: murieron decenas de personas, se fueron de tajo unos juegos mecánicos que estaban en el lecho junto al puente del Papa. Muchos años se habló de los dos autobuses que la corriente arrastró y en el que iba una reina de belleza de un municipio cercano. Desde que supe esa historia, siempre he pensado en esa reina de belleza. Ganó la corona días antes y parte del premio era pasear en Monterrey, que desde los sesenta es el polo de desarrollo de la zona. Desde Torreón hasta Tampico, de Matamoros a Saltillo, la sultana del norte mantiene un férreo control sobre lo que es vivir en el noreste: es modelo y odio al mismo tiempo, como

ciudades hermanas que cada cierto tiempo se destruyen y se copian.

Así el huracán había terminado con la frágil vida del Puerto de Bagdad. Incluso ahora, con la moderna forma de construcción de las casas, con techos y paredes de cemento, los vientos enganchados de los huracanes causan terror. ¿Cómo habría sido soportarlos al interior de débiles casas de madera, con pilotes altos como ancla sobre el lodazal? Los techos habrían crujido en la noche. El aire como un tigre, con sus zarpas que arañaban las paredes, acabaría con la memoria del puerto por donde habían desfilado filibusteros, soldados del Segundo Imperio, el general Escobedo con sus Bravos del Norte, el general Weitzel con sus pelotones de soldados negros de infantería y caballería, los indios que bajaban del sur de Estados Unidos, las pacas de algodón que se cobraban a sus agricultores, los marinos que llegaban al puerto después de tocar los de otras ciudades y se hundían en las cantinas o *saloons* en los brazos de las mujeres y el alcohol.

¿Qué más vio el Puerto Bagdad antes de desaparecer en las fauces del huracán hasta que no quedara de él más que lluvia y tiniebla, tiniebla y un silencio donde no existe nada hasta que al final, como si se despejara el ruido, va quedando solo el crujir de dientes de los que tienen miedo hasta que tras el huracán solo quedan los pilotes, las casas abandonadas por donde el agua ha arado su furia y la gente se va, la arena tapa la entrada del mar, los grandes barcos de vapor con sus ruedas de paletas quedan afuera, los solares al fin son abandonados, los marinos regresan a casa, las putillas se marchan a Matamoros o bajan en los últimos navíos a Tampico? Una ciudad se va quedando sola. El sol quema las maderas de sus paredes y techos. La arena abraza el metal. Las cosas empiezan a caer. Un techo se desploma y nadie lo escucha. Un barco encalla y nadie lo saca de la arena hasta que desaparece al fin de la memoria y es solo una historia de algo que existió, como los hermanos, los padres, la familia.

A veces me pregunto, en mi vejez, ¿de qué cosas podré acordarme? Específicamente, de Marcelo, de mis padres, de Miriam o mis hijas. ¿Qué recuerdos habrán de acompañarme en los últimos días? Mi abuela Luz se quedó en la imagen de una tarde en su pueblo, cuando cumplió sus doce años y mi bisabuelo mandó matar un puerco para la comida. Siempre nos contaba esa historia cuando la veíamos en el asilo; pero imagino que era mejor recordar eso que la muerte de mi abuelo, el accidente que tuvieron en carretera a los sesenta años o cualquier otra cosa terrible que les haya pasado. Lo bello es fugitivo, pero el horror permanece. Ahí, frente al tosco monumento de la M de Matamoros, supe que mi hermano me estaba dejando este recuerdo terrible, el andar por Matamoros y Playa Bagdad con una desazón amarga o acaso, como una esperanza. Estos fueron mis últimos días, mis últimas horas. Tal vez aquello era su último regalo envenenado.

Pensé en Samantha y repasé la tarde que la vi después de estar con Marcelo. La manera como sus lágrimas nos fueron acercando. Lo que ocurrió.

Me levanté. La noche se había refrescado un poco. Subí al automóvil y me dirigí al hotel aún sin cenar. Casi estaba estacionándome cuando recibí la llamada de una mujer: se presentó como Carmelita. Me preguntó si yo era Miguel Santiago. Asentí. Su hermano le dejó algo, me contó. Le contesté con desánimo, porque ya estaba arrepentido de haber hecho aquello, de poner la imagen en el periódico, de llenar con su rostro en las esquinas de la ciudad. Así que le respondí de mala manera y corté.

El hombre que me había abierto la noche anterior en el hotel me recibió con desgana. Giró la llave de la puerta y me dejó entrar. Me aplasté en la cama cuando volvió a sonar el teléfono. Era el mismo de la vez anterior. Me metí a bañar y desde la regadera volví a escuchar el celular. Salí, revisé la llamada perdida, encendí la televisión en uno de esos canales fronterizos, que hablan de cosas de las que no tienes idea, en estudios caseros, con conductores que hacen lo posible por parecer de primer mundo pero no pueden evitar ciertos guiños, alguna mala dicción, la frente lustrosa mientras anuncian un negocio local que los delata.

Me puse los bóxers y fui al espejo. Mis ojeras eran pronunciadas, cierto aire revuelto en mi cabello, en la forma como las mejillas empezaban a caer a causa de la gravedad. Al fin y al cabo estaba ahí porque quería. Así que terminé por llamar al número de donde me buscaban.

—¿Cómo está, Carmelita?, seguro vio la imagen de mi hermano en el periódico y es una broma…

—¿Cuál periódico?

—En *El Bravo*, hoy por la tarde.

—No sé de qué me habla. Su hermano me dejó algo para usted aquí en la playa. Yo trabajo de noche y no tengo tiempo para mirar periódicos.

Aquello me aceleró el pulso. Solo entonces caí en la cuenta de que en el periódico no había dado mi apellido, solo el recado simple de dejar mi teléfono y el nombre de pila.

—¿Dónde se encuentra?

—Estoy en Playa Bagdad.

Qué larga se me hizo la carretera en esa noche. Había pocos coches. La mayoría eran camionetas viejas, de gente que vivía a la vera del camino. Algunos sacaban a pasear a sus tractores a esa hora y varias veces tuve que rebasar a los pesados animales de caucho y fierro que eran llevados con maestría por viejos campesinos aún con sombrero de ala corta y su aire de hombres de la zona: habitantes de antes, de esos

viejos a quienes el desierto y el mar, el sol, les van configurando el rostro hasta volverlos uno solo, una misma manera de observar el horizonte y de nacer y morir en esa tierra.

Me concentré en poner la mirada al frente, en el camino. Sentía la boca reseca. El aire fue haciéndose más salino conforme me acercaba a la playa. A las orillas el territorio visto pero poco pisado de los médanos. Pasé la caseta de entrada y doblé a la izquierda. Volví a notar el silencio de las construcciones, los baños públicos, las casetas amarillas para los paseantes. En la quietud solo se escuchaba el ir y venir de las olas, el graznido ocasional de alguna bandada de gaviotas. Un pelícano inmenso rascaba la arena en un punto de la playa. Fui hasta el último restaurante, Mar Adentro. Lo había visto la noche del día anterior, con las luces encendidas, pero solo era un objeto más de un escenario mucho más confuso que ese día. Me estacioné a un lado del restaurante y me presenté en el interior. Encontré a la mujer al fondo del local. Las mesas estaba recogidas, las sillas sobre ellas. El sitio olía a cloro y Pinol. La mujer, regordeta, chaparra, tenía la tez muy morena por recibir el sol y el reflejo de la luz en el agua durante muchos años. Tenía una escoba a la mano y limpiaba con paciencia los tablones del piso de madera. Hundía un poco las cerdas de la escoba en la tina con el cloro y luego rociaba la madera lentamente, para después pasar la escoba. Detrás de ella se encontraba la cocina, una barra, un refrigerador con el logotipo de la cerveza Corona. Qué bien me hubiera caído una cerveza en ese momento.

—¿Miguel Santiago? —me cuestionó. Asentí. Fue hasta mí, me saludó y luego regresó a la cocina y me trajo un envoltorio: era el álbum de fotografías de mamá y papá. Cuando lo abrí descubrí que no había ninguna fotografía: solo quedaban sobre las hojas las marcas de donde se habían encontrado. Cerré los ojos para recordar aquellas imágenes, pero por alguna razón no pude traer ninguna a la memoria.

Ese álbum era el orgullo de mamá, ahí colocaba todo, incluso, en la parte final, tenía los retazos de nuestros cabellos dentro de bolsitas unidas con una grapa. En mi familia, la costumbre es que al año a los bebés se les corta el cabello a rape, para que el infantil muera y surja el que nos acompañará el resto de nuestras vidas, como una señal no solo de bautizo sino de sobrevivencia a ese primer año más duro de la existencia de cualquiera: ese año que somos sin saberlo, completamente ajenos de nosotros, sobrevivimos por el amor o a pesar del odio con el que algunas madres tratan a sus hijos. Cuando mis hijas nacieron también intenté cortarles el cabello, pero en la familia de Miriam eso no se estilaba, así que mis hijas siguen ahí con el cabello que las vio nacer. Aunque luego investigué y es mentira. Los humanos mudan de cabellera cada tres años: de manera imperceptible como el paso de la arena en un reloj, nuestro cabello cae y se renueva,

una floresta nos recorre, nos puebla y deshabita. Ese pelo que repasamos por las mañanas nunca ha sido viejo.

Suspiré. Volví a ver a la mujer que seguía barriendo. Todo lo hacía con parsimonia. Comprendí que hasta ahí llegaba la búsqueda. Marcelo al fin había desaparecido. Su sitio se encontraba ya en otro lugar, pero lejos de nosotros, lejos de Monterrey y del que había sido. Podría, fuera de nuestro entorno, convertirse en otra cosa. «Qué le voy a decir a mamá», pensé. «Papá, mamá, perdí a Marcelo en Matamoros». Apreté los puños. Tal vez aún podría ir con ese señor, Elías…, a lo mejor volvía al hotel, tal vez, al ver su imagen en el vespertino caía en la cuenta de su locura. Por alguna razón me sentí espiado. Él estaba ahí. Él me había visto llegar, se encontraba en alguno de los restaurantes cercanos, tal vez en alguna tienda de campaña cercana o tras una palapa. Había visto cómo estacionaba la camioneta y bajaba con paso rápido.

Fue la mujer la que me sacó de aquella ansiedad cuando me pidió ayuda para meter unas bolsas con verduras que estaban afuera y que no había visto. Tal vez aquello me daría tiempo para pensar, así que me levanté y la ayudé. Luego, la señora me extendió la escoba y me dijo:

—Su hermano me contó que es buena persona, ayúdeme.

Me sentí totalmente desprovisto de energía, como si me encontrara en un set de televisión y aquello, el restaurante, la mujer, la playa, el mar, las aves que cruzaban el horizonte fueran parte de un escenario fallido y yo un personaje de estos incidentales que pronto habrán de morir o desaparecer.

Empecé a llevar de un lado para otro la escoba, levanté algunas sillas, procuraba humedecer lo suficiente las cerdas para rociar lo necesario aquellos tablones. Luego, la mujer me ordenó que le ayudara a cortar las verduras. No tenía nada mejor que hacer. Así que mientras limpiaba las cebollas y papas, los tomates aguados no me dieron buena pinta, le pregunté por mi hermano. Me contó que había llegado muy temprano, el domingo por la mañana, casi antes del amanecer. Llegó y se puso ahí, donde estaba usted. Traía una mirada perdida, ansiosa. Le preparé algo de desayunar y después, como a las seis, se fue con unos biólogos que trabajan por aquí, con la ruta de los delfines. Regresó más tarde, como a mediodía. Yo trabajo sola. A veces me ayuda mi nieta. Mis hijos viven en Reynosa. Ya casi no vienen para acá. Me levanto muy temprano, abro solo después de las seis. Vivo allá, en una de las casitas, aunque mi familia ha sido de este sitio desde hace muchos años. Yo tendría unos dieciséis cuando empecé a trabajar aquí y nunca me fui. Fíjese, todavía me tocó ir a las ruinas de lo que fue el Puerto de Bagdad. Ya solo quedaban algunos pilotes en pie, tablas desparramadas, pero a veces aparecían por ahí

cucharas, mosquetes creo que se llaman, cosillas de acero. Cuando volvió de con los biólogos noté que su hermano estaba más tranquilo. Me pidió trabajo y yo me reí, joven, porque qué es eso de que un hombre como de esa edad pida un trabajo acá, en esta playa que quién sabe por qué Dios olvidó. En verano esto se llena. Hay muchas borracheras y pleitos, vienen muchos cholillos y muchos negros cruzan la frontera y aquí hacen sus fiestas, viene mucha gente de esa, que anda en motocicletas y levanta unas lumbradas grandísimas. Le dije a su hermano que no jugara, pero ya soy vieja, y tal vez por ser vieja tiendo a confiar más en los desconocidos, así que le pasé un delantal y estuvo ahí, ayudándome a servir, y como a eso de las cinco me dio las gracias y me pidió de favor que la noche del lunes le hablara a usted. Me dijo: si no viene, queme todo. Pero si viene, entonces dele a mi hermano este papel. Y dicho eso, de su delantal sacó un recorte de fotografía. Tenía los rostros pintados y tachados con marcador, pero detrás de él: una indicación: «Busca en la base del faro de Playa Bagdad». No son pocos los kilómetros que separan la zona de restaurantes de la playa al faro.

Me he descubierto repasando, en las madrugadas, cuando Miriam duerme y mis hijas acaban de llegar de alguna fiesta, medio ansiosas porque ha pasado más de la hora convenida y, lo sé, incluso alguna vez llegan ebrias, cuántas veces recorrí ese tramo de la playa en esos dos días que busqué a Marcelo en aquellas arenas negras. Me pregunto por el tiempo: qué tanto se bifurca en la ansiedad, cuántas realidades posibles surgen cuando se alteran por la percepción. Solo recuerdo que recorrerlo en esa ocasión fue mucho más pesado, acaso porque sabía lo que iba a descubrir. La sensación de gravedad también fue distinta porque algo me apresaba, me hundía en la arena. Pude ver dos lunas en el sitio donde solo había una: una lejana avioneta cruzaba la noche. ¿O la había visto la noche anterior? Una patrulla marcaba el límite del camino asfaltado. Al menos los primeros dos kilómetros me encontré con casuchas abandonadas sobre pilotes, maderas casi del color del hueso, el sol y la arena les habían arrancado ya todo color.

Me había sorprendido mucho, la noche anterior, aquella soledad tan limpia en la línea de separación entre la frontera más violenta del mundo. Los lunes, además, no había turistas. Así que hice el trayecto solo. Las dunas de un lado. Del otro, las olas cubrían la playa, olas altas, que tronaban, porque empezaba un norte. Quién sabe por qué, vi que salía vapor de la arena, hilachas blancuzcas emergían y tomaban dirección al mar. Kilómetros y kilómetros solo de eso, como andar sobre una banda transportadora. Como si eso que hacía fuera un cruce de otro tipo de frontera, hacia un país imaginario.

Solo en un par de veces observé a la gente que cruza a pie, pero

observé más a los que pasaban por el puerte internacional de Matamoros a bordo de sus coches, con las ventanillas en alto para que el aire acondicionado del interior no escapara. Mujeres aburridas, niños desesperantes, viejos con la mirada perdida en la defensa del coche siguiente, todos en el tránsito de algo que aspiraban encontrar al otro lado; un paso fallido puesto que volvían a sus casas de este lado. Siempre nos preguntamos por los que mueren al intentar cruzar la frontera: pero ¿dónde quedan las vidas vacías o inciertas de quienes vuelven cada noche con las cajuelas llenas de productos americanos para llenar sus vidas? Todos, tanto legales como ilegales apeñuscados alrededor de las puertas del país cuando, a kilómetros a la derecha, rumbo al mar, se encontraba la frontera más limpia de todas: serena en su aspecto: solo el mar que bulle, el río que lo abraza calladamente, aire, aire revuelto de viejos bajeles, de barcos con bandera francesa que entran a la cauda para llegar a ciudades desaparecidas.

Cuando llegué al faro era ya medianoche. Ahora no había policías: solo el mar yermo y yo. Solo el faro inútil sin luz que animaba la oscuridad. Apagué la camioneta y bajé. Me temblaba el cuerpo. Empecé a buscar en la base del faro hasta que encontré un envoltorio. En él, el celular de mi hermano y las fotografías de mamá y papá. Estaban acomodadas con cuidado en una bolsa del HEB. También estaba su ropa.

Encendí el aparato y entonces lo vi. Nunca he tenido buena mirada para las fotografías: solo son hechos congelados, pero esa noche vi cómo se encadenaban para armar una narración. Marcelo había documentado el viaje. Lo imagino deteniéndose cada ciertos kilómetros para retratar cosas muertas o inmóviles: el silencio de la caseta de la autopista de Monterrey a Reynosa, la llama eterna de una de las chimeneas de la siderúrgica de Cadereyta: un perro que se rasca el costado afuera de un estacionamiento, la estepa reseca al lado del camino, la puerta de un refrigerador en el paradero de General Bravo, desde lejos, una camioneta de la Policía Federal debajo de un puente, el depósito de agua con la imagen de Rigo Tovar, cierto encuadre del café París, a la señora Carmelita y después, delfines muertos, muchos delfines muertos a los que les hace falta la cola: todos yacen podridos sobre la arena, desaguándose, secos al sol, con las quijadas abiertas y la exhibición de sus colmillos diminutos hasta llegar solo a las imágenes finales del faro y luego, sobre la arena, una leyenda semiborrada por el viento, como si Marcelo hubiera esperado horas ante ella para que el aire desapareciera la frase simple de: «estoy aquí».

Qué sentido tiene desaparecer por decisión personal cuando a tu alrededor la gente desaparece por violencia, qué sentido tiene venir a fundirte con el mar en una frontera apacible contra todo pronóstico.

Marcelo al fin se había ido. Tal vez toda su vida lo había estado intentando: desintegrarse, abandonar el lazo familiar, el lazo de hijo con sus padres, su mancha sobre la tierra, dejar vacíos los números que lo enlazaban con la vida: sus credenciales de elector, de Hacienda, de Seguro Social. No pude llorar o no quise. Mi vida con él como mi hermano hasta ahí había llegado. Su desaparición era tan suya como mía. Yo también, después de esos días, empezaría a esconderme poco a poco, a dejar de ser su hermano y, con ello, yo mismo. Él había roto el vínculo al final y, en su última decisión, se vengaba. No vería nunca más sus derrotas que me producían alegría. Con su decisión no estábamos a mano, pero ya no estaría para regresarle el gesto. Me había vencido al final.

No aparecería, aunque como último relato de su existencia me dejara este viaje. Esa llamada: «Ven por mí», que significaba algo mucho más profundo. Sucede que, cuando la gente que queremos desaparece, uno se pregunta: ¿hice bien las cosas con él? ¿Estuve a su alcance? O ¿por qué lo lastimé tanto? ¿Por qué lo traté tan mal?

Me acerqué al borde de la playa, al sitio plano donde si uno no tiene cuidado puede irse en el agua. Ahí, en ese rincón verdadero del mundo no había patrullas ni cercas ni política ni historias, solo el viejo mar antes de que los hombres pensaran en el concepto de las naciones, antes de que los hombres edificaran vallas de control, cuando el movimiento solo era una invención de los elementos naturales.

Han pasado muchos años desde ese inicio de semana y sigo ahí, atado a ese faro siniestro que parece, al mismo tiempo, sostener el mundo. Cuando volví a Monterrey y tras avisarle a mis padres que Marcelo no regresaría y no perdiéramos el tiempo en buscarlo, una de mis hijas me preguntó dónde había estado esos días y le dije que en Matamoros. Luego me preguntó dónde estaba su tío Marcelo y le respondí que se había mudado al Puerto de Bagdad. Ahí estaría para siempre.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

Y le conté de un gran puerto en la orilla del mar, en una orilla olvidada de la tierra, un puerto construido con bodegones, casas de dos pisos de madera, pilotes, calles de arena muy fina en donde se venden mercancías de todo el mundo. A veces llegan indios del otro lado de la frontera y se dejan ahí la vida entre el alcohol y la nostalgia por sus praderas perdidas, y llegan también aventureros que buscan a las últimas naciones libres y hombres de ambición desmedida que arrasan con pueblos. Inmensos barcos esperan en la rada y la gente sale en procesiones a dejar sus riquezas a la boca del río Bravo. Mi hija me respondió con un lacónico «qué bonito», para seguir jugando con sus muñecas.

La gente que se pierde llega a las ciudades de la imaginación. Solo ahí su memoria puede volver a ser configurada. En esas ciudades viven las vidas que no tuvieron, proyectan su futuro para siempre feliz. En tanto en las ciudades reales su recuerdo pasea a sus anchas, su desgracia o su imagen se vuelve retrato de cuadros de honor que nadie recita, acaso solo como una aparición bochornosa, pero en las ciudades perdidas en donde se esconden siempre serán abrazados.

Es el consuelo que me da mi hermano, nunca he tenido que imaginar su cadáver como sí veré el de mis padres. Marcelo no era el cuerpo que un oficial me mostró una semana después en la morgue con los pies cortados como los delfines que lanzaba el mar. Dieron pronto conmigo porque decidí quedarme en la ciudad para recorrerla sin apuro y aún en esa semana se podía encontrar periódicos viejos con su fotografía, periódicos vueltos basura.

Esos días que anduve las calles de Matamoros quise descubrir más sobre el puerto que había sido, sobre las rutas de sus habitantes, hacer la vida. Cené en sus taquerías, me aburrí en sus museos, comí sus célebres tacos estilo Matamoros; bebí sus clamatos y escuché canciones de Rigo Tovar junto a la laguneta; visité su museo, y repartí, como sus cenizas, las fotos de su infancia en dos sitios de la ciudad, así como él había empezado a hacerlo hasta que Matamoros absorbió la memoria de mi hermano. Si hay ciudades que desaparecen, también las hay que se fundan bajo nuevos motes: Matamoros de Miguel, Marcelo de Bagdad, silencio que se vuelve incierto, ola que viaja hacia atrás, luz que fluye hacia adentro.

Las ciudades desaparecen como el hombre. Sin ellas, con la sierpe de sus edificaciones, el barullo de las vidas transcurridas en sus calles, sería más difícil luchar contra el olvido, como el mismo Puerto Bagdad desde donde se hizo la Guerra Civil norteamericana, donde se contrabandearon vidas y se construyeron riquezas y hoy no queda ni un pilote que dé seña de su existencia, como la vida de tantos que las habitan y no queda más que, de algunos ilustres y con los años, una avenida que nadie sabe por qué nombraron así, sucia, con fábricas a los lados y un tanque de agua con la imagen desteñida de un hombre que ya no se recuerda. Si las mismas ciudades desaparecen, ¿qué consuelo de memoria les queda a los hombres como mi hermano o a nosotros que somos poco menos que polvo enredado en el viento, semillas que la sal erosiona y no deja más que una presencia que no logra arañar su registro en el paso del tiempo? Somos eso y nada más: un extravío ardiente, una duna que cambia sus cinturas y desaparece y vuelve a formarse y el viento la vuelve a desbastar sobre la Playa Bagdad.

«¿Qué es la memoria? Un barril semienterrado en la arena, agua dulce que se enreda con salada, tramos de arena sucia que nadie ha pisado.»

Marcelo y Miguel, los hermanos Santiago, están unidos por una complicidad que solo surge al compartir los primeros años de vida: los terrores infantiles, los despertares amorosos, los días de enfermedad y las efemérides familiares. Lo que los separa, en cambio, es la búsqueda de una identidad propia, independiente del otro. ¿En quiénes nos convertimos cuando nos alejamos de la mirada fraterna? ¿Cómo deseamos ser recordados por la familia? ¿A quién le encargamos el retrato definitivo de lo que somos?

Antonio Ramos Revillas, con la sensibilidad de quien sabe navegar las aguas alborotadas de la mente, explora estas preguntas a partir de una desaparición que llevará a los personajes a indagar por las calles de Matamoros, Tamaulipas, y las orillas de la Playa Bagdad. Pero, sobre todo, a naufragar por un pasado en común, donde la vergüenza y la locura descubren capas que no se ocultan del todo ante la familia, testigo involuntario de nuestros fracasos.

Playa Bagdad es una novela de misterio y búsqueda, cuya prosa precisa y arriesgada nos conduce por cambios de perspectiva y giros de fortuna para arrojarnos frente a un faro: símbolo del rumbo que se adivina incluso en las noches más oscuras. Un relato audaz, tamizado hasta conservar solo la esencia de lo que nos integra.

«Antonio Ramos Revillas taladra con su escritura la geografía de lo que desaparece: familias, ciudades, historias. Aquí la memoria es

crueldad y esperanza, una novela que no da tregua.»

Socorro Venegas



Antonio Ramos Revillas estudió Letras Españolas en la UANL, institución que le otorgó en 2015 el Premio a las Artes por su trayectoria como autor, en la que destacan diversos reconocimientos como el Premio Nacional de Cuento Joven Julio Torri, el Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos y la selección, en tres ocasiones, tanto en la célebre lista de The White Ravens que otorga la Biblioteca de la Juventud de Múnich a las mejores obraspara niños y jóvenes a nivel mundial, como el Premio Fundación Cuatrogatos a lo mejor en libros para niños y jóvenes publicado en nuestro idioma. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores, de la Fundación para las Letras Mexicanas y actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Fue parte de la selección de México 20 realizada por el Conaculta, el British Council y el Hay Festival, como uno de los escritores menores de 40 años más importantes del país.

El autor agradece al Sistema Nacional de Creadores de Arte 2017-2020 su apoyo para la escritura de esta novela.



Playa Bagdad

Edición en formato digital: julio, 2024

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México penguinlibros.com

ISBN: 978-607-384-725-4

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx